



CENTRO DE ESTUDIOS DE GÉNERO
MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE GÉNERO

“Ser mujer ante la abuelidad: las abuelas jóvenes que participan en grupos de Facebook ante la maternidad no planificada de sus hijas adolescentes”

Tesis que presenta

Georgina Daniela Zepeda Goncen

Para obtener el título de

Maestra en Estudios de Género

Directora

Dra. Ana María Tepichin Valle

Comisión lectora

Dra. María Luisa Tarrés Barraza

Dra. Guadalupe Fabiola Pérez Baleón

Ciudad de México

2022

Agradecimientos

A Dios, por traerme hasta aquí. Por darme todo lo que necesitaba para cumplir esta meta y por seguir caminando de mi mano demostrándome que, con tu amor, todo es posible.

A mi mamá, porque, sin ti, no sería nada de lo que soy. Gracias por cuidarme, consentirme y acompañarme, entregarte y hacer hasta lo imposible para que yo cumpla este y todos mis sueños. Gracias por demostrarme todos los días lo que es el amor.

A mi papá, por creer en mí y apoyarme con todo lo que está en tus manos para que siga luchando por mis metas y demostrarme tu cariño en el esfuerzo que has puesto para que estemos bien.

A mi abuela Margarita, por ser la segunda mamá que ha estado conmigo en cada etapa de mi vida. Por inspirarme con tu fe y tu fortaleza. Esta tesis está dedicada a ti, te amo.

A mi hermano Jorge y mi hermana Paty. Gracias por ser mi compañía en las aventuras de la vida. De todas las personas en el mundo, ustedes dos son las más importantes y especiales para mí. Me llenan de orgullo y quiero que sepan que, en los momentos difíciles, mi mayor consuelo es saber que estarán a mi lado siempre.

A Hiram, por seguir siendo el espacio más seguro y comprensivo, los brazos más cálidos, los oídos más atentos y la fuente de amor más grande a la que puedo llamar familia. Con todo nuestro amor y lo que hemos construido juntos, nos espera un futuro maravilloso, no tengo dudas.

A Samuel y Raúl, por la compañía, las risas y la amistad que hemos construido en estos dos años. Gracias por hacer de la maestría un proceso tan especial, a pesar de la pandemia y la distancia física. No tienen idea de cuánto les quiero y lo importantes que son para mí.

A mi querida directora de tesis, la Doctora Ana María, por creer en mí desde el primer momento, por ser atenta en cada detalle y darme tantas enseñanzas. Por su excelencia en el trabajo y su calidez para guiarme. Por preocuparse por mí dentro y fuera de la maestría y ser un pilar para que siga alcanzando mis metas académicas y profesionales.

A mis estimadas lectoras, las Doctoras María Luisa y Fabiola, por ser un apoyo imprescindible, por todo el tiempo dedicado, por ayudarme a aterrizar y pulir todas mis ideas. Esta tesis no habría sido posible sin toda su asesoría y disposición.

A Julia, Raquel, Elisa, María, Luisa, Isabel, Sara, Laura, Dulce y Beatriz, las mujeres que amablemente me compartieron su tiempo y abrieron su vida para narrarme sus experiencias. Por la confianza que depositaron en mí. Sin ustedes, esta tesis no existiría.

A El Colegio de México y al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, por la oportunidad de dedicarme a aquello que me apasiona, por darme las herramientas para formarme con excelencia y ser la base sobre la cual siga creciendo hacia nuevos horizontes.

¡Con todo mi amor, gracias!

Índice

Las abuelas jóvenes de los grupos de Facebook: introducción al problema de investigación	1
Capítulo 1. Aproximación teórica de los conceptos centrales y estado de la cuestión ...	8
1.1. La abuelidad como una extensión de la maternidad: marco teórico conceptual.....	8
1.1.1. Género como categoría vertebral de la tesis.....	8
1.1.2. Los ideales femeninos que sustentan el problema de investigación	14
1.1.3. La maternidad como experiencia fundante de la abuelidad	19
1.1.4. Concepciones de la abuelidad desde los estudios de género.....	27
1.2. La abuelidad temprana como un objeto de investigación poco explorado: el estado de la cuestión	31
1.2.1. Lo que se ha dicho de las abuelas maternas en los estudios sobre embarazo y maternidad adolescente	31
1.2.2. Trabajos que se centran en la abuelidad temprana.....	33
Capítulo 2. Elaborando la tesis a mitad de una pandemia: estrategia metodológica...	40
2.1. Del embarazo adolescente a las abuelas maternas: elección y justificación del tema	41
2.2. El enfoque metodológico para estudiar la experiencia de abuelidad temprana	43
2.3. Delimitación y descripción del campo de investigación.....	43
2.4. Las participantes de la investigación	46
2.5. Descripción del trabajo de campo.....	51
2.6. Mi presencia en el campo y mi relación con la investigación	55
2.7. Técnicas e instrumentos de investigación.....	57
2.7.1. Observación de espacios digitales para construir la imagen colectiva de la abuelidad.	57
2.7.2. Entrevistas semiestructuradas	60

Capítulo 3. “Ser abuela antes de los 40: particularidades de esta experiencia”	63
3.1. La supremacía de la abuelidad temprana: una segunda oportunidad para disfrutar y resarcir la maternidad.....	64
3.2. La maternidad y abuelidad son incondicionales, la paternidad es opcional	69
3.3. Comparación de la propia experiencia con la abuelidad de otras generaciones	74
3.4. La abuela que antes salía de fiesta: necesidades y cambios a partir de la llegada de las y los nietos.....	77
3.5. El matrilineaje como legitimador de la experiencia de la abuela materna	82
3.6. El acompañamiento e identificación de Facebook que no se encuentra en otros espacios: la construcción colectiva de la experiencia de abuelidad.....	86
3.7. La abuelidad joven no solo es color de rosa: tensiones y dificultades derivadas de la llegada de las y los nietos	92
Capítulo 4 “La abuelidad como experiencia relacional”	100
4.1. Las hijas adolescentes: las nuevas madres.....	100
4.1.1. Los métodos anticonceptivos y el aborto. ¿Temas “propios” en la adolescencia?	101
4.1.2. La ¿dulce? espera. Sentimientos de las abuelas al recibir la noticia y durante el embarazo adolescente.....	103
4.1.3. Expectativas rotas y culpa: el embarazo adolescente como una responsabilidad compartida entre abuelas e hijas.....	105
4.1.4. La empatía como detonante de apoyo y comprensión	106
4.1.5. Maternidad adulta vs maternidad adolescente: juegos de poder entre generaciones	108
4.2. Las y los nietos: la nueva razón para vivir y prolongar la maternidad	111
4.3. El papel de los varones de la familia	116
4.4. Cambios y permanencias en horarios, actividades y organización familiar	121
Conclusiones.....	125
Referencias	138

Las abuelas jóvenes de los grupos de Facebook: introducción al problema de investigación

El concepto de abuelidad, propuesto en 1977 por Paulina Redler, surgió por la necesidad de contar con un término que incluyera en la estructuración individual y familiar a la figura de las y los abuelos.

Este constructo hace referencia a un proceso relacional que entrelaza a tres generaciones, en donde la filiación es mediada por la experiencia previa de las y los abuelos como madres y padres (Marín y Palacio, 2015). Se trata de una determinación externa a las decisiones propias y requiere de la adaptación a cambios muy importantes y nuevas actividades en la vida cotidiana (Pérez, 2007).

A pesar de que, desde las nociones más convencionales de abuelidad, se le ha relacionado con la vejez, se trata de un concepto que no corresponde única ni directamente con esta etapa de la vida, pues existe una diversidad de conformaciones, estructuras y características familiares que posibilita que la abuelidad se asuma a más temprana edad.

Dentro de estas alternativas, la abuelidad temprana se ha relacionado con el embarazo adolescente y, a diferencia de otras posibilidades, confronta a personas más jóvenes a esta transición como producto de un evento que se ha llegado a considerar disruptivo en la trayectoria de vida de la descendencia, quienes, aun siendo adolescentes, se convierten en madres o padres.

Empero, este planteamiento toma distancia de las atribuciones deterministas de causas y consecuencias del embarazo adolescente, sin negar las regularidades y problemáticas que se pueden relacionar con este fenómeno (Llanes, 2012). Por lo tanto, el objeto de interés son las implicaciones de asumir la experiencia de abuelidad en etapas más tempranas de la vida.

Esta repentina transformación en abuelas y abuelos se puede traducir en una sobrecarga de responsabilidades, la interrupción de proyectos personales (Marín & Palacio,

2015; Pinazo, 1999), asumiendo dicho rol como una crisis inesperada, y conformando nuevas relaciones intergeneracionales (Osuna, 2006).

Al mismo tiempo, puede producir que estas personas jueguen un papel más activo en su abuelidad en comparación con otras de mayor edad, dado que, cuando las y los nietos llegan a sus vidas, son todavía muy activas a nivel social, independientes y tienen intereses personales claramente definidos (Osuna, 2006).

Sin embargo, es importante puntualizar que la abuelidad se experimenta de forma diferenciada si se es hombre o mujer y se construye como un problema de género en la medida en que se entiende como una extensión de la paternidad y la maternidad.

A partir de este argumento, esta investigación se concentra en la abuelidad de mujeres jóvenes, basando esta elección en la fundamentación antropológica que señala la relevancia de la maternidad, misma que se ha pensado históricamente como el centro del destino femenino, el principio de sentido y el fin de vida de las mujeres a partir de una supuesta naturaleza femenina que apela al instinto y deseo universal de ser madres (Badinter, 1980).

Al identificar a la abuelidad con la función materna, esta determinará en gran parte el autoconcepto de las abuelas y su valor en la sociedad (Hernández, 2005). Bajo este encuadre, el problema se delimita en la comprensión de las experiencias de la abuelidad femenina temprana, dado que se instaura y vincula en dos sentidos: la resignificación de la propia maternidad y las acciones de crianza y cuidado de las y los nietos (Marín y Palacio, 2015).

En esta línea, Zapata y colaboradoras (2016) explican que, la abuelidad temprana permite a las mujeres jóvenes re-conocerse, pues tener esta experiencia antes de los 45 años representa cambios personales, sociales, familiares y laborales en la vida de las mujeres que, ya liberadas de las tareas de reproducción y cuidado de su descendencia, vuelven a asumir de forma parcial estos roles como consecuencia del embarazo temprano de sus hijas adolescentes.

Al apropiarse en diferentes medidas estas nuevas funciones para sus nietas y nietos, se configuran dinámicas que pueden producir tensiones conflictivas y retener a las abuelas en las dobles y triples jornadas que se originan por sus responsabilidades en los espacios

tradicionales como madres -y ahora abuelas-, así como las funciones de proveeduría económica, pues en muchas ocasiones ellas son las únicas responsables de la familia (Fernández, 1993).

Además, lo que sucede con las mujeres cuya maternidad hace frente al embarazo y la maternidad de sus hijas adolescentes, suele implicar que las abuelas centren su atención en el bienestar de sus hijas y nietos, configurando una tarea de tiempo completo que varía en función del contexto histórico, socioeconómico y cultural, así como las necesidades y nivel de dependencia de la descendencia (Baeza, 2005).

La abuelidad en este momento de la vida también puede significar una serie de negociaciones, tensiones y/o conflictos ante la posible ruptura de la secuencia deseada del ser mujer cuando se convierten en abuelas “antes de lo esperado” (Zapata, *et al.*, 2016).

Esto significa que sus experiencias de vida, sus construcciones identitarias y los significados que desarrollaban de sí mismas pueden variar con la llegada de la abuelidad.

Asimismo, entra en juego la experiencia emocional que se da como resultado de esta transición, misma que puede ser ambivalente y transitar de estados de felicidad y gratificación a estrés y frustración, derivados de las responsabilidades asumidas con la crianza de las y los nietos y el apoyo a las hijas (Zapata, *et al.*, 2016).

Son particularmente importantes las modificaciones repentinas e imprevistas de planes y rutinas, los cambios en las responsabilidades y en las expectativas del futuro, así como las repercusiones en la dinámica y economía familiar que las abuelas deben afrontar al dar apoyo a sus hijas (Roo-Prato, *et al.*, 2017).

Este fenómeno social también demanda la exploración de los cambios en la relación de madres e hijas adolescentes, ya que existe la posibilidad de que se produzca una mayor unión durante el tiempo del embarazo al haber identificación de ambas como madres, facilitando un cambio en sus relaciones y ampliando la comunicación a dominios que antes no se exploraban (Cantú, 2011).

No obstante, también se considera el posible aumento en las dificultades y conflictos en la relación madre-hija, derivados de pugnas por el poder sobre las y los nietos, la distribución de responsabilidades y tareas y demás factores que podrían contribuir al detrimento de su vínculo (Parra, 2012).

Por lo anterior, resulta imperante delimitar el problema de investigación, ya que existen muchas variaciones y contextos culturales en los que se puede vivir y socializar esta experiencia. Una de ellas se encuentra en los espacios digitales, en donde las abuelas jóvenes pueden compartir contenido, intercambiar opiniones y construir colectivamente imágenes ideales de la abuelidad.

Los grupos de Facebook representan uno de los mundos sociales digitales más relevantes ¹en los que las mujeres viven su proceso de abuelidad y externalizan sus principales sentires, implicaciones y experiencias al ser abuelas jóvenes.

Al optar por esta delimitación, se explicita que se trata de una población selectiva de mujeres que tienen en común haber buscado y encontrado en Facebook un espacio para socializar su experiencia de abuelidad, por lo que este mundo social condiciona las pautas culturales de feminidad que enfatizan en la juventud, la belleza y, sobre todo, en la idealización de la abuelidad.

Las participantes también comparten entre sí, y con sus hijas, la característica de haberse convertido en madres en la adolescencia o al término de su adolescencia tardía.

Asimismo, estas abuelas tienen condiciones económicas para acceder a internet y las redes sociales les permiten comunicarse y construirse como sujetas de género al gestionar la forma en que son percibidas por las demás, pues los formatos digitales otorgan la libertad de presentar un “yo digital” que puede diferir del que presentan o interpretan en la vida cotidiana (Rose, *et al.*, 2012).

¹ En la búsqueda de mundos sociales digitales en los que se abordara la abuelidad temprana, exploré otras redes sociales como Instagram, Tiktok o Twitter. Sin embargo, en estas no había presencia de grupos, perfiles o cuentas de abuelas jóvenes. También consideré otros recursos digitales tales como blogs en internet, pero estos son escasos y la comunicación es unidireccional.

Además, este formato facilita modelos ideales que restauran jerarquías de género que se intensifican y encuentran nuevas salidas por medio de las redes sociales digitales. Por lo tanto, a través de estas tecnologías se busca la propia confirmación, basada en el deber ser y en las normativas de género respecto a sí mismas (Rose, *et al.*, 2012).

Se reconoce también la heterogeneidad que caracteriza a los espacios digitales, por lo que es necesario señalar que los grupos de Facebook estudiados se conforman por participantes de diversas nacionalidades, condiciones sociales, económicas y culturales.

De esta manera, no se resta importancia a las variables contextuales fuera de línea que caracterizan a las participantes y que tienen un impacto muy fuerte en la forma en que experimentan su abuelidad cada una en particular.

A partir de este planteamiento, se propuso como objetivo general de investigación comprender y analizar la forma en que algunas mujeres jóvenes que participan en grupos de abuelas en Facebook construyen su experiencia de abuelidad de manera individual y en diálogo con una imagen idealizada que construyen colectivamente en estos mundos sociales.

Este objetivo general se persiguió por medio de objetivos específicos centrados, en primer lugar, en explorar y describir los sentires e implicaciones de la abuelidad temprana en las experiencias de la vida cotidiana de las participantes con respecto a ellas mismas, con relación a los significados que otorgan a sus hijas adolescentes como madres y a la llegada de sus nietas y nietos.

Por otra parte, se trató de identificar y caracterizar las tensiones y/o negociaciones que las participantes expresan entre la imagen ideal femenina construida colectivamente, al ser contrastada con sus experiencias reales vividas a partir de su abuelidad temprana.

Finalmente, se buscó comprender la forma en que las abuelas jóvenes interpretan los cambios y/o permanencias percibidas en la organización familiar, en su relación madre-hija, en el establecimiento de su relación abuela-nieta/o y en la participación de otros actores sociales en la maternidad de sus hijas adolescentes.

Para dar cumplimiento a estos objetivos, esta tesis se divide en 4 capítulos. El primero da cuenta de la revisión teórica de los conceptos centrales del problema de investigación.

Se inicia con la conceptualización de género, como categoría vertebral del análisis, revisando los ideales femeninos que sustentan al objeto de estudio. Asimismo, se incluye la revisión crítica del concepto de maternidad y se retoman las concepciones de abuelidad que se han desarrollado desde los estudios de género.

En un segundo momento, este capítulo realiza un recorrido por el estado de la cuestión de la abuelidad temprana, revisando los principales hallazgos en materia de abuelas maternas al interior de las investigaciones empíricas de embarazo y maternidad adolescente. Luego se da paso a los proyectos que se centran de manera específica en la abuelidad temprana.

El siguiente capítulo explicita la estrategia metodológica que se siguió para el desarrollo de esta investigación empírica. Se tocan las decisiones relativas a la justificación del tema, el enfoque metodológico, la delimitación del campo y las participantes. Además, se describe el trabajo de campo, las implicaciones de la investigadora y las técnicas e instrumentos de investigación.

En el tercer capítulo, se presenta el análisis de los testimonios y sentires que dan cuenta de las particularidades de la experiencia de estas participantes. Estos se dividen en:

- 1) La supremacía de la abuelidad temprana como una segunda oportunidad para disfrutar y resarcir los errores de la maternidad,
- 2) La maternidad y abuelidad como instituciones incondicionales, la paternidad institución como opcional,
- 3) La comparación de la propia experiencia con la abuelidad de otras generaciones,
- 4) Las necesidades y cambios de la abuelidad temprana,
- 5) El matrilineaje como legitimador de la experiencia de las abuelas maternas,
- 6) La construcción colectiva de la experiencia de abuelidad en Facebook y
- 7) Las tensiones y dificultades derivadas de la llegada de las y los nietos.

El último capítulo de la tesis está dedicado al estudio de la abuelidad como una experiencia que invariablemente se da en términos de las relaciones con las y los demás actores sociales involucrados. Se divide en cuatro apartados que responden a esta lógica:

1) Las hijas adolescentes: las nuevas madres. Se tratan los temas de métodos anticonceptivos y aborto como variables relacionadas al embarazo adolescente, los sentimientos de las abuelas al recibir la noticia y durante el embarazo de sus hijas, las expectativas rotas y la culpa, la empatía como detonante de apoyo y comprensión, así como los juegos de poder que se presentan entre maternidades adultas y adolescentes.

Los siguientes apartados corresponden a 2) Las y los nietos: la nueva razón para vivir de sus abuelas, 3) El papel de los varones de la familia y 4) Los cambios o permanencias en horarios, actividades y organización familiar.

Para finalizar, se presentan las conclusiones de la tesis y el aparato crítico que fue empleado para enmarcar y discutir los hallazgos de esta investigación.

Capítulo 1. Aproximación teórica de los conceptos centrales y estado de la cuestión

1.1. La abuelidad como una extensión de la maternidad: marco teórico conceptual

Esta investigación parte de la aproximación teórica de la abuelidad, entendiendo esta experiencia como un objeto de investigación de los estudios de género, razón por la cual se emplea al género como categoría central de análisis.

Posterior a esta aproximación, se revisan algunos de los ideales femeninos sobre los que se constituye el género en las mujeres y que dan sustento al problema de investigación abordado. En el siguiente apartado, se define la maternidad como un comportamiento arraigado en la naturaleza de las mujeres, entendiéndola como una institución que se ha asentado a lo largo de la historia como un pilar fundamental que asegura que el potencial de las mujeres permanezca bajo el control y dominio masculino.

Finalmente, abordo teóricamente la abuelidad, retomando las contribuciones de diversas autoras y autores que permiten ir definiendo y caracterizando esta experiencia sin esencializar o generalizar los hallazgos que emplean, sino que, por el contrario, historizando y complejizando la forma en que se ha construido como un objeto de estudio de las ciencias sociales y, específicamente, de los estudios de género.

1.1.1. Género como categoría vertebral de la tesis

La experiencia de abuelidad es un punto de inflexión de la forma en que se consolidan o desestructuran los elementos relacionados con la construcción social de los géneros, puesto que la forma en que se significa la abuelidad, al relacionarse directamente con la maternidad, está constituida elementalmente por el género.

A pesar de las variaciones culturales, de clase, etnia, entre otras, las normas y prescripciones sociales se sostienen en la división sexual más primitiva en la que las mujeres, identificadas con lo doméstico, están ligadas al ámbito de la reproducción, la maternidad (Lamas, 2002) y, por ende, la abuelidad, limitando sus potencialidades y condicionando sus comportamientos en función de su adecuación al género (Lamas, 2002).

Es por esto que, aún en la actualidad, ser madre es una de las tareas más importantes que puede y debe desempeñar una mujer, por lo que la maternidad prescribe y asigna el lugar de las mujeres dentro de la sociedad y, puesto que la abuelidad es considerada una extensión de la maternidad, también puede llegar a ser un aspecto fundamental de la condición femenina de las mujeres.

Bajo este marco, la categoría analítica de género cobra especial relevancia para esta investigación que se centra en analizar la abuelidad desde la experiencia de las mujeres, por lo que la reflexión teórica se inicia en torno a la forma de abordar esta categoría:

En primer lugar, se abordan las propuestas de West y Zimmerman (1987), quienes parten del sexo, como determinación hecha a través de la información biológica para la clasificación de las personas en categorías sexuales, mientras que el género es la actividad de manejar la conducta situada a la luz de las concepciones normativas de actitudes y actividades apropiadas para cada categoría sexual.

Es decir, diferencian el sexo, como criterio socialmente acordado para ser hombre o mujer, generalmente basado en los genitales de la persona o la tipificación cromosómica. Una categoría biológica asumida, independientemente del género, que es establecido y sostenido por las demostraciones identificatorias socialmente requeridas que proclaman la pertenencia a una categoría.

Por otro lado, definen al género como el grado en que un actor es masculino y femenino, a la luz de las expectativas sociales sobre lo que es o no apropiado para la categoría del sexo.

En este sentido, el género se realiza en interacciones y los comportamientos se evalúan en función de concepciones socialmente aceptadas, por lo que se enfatiza el nivel de interacción como el lugar donde se invoca y refuerza el género. Esto es, hacer género es un logro rutinario incrustado en la interacción diaria debido a que las personas “hacen” y evalúan el género en una amplia variedad de actividades de su vida cotidiana.

Por lo tanto, el género no es un atributo de las personas, sino que es el resultado de las acciones que llevan a cabo las personas en su día a día. Se trata de un proceso de construcción de significados en un contexto social determinado (West & Zimmerman, 1987).

En otros términos, más que ser una propiedad de las personas, el género emerge de las situaciones sociales, lo que sugiere que no existe por fuera de las prácticas que lo constituyen, por lo que, más que a la interioridad o individualidad de las personas, el género se hace y existe en la medida en que se da cuenta de éste en la interacción con los demás (West & Zimmerman, 1987).

Estos autores proponen el “hacer género” como un complejo de actividades perceptivas socialmente guiadas, interaccionales y micropolíticas que arrojan persecuciones particulares como expresiones de “naturalezas” masculinas y femeninas (West & Zimmerman, 1987).

Dichos procesos sociales refuerzan la apariencia de “natural” a lo asignado socialmente a mujeres y hombres debido a la constante repetición de actividades que, en forma generalizada, hace parecer a la forma establecida por el género, como la única forma real de vivir y comportarse (West & Zimmerman, 1987).

Al tratar al género como una construcción social que define y categoriza muchos aspectos de la vida, se produce que si alguien no está a favor de su género o hace algo que no se considera “correcto” para ese género, esta persona estaría cometiendo un acto de desviación social, pues cualquier desviación de estas expectativas se atribuye al individuo y no a la rigidez de las categorías reconocidas (West & Zimmerman, 1987).

A partir de una descripción “omnirelevante” del género, West y Zimmerman (1987) explican por qué se trata de una categoría aparente y relevante en casi todas las interacciones. Otro componente importante de su teoría es la evaluación de la conducta basada en el género, en donde las acciones de una persona son evaluadas en función de cómo se comparan con los estándares de responsabilidad de la categoría de sexo a la que pertenece.

El modelo de hacer género enumera diferentes niveles de análisis que forman la cultura de género: el nivel sociocultural, donde el género se hace patente mediante una

ideología que se manifiesta a través de estereotipos y creencias con relación a las asignaciones de hombres y mujeres, mismos que son promovidos por diferentes agentes sociales como los medios de comunicación o la familia (West & Zimmerman, 1987).

El segundo nivel, el relacional, analiza la diferencia de comportamientos en las interacciones sociales en función del género. Por su parte, el nivel individual analiza las actitudes y comportamientos integrados en la dinámica individual, asociados a cada uno de los sexos según las normas sociales dominantes (West & Zimmerman, 1987).

Finalmente, es importante señalar que, el marco de hacer género no oculta la agencia, sino que la contextualiza, esto es, debido a que el género de las personas se interpreta en función de la estructura de rendición de cuentas, es posible que la eficacia de su resistencia no sirva para “deshacer” el género, sino para “rehacerlo”, ya que las estructuras de rendición de cuentas pueden cambiar, pero el género no desaparece (West & Zimmerman, 1987).

Complementando esta visión, se extiende la idea de género como un proceso de interacción continuo en intersección con la raza y la clase. En esta línea, West y Fenstermaker (1995) propusieron el concepto de “hacer la diferencia”, afirmando que la intersección entre estas formas fundamentales de categorizar las diferencias sociales es requisito indispensable para comprender y tener la posibilidad de modificar estos sistemas sociales.

Según estas autoras, la diferencia de las personas que no se asemejan a los grupos dominantes que hegemónicamente han definido las normas y roles de género también se realiza en constantes interacciones que se reafirman y reproducen la estructura social (West y Fenstermaker, 1995).

Señalan que, experimentar el mundo a través de la interacción con las características y marco de referencia de la estructura dominante produce un patrón de pensamiento y comportamiento que reproduce las desigualdades sociales (West y Fenstermaker, 1995).

La raza, la clase y el género son procesos dinámicos de construcción cultural, razón por la cual, las personas “hacen la diferencia” cuando reconocen la forma en que su categorización las hace socialmente responsables de actuar de formas particulares y, cuando

recalibran la diferencia para producir formas alternativas de conceptualizar patrones de interacción, equivale a un cambio social (West y Fenstermaker, 1995).

Por otra parte, la comprensión del género en esta investigación parte de la propuesta teórica de Joan Scott (2008), quien define al género como un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos y como una forma primaria de relaciones simbólicas de poder.

Para esta autora, las relaciones entre hombres y mujeres basadas en una jerarquía de poder provienen de representaciones simbólicas sobre la diferencia sexual y operan desde los procesos sociales más elementales, por lo que entender cómo funciona la lógica de las relaciones de género puede contribuir a desarticular sus consecuentes formas de subordinación de las mujeres (Scott, 2008).

Es por esto que, los posibles cambios en la organización de las relaciones siempre corresponderán a cambios en las representaciones de poder, pero la dirección de cambio no es necesariamente única. Para Scott (2008), el género constituye las relaciones sociales a través de cuatro elementos interrelacionados:

Primero, los símbolos culturalmente disponibles que evocan múltiples representaciones, las cuales pueden llegar a ser incluso, contradictorias.

Segundo, los conceptos normativos que imponen interpretaciones sobre los significados de aquellos símbolos, restringen y limitan sus posibilidades metafóricas, -tales como las doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas- en las cuales se refuerzan las oposiciones binarias, haciéndolas aparecer como fijas y afirmando categóricamente los sentidos de hombre y mujer, de lo masculino y femenino al tiempo que ocultan las interpretaciones alternativas y los conflictos de los cuales emergieron.

Tercero, las instituciones y formas de organización social: la organización familiar y el hogar, puesto que el género se construye a través del parentesco, pero no exclusivamente, pues también entran en juego el mercado de trabajo, la educación, los regímenes gubernamentales y atender las complejas relaciones entre todas ellas. Cuarto, las identidades particulares, es decir, la forma en que se configura cada persona a nivel individual.

En cuanto al género como una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder, Scott (2008) explica que el género es un campo dentro o por medio del cual se articula el poder. A pesar de no ser el único, es una forma persistente y recurrente que ha hecho posible la significación de poder entre hombres y mujeres.

Para esta autora, el género es entendido como conocimiento de la diferencia sexual, donde “conocimiento” no se entiende como algo que refleja diferencias físicas, naturales y estables entre hombres y mujeres, sino como aquello que produce los significados acerca de estas diferencias (Scott, 2008).

Así, explica que las diferencias sexuales se inscriben, antes de lo biológico, en el orden de los múltiples y contradictorios significados a partir de los cuales emerge, ya no en el registro de lo estable, sino en el de lo históricamente variable, ya que no hay nada de lo que se refiere al cuerpo, incluyendo incluso los órganos reproductivos de las mujeres, que determine unilateralmente cómo deben forjarse las divisiones sociales (Scott, 2008).

Señala que, para que el género se transformara efectivamente en una categoría analítica, era necesario poner el énfasis en la forma por la cual se construyen jerarquías como las atribuidas a la diferencia sexual y, por lo tanto, desplazarse del ámbito de la conciencia, la ideología o las determinaciones puramente materiales, hacia los discursos y la retórica.

Scott (2008) también identifica al género en el plano de los significados y presta atención a los sistemas significativos, entendidos como formas en que las sociedades representan el género, y lo utilizan para articular los roles sociales o para construir el sentido de la experiencia, por lo que, sin sentido, no hay experiencia y, sin los procesos de significación, no hay sentido.

Con base en esta crítica a la noción de experiencia, la presente investigación estudia a la abuelidad como parte de las relaciones de poder y opresión de género que se dan dentro de la familia, en donde debido a las distintas posiciones que ocupan sus integrantes, las abuelas maternas suelen realizar la mayor parte del trabajo reproductivo y de cuidados (Scott, 2008).

1.1.2. Los ideales femeninos que sustentan el problema de investigación

Partiendo de la definición antes expuesta de género, resulta imprescindible explicar una serie de ideales femeninos sobre los que se constituye el género en las mujeres. Estos han variado a lo largo de la historia y de los contextos, pero siempre han tenido el objetivo de ejercer un control social.

Estos ideales se persiguen en la medida en que los integrantes de una sociedad saben que tienen que rendir cuentas a propósito de su conducta, por lo que enmarcan sus acciones en función de la manera en que podrían ser interpretadas por los otros en el contexto en el que ocurren y, dado que cualquier curso de acción puede ser interpretado como mujeril o viril, tenderá a responder a las expectativas de las concepciones normativas e ideales de feminidad o masculinidad (Fenstermaker, *et al.*, 2002).

A pesar de que estos ideales pueden tener claras excepciones y matices, las personas siempre tendrán el compromiso de rendir cuentas por haber o no realizado dichas acciones (Fenstermaker, West, y Zimmerman, 2002).

Este esfuerzo cultural de “hacer género” consiste en crear diferencias entre niñas y niños y mujeres y hombres, estas diferencias moldean cuerpos y mentes y, en consecuencia, convierten los arreglos basados en la categoría de sexo en maneras de legitimar la organización social, aparentando una mera acomodación al orden natural (West & Zimmerman, 1987).

Específicamente, Young (1990) explica que, “lo femenino” es un conjunto de expectativas disciplinadas normativamente, que se impone a las mujeres, asignando sobre sus cuerpos guiones socialmente establecidos ligados al cuidado y el trabajo reproductivo y donde su capital cultural femenino las hace aparentemente “incompatibles” con muchas otras actividades que se sostienen en estructuras, prácticas, instituciones y creencias.

McRobbie (2015) postula a los ideales femeninos como una ampliación de ese control social de las mujeres, se sirve de medios corporales para asegurar el mantenimiento de las relaciones de poder existentes, asegurando el dominio masculino por medio de “lo perfecto”.

Este concepto se disfraza cuidadosamente a través de la supuesta autorregulación femenina donde lo perfecto surge como un horizonte de expectativa, a través del cual se persuade a las mujeres a buscar la autodefinición.

Este “perfecto” impuesto por la cultura popular y política de los últimos años, se ha apropiado de algunos conceptos del feminismo para acomodarlo, adecuarlo y articularlo en complicidad con el conservadurismo.

Como resultado, se tienen discursos tales como “puedo y debo hacerlo mejor”, configurando modelos de mujeres, “feministas y modernas” quienes, por voluntad y supuesta emancipación, suman cargas tales como los estudios superiores, el trabajo remunerado, la belleza, entre otros, a las cargas tradicionales que se les asignaban en el pasado, tales como la maternidad y los quehaceres y labores domésticas, intensificando las diferencias de género que, de otro modo, podrían desaparecer.

La misma autora explica que, con estos modelos ideales, se transgreden todas las ideas de justicia de género y solidaridad colectiva en favor de la “excelencia” con el objetivo de crear nuevas formas y restaurar formas antiguas de jerarquías de género a través de la competencia y el elitismo, regresando a los modos ideales en los que las mujeres, desde niñas, compiten entre sí.

Por tal razón, McRobbie (2015) enfatiza en la capacidad de los nuevos modelos femeninos que de alguna u otra forma se inscribe en procesos sociales o movilizaciones que traen cambios, pero que representan arreglos de género de la sociedad contemporánea que, paradójicamente, dejan intacto al régimen patriarcal existente, pues estos nuevos modelos de mujer también muestran una feminidad altamente normativa que vuelve a exigir a las mujeres y las desvalora si no cumplen con lo establecido.

Dentro de estas restricciones impuestas por el ideal de feminidad, Young (1990) explica que, el cuerpo de las mujeres se ha asociado a una ineptitud para el desarrollo de ciertas actividades físicas, tales como deportes, producto de la forma en que se significa el cuerpo de las mujeres, y dado que la orientación deliberada del cuerpo hacia las cosas define

la relación del sujeto con el mundo, el cuerpo femenino y su relación con el mundo revela las estructuras de la existencia femenina.

Es decir, la existencia corporal femenina es una intencionalidad inhibida que simultáneamente se dirige hacia un fin proyectado con un “puedo” que retira su total compromiso corpóreo en un autoimpuesto “no puedo” (Young, 1990).

A partir de esta perspectiva se revela la relación de las mujeres con el espacio, donde su existencia es precaria, pues existe una atribución de propiedad del espacio que pone a las mujeres con enorme frecuencia en un “fuera de lugar”, un lugar marginal, de exclusión, de otredad. El estar en el espacio de las mujeres es diferente del de los hombres (Young, 1990).

Esto se traduce en ideales femeninos de la esposa que camina, hermosa y maquillada, un paso detrás del político o mandatario, quien le abre la puerta del auto, y ella agradece el gesto “queriéndose” incapaz de realizar el acto por si sola y sintiéndose cómoda con que la relación en el espacio de un acto social público sea el de acompañamiento, el de “adorno”, el de complementariedad, viviendo más que como sujeto, como objeto, un objeto que se acerca a los ideales femeninos de belleza y comportamiento.

Asimismo, la existencia corpórea femenina es autorreferencial hasta el punto en que dispone su movimiento como algo que es observado, como objeto de la mirada del otro (Young, 1990). Para alcanzar el ideal femenino, una mujer “cuida las apariencias” mucho más que un hombre, no quiere verse desarreglada ni demasiado fuerte, por eso se mira al espejo, se preocupa de cómo se ve, por eso se reduce, se da forma, moldea y decora su cuerpo con base en esos ideales.

Las modalidades del comportamiento y espacialidad del cuerpo femenino exhiben una tensión entre subjetividad y objetualización, de manera que las mujeres manejan sus cuerpos cuando se mueven sin hacer uso completo de sus potencialidades espaciales y laterales del cuerpo. Desde niñas, adquieren muchos hábitos sutiles de comportamiento corporal que se asumen como femeninos y van aprendiendo activamente a entorpecer sus movimientos (Young, 1990).

Se les dice que sean cuidadosas para no lastimarse, no ensuciarse, no romper su ropa y que hay actividades que son peligrosas para ellas, pero no así para sus pares hombres y, en cuanto más asume una niña su estatus como femenino, más se concibe como frágil y pone en acto su propia inhibición corporal si se quiere adaptar al ideal femenino (Young, 1990).

Por otra parte, una gran cantidad de los roles tradicionales que se les atribuyen progresivamente a las mujeres durante su desarrollo y que se van conformando como ideales femeninos, están ligadas a las actividades de cuidado y trabajo no remunerado en el hogar (Tepichin, 2016).

Muchas de estas tareas son adquiridas precozmente en el seno familiar, socializadas a través de prácticas cotidianas divididas sexualmente. Esta división sexual del trabajo se ha revelado como una de las manifestaciones más evidentes de las relaciones jerárquicas en el hogar y no se limita a las relaciones entre marido y mujer, sino que alcanzan a las y los hijos y demás integrantes de la familia (Tepichin, 2016).

En otro punto, McRobbie (2009) señala que los ideales femeninos toman nuevas formas para conservarse a pesar de los progresos sociales de las mujeres. Por ejemplo, reflexiona en torno a cómo el creciente acceso de las mujeres en el mercado laboral y su autonomía económica se acompañaron de procesos de individuación femenina desde los medios de comunicación y los productos culturales que promueven esfuerzos reflexivos para conservar la feminidad a través de microprácticas.

Así, las relaciones de poder se han reinventado y reintroducido en los discursos individualistas de “empoderamiento femenino” que se ven complementados por expresiones de refeminización por medio de la cultura de consumo femenino, la moda y los productos de belleza para estabilizar las relaciones de género en que las mujeres deben “navegar” sus nuevas posiciones de poder sin poner en riesgo su atractivo o identidad sexual (Muñiz, 2014).

Estos ideales y estándares de belleza no pueden comprenderse sin tomar en cuenta las relaciones de poder producidas por el género, pues las imágenes que son alcanzadas a través de prácticas tales como dietas, maquillajes, ejercicios y cirugías cosméticas son socializadas

a las mujeres por medio de revistas, cine, televisión, publicidad y donde se establece la corporalidad femenina con relación al poder y el género (Bordo, 2001).

Así, el cuerpo femenino expresa los efectos de las prácticas y los discursos sobre la feminidad que se establecen en un círculo pernicioso que surge de la sensación de nunca ser tan buenas como se requiere o lo suficientemente bellas. Con esto en mente no es de extrañarse que las mujeres paradójicamente se sientan liberadas a través de las normas y prácticas de belleza, las cuales, en cambio, las constriñen y esclavizan (Muñiz, 2014).

Por esta razón, se requiere historizar las prácticas de belleza y vincular la individualidad en un contexto de poder y jerarquías de género, analizando los complejos y contradictorios discursos acerca del cuerpo, el control y la feminidad (Bordo, 2001).

Asimismo, se requiere entender las prácticas de belleza no como un simple artefacto de consumo capitalista, de la feminización de la cultura o de las contradicciones de la modernidad, sino que son centrales en la reproducción de relaciones de dominación y subordinación, pues perpetúan las limitaciones y los efectos disciplinarios de la feminidad (Bordo, 2001).

Finalmente, se señala que la feminidad ha sido atravesada históricamente por una dimensión ontológica de ser para otros, que es en donde se adquiere el sentido vital y el reconocimiento de sí. Esta condición remite a las mujeres a una permanente incompletud y las ubica al servicio de una ética de cuidados, encargada de dar, preservar, proteger y reproducir la vida (Lagarde, 1997), por lo que el ideal femenino se asocia totalmente con la maternidad y la abuelidad que serán explicados en los apartados posteriores.

La ubicación de las mujeres fuera de estas esferas supone romper con los ideales femeninos estereotipados y las coloca en el lugar de la transgresión, lo cual funciona como una fuente de represión social y psicológica que les impulsa a mantenerse dentro de los parámetros del status quo (Hidalgo, 2003).

El abandono o el alejamiento de ese horizonte cultural ideal de la feminidad provoca profundos sentimientos de culpa, vergüenza y depresión por una parte y miedo, rechazo y

repulsión por la otra, pues se cuestiona la “esencia femenina”, la forma en cómo se ha construido el ser mujer (Hidalgo, 2003).

1.1.3. La maternidad como experiencia fundante de la abuelidad

Tal como se mencionaba en el apartado anterior, parte de los ideales femeninos que se han impuesto a las mujeres a lo largo de la historia se basan en la maternidad, misma que ha sido uno de los pilares más importantes de la opresión y dominación de las mujeres por las implicaciones que tiene para su vida.

León (2019) menciona que pocas experiencias humanas están tan reglamentadas en leyes no escritas como la maternidad y que la transmisión de esas leyes y la vigilancia de su cumplimiento son trabajo de toda la sociedad, incluyendo a las propias mujeres.

En este sentido señala que, quienes se convierten en madres son objeto de vigilancia, y quienes no, también y a pesar de los progresos y sucesivos avances de los movimientos feministas, la maternidad no es, todavía ni en la mayor parte del mundo, de la propia sujeta madre, pues le pertenece a otros y está controlado por la institución de la maternidad, por lo que se trata de una capacidad que parece estar gestionada desde fuera por todo el mundo, desde la familia cercana hasta el Estado.

Para Prieto (2015), la maternidad es extraordinariamente relacional, flexible y cuya importancia, valor y efectos varían de contexto a contexto y es una práctica dada a partir de la manera en que cada mujer ocupó y ocupa un lugar como hija y de diversas apropiaciones inconscientes, tales como los discursos sobre la transmisión de la feminidad.

Por su parte, León (2019) define a la institución de la maternidad como el conjunto de suposiciones y normas, reglamentos y controles que secuestran la experiencia, la ordenan de acuerdo con un poder ajeno y domesticar la vida de millones de mujeres.

León (2019) explica que, a pesar de ser una institución que parece haberse debilitado en las últimas cinco décadas gracias a las luchas de los movimientos feministas, pero solo a trozos, solo para ciertos segmentos de la sociedad, por lo que se puede decir que no está en absoluto retroceso, sino que se ha hecho más invisible o se ha interiorizado bajo el “paradigma de la elección”.

Sin embargo, esta autora señala que la institución de la maternidad no ha sido tocada, aunque parezca que las mujeres han ganado un pequeño margen de acción y decisión, la gestión de sus maternidades sigue estrechamente vigilada por el entorno.

Por esto, la idea general de ser madre sigue conteniendo las mismas dosis de amor incondicional, entrega, sacrificio y desaparición de la autonomía, aunque algunas mujeres ofrezcan al mundo relatos de éxito. Es decir, no importa lo libre que una mujer se sienta eligiendo, la institución se mantiene y aunque las maternidades sean deseadas, las mujeres, en tanto madres, seguirán siendo vistas por toda la sociedad como las principales responsables en todo lo relativo a su descendencia.

Por tanto, la capacidad reproductiva de los cuerpos de las mujeres está en manos de la institución que niega, aún hoy, la capacidad de poner fin, por ejemplo, a embarazos no deseados, o que el número y momento de tener hijos o hijas este condicionado por las leyes del mercado laboral o las necesidades de renovar la población (León, 2019).

Asimismo, León (2019) explica que la maternidad, lejos de ser un proceso homogéneo, instituyó la noción de madre en el seno de la familia nuclear y de la sociedad contemporánea esencializando a las mujeres en tanto madres, donde la maternidad aparece como una capa cultural en la que la mujer, la persona, desaparece y queda el estereotipo.

En la actualidad, algunas mujeres son capaces de elegir el momento y forma en que se convierten en madres: tienen voz y voto en lo relativo a sus partos y crianzas, viven su maternidad de forma consciente y casi libre y otras deciden no tener descendencia y se libran de este cuestionamiento.

Por tal razón, la experiencia de maternidad es azarosa, contradictoria, ambivalente y desprotegida y es la experiencia que ha sido y sigue siendo la expropiación de la capacidad de gestar y crear vida en determinados cuerpos.

Desde una concepción fundante, la maternidad comenzó a ser cuestionada y definida por Addriane Rich, quien en 1976 explicó que, en tanto madres, las mujeres han sido idealizadas y también explotadas.

Explica que, desde el nacimiento, en la mayoría de los hogares y de los grupos sociales se le enseña a las infancias que solo algunas de sus posibilidades son vivibles en función del cuerpo con el que nacen.

Se les enseña a escuchar solo ciertas voces dentro de sí, a sentir solo lo que se cree que se debe sentir: enseñamos a los niños a odiar y despreciar esos lugares de sí mismos en lo que se identifican con las mujeres y enseñamos a las niñas que hay un solo tipo de femineidad, y que las partes incongruentes de ellas mismas deben ser destruidas.

Rich (1976) explica que la división del trabajo, establecida desde antiguo entre los grupos humanos, asigna a las mujeres no solamente la función de parir y de criar, sino también la responsabilidad para con las y los hijos.

Por lo tanto, ser “madre” implica una presencia continua que dura por lo menos nueve meses y, más a menudo, muchos años: en su cuerpo se perciben cambios irreversibles, su mente nunca es la misma y su futuro como mujer es marcado por este acontecimiento.

La autora distingue entre dos significados superpuestos de maternidad: la relación potencial de cualquier mujer con los poderes de la reproducción y con la descendencia y la institución cuyo objetivo es asegurar que este potencial, y todas las mujeres, permanezcan bajo el control masculino.

Explica que la institución de la maternidad ha sido clave de muchos y diferentes sistemas sociales y políticos que han impedido a las mujeres tomar decisiones y control sobre sus potencialidades, eximiendo a los hombres de la paternidad en un sentido auténtico y creando el peligroso cisma entre la vida “privada” y la “pública”, a pesar de que la maternidad es un asunto normado por todos los agentes públicos de socialización.

También menciona que, a veces, en ciertos momentos de la historia y en determinadas culturas, la idea de la mujer como madre ha servido para representar a todas las mujeres y otorgarles un poco de voz en la vida de un pueblo, pero a juzgar por la corriente principal de la historia registrada, la maternidad como institución ha degradado y confinado al gueto las aptitudes de la mujer. Las posibilidades de las mujeres han sido literalmente aniquiladas en beneficio de la maternidad.

En resumen, Rich (1976) menciona que la maternidad ha sido considerada como el centro de la vida de las mujeres, algo que les da plenitud incluso en medio de sus tristezas, una llave para descubrir el sentido de sus vidas, sin reconocer la ansiedad, el cansancio físico, la rabia, la autoacusación, el aburrimiento y la escisión que dentro de ellas mismas se vive también como parte de esta experiencia.

Por tanto, la maternidad física no es más que una dimensión del ser de las mujeres, y la organización física que durante generaciones de mujeres ha significado una maternidad obligada y no elegida, constituye todavía una fuente femenina apenas tocada o comprendida.

Además, la institución de la maternidad refiere a las formas ocultas de socialización y las presiones que abiertamente empujan a las mujeres hacia el matrimonio, el amor heterosexual y donde la maternidad se instaura y revive en todas las demás instituciones.

Por su parte, Badinter (1980) descubre al amor materno no como un instinto innato, universal y automático que proviene de una naturaleza femenina, sino que se trata de un comportamiento histórico y social que varía según épocas y costumbres.

A partir de su propuesta teórica contribuye a desmontar el papel idealizado de la buena madre y entender los múltiples significados, interpretaciones y experiencias de la maternidad actual. Para Bardinter (1980) “una buena madre es una realidad entre otras” por lo que las mujeres son o no buenas madres en función de lo que la sociedad desprecie o valore con relación a la maternidad.

Explica que, en la ideología dominante, el peso de las conveniencias sociales y la importancia del factor económico son lo que determinan las opciones de las mujeres, no así la espontaneidad del amor maternal.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII, la imagen, función e importancia de la madre sufre un cambio radical, pues con el nacimiento de la familia nuclear moderna el amor maternal se instaura como nuevo valor donde la descendencia se convierte en el más preciado de los bienes por lo que la mujer tiene que ser, ante todo, madre y debía consagrarse al trabajo familiar y ocuparse personalmente de su descendencia (Bardinter, 1980).

Por lo tanto, las mujeres que se alejaron de ese instinto maternal eran malas madres y la culpabilidad, la profunda abnegación y el sacrificio de las madres se instaurarían para permanecer hasta nuestros días (Bardinter, 1980).

Así, al hablar de maternidad se trata de una imposición social presentada a las mujeres como un instinto innato que proviene de una supuesta naturaleza femenina, sin embargo, Badinter (1980) explica que se trata de un comportamiento histórico y social que ha variado dependiendo las épocas y costumbres.

Esta autora explica que, la imagen, importancia y función de la maternidad es producto de la familia nuclear moderna que tiene sus orígenes en el siglo XVIII, cuando esta unidad afectiva colocó a los hijos/as como el más preciado de los bienes y donde la madre debe ser, por encima de todo, madre, instaurando el mito del amor maternal como un amor espontáneo que toda mujer tiene hacia su descendencia.

Bajo esta premisa, las mujeres fueron convencidas de consagrarse al trabajo familiar y cuando alguna mujer se alejaba de ese ideal, era una “mala madre”, por lo que la culpa se instauró como el móvil de motivación que, por medio de la congruencia de todos los agentes socializadores, conduce a las mujeres a dar todo de sí mismas para cumplir con ese ideal.

A lo anterior, Badinter (1980) suma una serie de normas desarrolladas a lo largo del siglo XX que han configurado y especificado la construcción histórica de la maternidad para las mujeres occidentales, en el que ellas son las responsables de la felicidad y bienestar de sus hijas/os, definiendo socialmente a las mujeres normales como aquellas con un sentido profundo de abnegación y sacrificio.

Sin embargo, la autora cuestiona este retrato de mujer dotada de la capacidad de dedicación, paciencia y un amor sin límites que se habían establecido para evitar la disolución de la familia y el orden social establecido y para lograr tal propósito, propuso abandonar la idea de maternidad como esencial de la mujer.

Por lo tanto, el amor maternal se ha concebido a lo largo de la historia como un instinto, un comportamiento arraigado en la naturaleza de las mujeres, sin importar el tiempo y espacio que las rodean. Se ha considerado que, al convertirse en madres, las mujeres

encuentran en ellas mismas todas las respuestas a su nueva condición, como si se tratara de una actividad automática y necesaria que solo está esperando la oportunidad de ejercerse.

Esta concepción se facilita al pensar que se desarrolla tal como la procreación, y que tal como el fenómeno biológico y fisiológico del embarazo debe corresponder con una actitud maternal determinada.

Asimismo, el concepto de maternidad ha sido ambiguo y ha remitido tanto al estado fisiológico momentáneo del embarazo como a las acciones a largo plazo de crianza y educación, por lo que se considera que la función materna está cumplida solo en el momento en que la madre logra que su descendencia sea adulta (Bardinter, 1980).

La misma autora explica que, a pesar de que es cada vez más difícil encontrar actitudes universales y necesarias, el “instinto maternal” es un concepto aparentemente desechado, pero la noción vívida de la maternidad aún conserva mucha de su esencia.

Por mucho que se reconoce que las actitudes maternas no remiten a un instinto, menciona que es común considerar que el amor de las madres por su descendencia es tan poderoso y generalizado que es algo que deben sacar de la naturaleza. Así, el amor maternal es sólo un sentimiento humano, y como tal, es incierto, frágil e imperfecto.

Finalmente, Bardinter (1980) explica que las nociones modernas de maternidad y la carga valorativa implícita en la idea de “la buena madre”, comenzaron a fraguarse en el último tercio del siglo XVIII, cuando ciertas imágenes y funciones de maternidad se incorporaron a las mentalidades y conductas de una época en la que emergía y se desarrollaba el capitalismo.

Por esta razón, el discurso económico apoyado por la recién creada ciencia de la demografía, el saber teológico, médico y psicoanalista, dieron los fundamentos de orden social y cultural dirigidos a las familias y a las mujeres en particular.

Este orden, garante de producir la mano de obra continua que el sistema necesitaba, llevó a las mujeres a convencerlas de que tener hijas e hijos y marido era el fin último de sus vidas (Guallorenzi, 2017).

En este contexto de cambios, las instituciones disciplinares crearon en la mujer la obligación de ser, ante todo, madre, engendrando el mito del instinto maternal, cuya especificidad, en comparación con los dos siglos anteriores, radicó en la exaltación del amor maternal como el valor simultáneamente natural y social (Guallorenzi, 2017).

Para Guallorenzi (2017), la clave está en abandonar la idea de la maternidad como definición esencial de la mujer, pues en la medida en que una mujer tiene ambiciones y recursos para satisfacerlas, se ve menos tentada a invertir su tiempo y energía en la crianza de su descendencia.

Esta misma autora explica que, los discursos sobre la maternidad y la familia han desempeñado un papel clave en la naturalización de las estructuras de dominación, en el destino biológico de las mujeres en tanto madres y en la división de roles y funciones según el ordenamiento sexo-genérico de los sistemas sociales imperantes.

En este sentido, menciona que las construcciones y discursos sociales que han llevado a la distribución asimétrica de poder entre hombres y mujeres se han desarrollado en gran parte en la forma en que se ha concebido a la maternidad.

Por otra parte y a pesar de las críticas que han recibido los trabajos pioneros de Rich (1976) y Bardinter (1980), especialmente por no reconocer su centro en contextos muy particulares y tener pretensiones universalizantes, ya desde 1940, trabajos como el de Simone de Beauvoir trataban de explicar cómo, desde la infancia, las niñas eran condicionadas por discursos que reforzaban la idea de que estaban hechas para engendrar.

Se apelaba a sentimientos conmovedores producidos en y por la maternidad, advirtiendo sobre los inconvenientes de las condiciones propias de su sexualidad, tales como los dolores de la menstruación o el parto, mismas que quedaban “justificadas por el maravilloso privilegio” de traer hijos e hijas al mundo.

Asimismo, la crítica radicalizada que se desarrolló en el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial, en donde las mujeres ya habían accedido al sufragio y a ciertos avances en los derechos educativos, autoras como Betty Friedan (1963) desarrollaron una crítica y caracterización del malestar generalizado que sufrían miles de mujeres en lo que

llamó “un problema sin nombre” que hacía referencia a la insatisfacción con la vida que generaba ser un ama de casa y madre y la falta de realización y felicidad producido por el rol de esposa, madre y ama de casa.

Aunque este trabajo también fue criticado por centrarse únicamente en la realidad de las mujeres de clase media norteamericanas, sin dar una explicación del sistema de legitimación del orden social y sustentador de los privilegios masculinos.

Para la década de 1970, los movimientos antirracista, estudiantil y el feminista plantearon nuevos debates, valores sociales y nuevas formas de percibir a las mujeres, reflexionando y llamando la atención sobre la opresión de las mujeres en el ámbito privado y, con este, la maternidad, como condición para el desarrollo de todo el sistema de subordinación y desigualdad social.

Del mismo modo, se profundizó en la lucha por refutar la idea de que la diferencia sexual obedecía a una cuestión meramente biológica, haciendo énfasis en el papel de la cultura como elemento clave de la producción y reproducción de significantes, poniendo en el centro del debate a la maternidad y la familia.

Asimismo, también se han considerado los modos de vivir la maternidad en función de la forma en que varían de acuerdo con las singularidades de la biografía de cada mujer en particular y en función de las condiciones en las que se vive esa maternidad (Prieto, 2015).

Para el siglo XX se transformó el concepto de responsabilidad maternal en el de culpabilidad maternal, pues con la inserción de la mayoría de mujeres al mercado laboral con la vigente consideración de la maternidad como un deber social -en comparación con la paternidad, que sigue siendo considerada una elección individual- al que se le suman las desigualdades vividas al interior de los hogares donde las dobles jornadas resultan en mayor tiempo de cuidados y de tareas del hogar para las mujeres (Miller, 2011).

Por lo tanto, y a pesar de la agencia, la realidad de muchas mujeres en la actualidad continúa siendo correspondiente con la insatisfacción y culpa cuando no se puede aspirar o cumplir con los estándares sociales que definen a una “buena madre”, pues la maternidad se sigue considerando un deber social y no una elección individual (González, *et al.*, 2015).

Por ejemplo, obras recientes y desarrolladas en contextos distintos, como la de Orna Donath (2016) relata la experiencia de madres israelíes quienes, a pesar de amar a su descendencia, creen que se trata de una carga que nunca debieron asumir o Hollie McNish (2018) donde se evidencia a la maternidad como momentos de ternura, entendimiento y aprendizajes profundos, junto con otros de cansancio, miedo y angustia extrema.

Estos ejemplos permiten ver cómo, en el momento actual, se sigue desafiando el discurso imperante desde el que se ha pretendido que la felicidad y la realización de las mujeres únicamente puede alcanzarse a través de la maternidad.

Finalmente, se retoma a Esther Vivas (2019) quien formula a la maternidad no como un mandato biológico o un destino natural para las mujeres, sino que debe tratarse de una decisión libre y personal pues no existe un comportamiento maternal suficientemente unificado como para hablar de un instinto o amor maternal. Por esta razón, seguir hablando de amor maternal es seguir ejerciendo una presión social extraordinaria sobre las mujeres para que se realicen únicamente a través de la maternidad.

1.1.4. Concepciones de la abuelidad desde los estudios de género

Finalmente, la abuelidad como concepto central de la tesis parte de definiciones conceptuales que la catalogan como una labor femenina dada en términos de cuidado de la familia, configurando una experiencia que históricamente no ha sido reconocida ni valorada, pues al estar circunscrita al ámbito familiar, es invisibilizada por formar parte de la esfera de la reproducción social (Micolta & Escobar, 2010).

Así, tal y como ocurre con la mayoría de los comportamientos sociales atribuidos a las mujeres, a las abuelas se les ha adjudicado las tareas de cuidado y atención a partir de la extensión de la maternidad (Carosio, 2007) y su experiencia ha sido definida en función de la forma en que se incorpora en la estructuración familiar (Redler, 1977).

Como se explicaba anteriormente, la identidad de las mujeres que se ha dado en función de lo femenino ha tomado como base de su construcción a la maternidad y, como su extensión, la abuelidad, donde se asigna a las mujeres los atributos relacionados con el supuesto instinto materno y su sensibilidad, paciencia, renuncia y entrega.

Lo anterior va conformando un modelo hegemónico que identifica a una buena mujer con una buena madre y una buena abuela que destina sus energías y recursos al cuidado y protección de su descendencia, anteponiendo las necesidades y deseos de los demás a sus propios intereses.

Este ser para los otros, para la procreación, el servicio y el maternaje disciplinan y legitiman a la mujer en la sociedad como madre, esposa, reproductora de vida y cultura (Lagarde, 1990) y abuela, por lo que la abuelidad puede constituirse como un eje más, organizador de la vida de estas mujeres.

En el vivir y ser para lo otros, las mujeres pueden encontrar también la satisfacción que dan los y las hijas y las y los nietos, pues en ellos depositan una serie de valores que, en cierta medida, compensan lo que entregan (Horsfall & Dempsey, 2013). Asimismo, la descendencia les otorga un espacio de poder dentro de la familia, cierto control sobre los integrantes de las y los hijos, la pareja y otros integrantes de la familia, por lo que pueden obtener reconocimiento en la sociedad.

Por esta razón, la llegada de las y los nietos podría suponer la renovación de ese reconocimiento y poder social y familiar, al emplear su experiencia previa como madres en la crianza de las nuevas personas que se integran a la familia.

Sin embargo, la abuelidad, como objeto de estudio, ha constituido un rol débil que no tiene un estatus fijo ni delimitado, pero al tener múltiples significados y estilos de desarrollarse, configura una experiencia variable y heterogénea (Roa y Vacas, 2001).

Los estilos de vida de la abuelidad suelen variar con relación a la edad, tanto de la o el abuelo y de los y las nietas, las concepciones culturales de la abuelidad propias de la cultura y el contexto y las diferencias de género que se establecen sobre este rol (Roa y Vacas, 2001).

Se debe tener presente que se trata de una experiencia que se da entre las generaciones alternas, pues en medio de abuelas y abuelos y nietos y nietas, se encuentran los padres y madres que median el grado de implicación de la abuelidad, por lo que actitudes, decisiones y conductas de padres y madres va a facilitar o dificultar la experiencia de abuelidad (Roa y Vacas, 2001).

Muchos de los trabajos que han tratado de definir a la abuelidad han asumido, en diversas maneras, que sus hallazgos son representativos de cualquier experiencia de abuelidad.

Por ejemplo, se ha llegado a considerar a las y los abuelos como una fuente de recursos muy valiosa para la familia, pues proporcionan cuidados y beneficios para el desarrollo y la socialización (Hagestad, 1998).

También se asume que las y los nietos proporcionan un sentido personal y familiar de renovación, por lo que las y los abuelos tienden a reafirmar su interés por la vida y la continuidad de su linaje (Van Ranst, *et al.*, 1995).

Sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto este tipo de afirmaciones terminan por esencializar esta experiencia, reduciéndola a una posibilidad muy limitada de la experiencia real de otras abuelas en distintos contextos y condiciones.

Por ejemplo, el estudio de la relación entre abuelas y abuelos con sus nietas y nietos se ha encontrado que la relación predominante es la que se establece con las abuelas maternas (Van Ranst, *et al.*, 1995; Castañeda, *et al.*, 2004).

Cuando las personas se convierten en abuelas y abuelos, en ocasiones encuentran que sus diversos roles están en competencia puesto que las normas centrales de su experiencia son contradictorias: las y los abuelos deben “estar ahí incondicionalmente” y al mismo tiempo no interferir con los estilos de crianza de las madres y los padres (May, *et al.*, 2012).

Asimismo, el equilibrio que requiere el ser una buena madre o padre al tiempo que se es una buena abuela o abuelo puede resultar muy difícil, pues mientras que la abuelidad se puede sentir como un impedimento para interferir en la forma en que la descendencia educa a los y las nietas, también implica una fuerte sensación de responsabilidad hacia estos últimos, por lo que se negocian estas tensiones con base en las pautas que las y los hijos van estableciendo junto con las y los abuelos y llevan a remodelar la interacción con las y los nietos como una relación elegida de compañerismo (Breheny, *et al.*, 2013).

Así, la división del trabajo entre la mayoría de los y las abuelas se ha mostrado altamente sexista en investigaciones tales como la de Buchanan y Rotkirch (2016), donde al comparar las experiencias de ambos, encontraron que ellas desarrollan más trabajo de cuidado y más responsabilidades en el trabajo doméstico en comparación con los segundos.

Otro ejemplo es relativo al trabajo de Horsfall y Dempsey (2013), quienes encontraron que incluso ciertos abuelos que estaban más involucrados en la crianza de las y los nietos lo hacían en actividades tales como juegos y tareas educativas de las y los nietos, no se relacionaban con algunas tareas cotidianas como llevar al baño a los y las nietas o prepararles los alimentos, dejando estas actividades a sus parejas.

Lo anterior llevaba a que las abuelas experimentaran mayor insatisfacción con su tiempo libre y correspondían a una cultura maternalista en la que se revelan las desigualdades de género asociadas a los quehaceres del hogar y los cuidados de la infancia.

Del mismo modo, Craig y colaboradores (2020), encontraron que, abuelos de Australia, Corea del Sur, Italia y Francia desarrollaban una menor proporción de cuidado físico total de los y las nietas en comparación con las abuelas, hallazgo que se reporta a la par de una mayor disponibilidad de tiempo y servicios de cuidado infantil de parte de ellas.

Estos cambios en la naturaleza de la vida familiar, incluido el aumento del empleo de las mujeres y la diversificación de patrones familiares son contextos importantes mediante los cuales, los abuelos y en particular las abuelas, brindan un apoyo muy valioso.

Sin embargo, explican que, a pesar del mayor involucramiento de las abuelas en el cuidado de los niños, se sabe menos sobre la naturaleza de su participación ya que, por ejemplo, el costo del cuidado infantil informal es alto.

Las prácticas de ciertas abuelas que cuidan regularmente a sus nietos y nietas se enmarcan en nociones de que estas infancias deben ser protegidas, educadas y entretenidas. Tales nociones revelan que las abuelas asumen roles como protectoras, educadoras, compañeras de juegos y confidentes, involucrando negociaciones con las madres y padres en torno al ideal de poner a las infancias en primer lugar (Harman, *et al.*, 2021).

Los y las nietas suelen ser comprendidas desde la perspectiva de las abuelas para ser protegidas, educadas y entretenidas. A partir de estas necesidades de la infancia es que las abuelas han llegado a concebir ciertos roles a cumplir en función de las interacciones y actividades que realizan con sus nietos y nietas, así como el posicionamiento social en que colocan a las infancias como algo casi sagrado y la forma en que se colocan ellas mismas en la estructura y dinámica familiar (Harman, *et al.*, 2021).

A pesar de la ambigüedad o dificultad para definir el rol de abuelidad, esta se ve definida en función de las necesidades de los propios abuelos, las de los nietos, las expectativas de los hijos y otros factores externos como la distancia geográfica entre los integrantes de la familia. Para algunas personas, ser abuela se transforma en el componente central de su identidad, mientras que, para otras, esta transición no implica renunciar a otras formas de autorrealización (Pérez, 2007).

En este sentido, las transformaciones que devienen de la abuelidad aluden a lo femenino, por lo que las trayectorias de estas mujeres se desarrollan por medio de procesos de socialización en los que, con la llegada de la abuelidad, prevalece la idea de que las mujeres están obligadas a la preocupación por el otro, aun pasando por encima de los intereses propios (Puyana, 2003).

1.2. La abuelidad temprana como un objeto de investigación poco explorado: el estado de la cuestión

1.2.1. Lo que se ha dicho de las abuelas maternas en los estudios sobre embarazo y maternidad adolescente

En primer lugar, se retoma la sistematización de los trabajos desarrollados en torno al embarazo adolescente que subrayan la importancia de la participación de las abuelas maternas en el curso del fenómeno social abordado.

En esta línea se destacan las investigaciones que, desde una perspectiva sociológica y un enfoque cualitativo, pretenden entender los rasgos de identidad y estrategias de reproducción social de madres adolescentes solteras (Madrigal García, 2018), su situación social y la lógica de organización de unidades domésticas con jefatura femenina, sus

estrategias de inversión económica, educativa y de reproducción, entender su experiencia particular en torno a la maternidad y sus vivencias (Moreno, *et al.*, 2017), significados, creencias y expectativas en torno a su sexualidad (Ruíz, 2006).

Estas se han caracterizado por basarse en propuestas teóricas como las de Pierre Bourdieu con conceptos de habitus, estrategias y capitales, hermenéutica, interaccionismo simbólico y enfoque de género para entender cómo construyen sus significados de maternidad a través de creencias, ideas y actitudes y una serie de valores tales como el sacrificio, la obligación y el respeto, mismos que son transmitidos de una generación a otra.

Abordan el trabajo de campo empleando métodos como las historias de vida, entrevistas narrativas y relatos biográficos para indagar y comprender el proceso por el cual transitan las adolescentes para convertirse en madres, describiendo exhaustivamente las experiencias de sus participantes, haciendo posible concluir que, los aspectos psicológicos, sociales y del entorno inmediato van a determinar más su calidad de vida.

Por otra parte, algunas investigaciones se han concentrado en explorar el papel que desempeñan las familias y grupos sociales en la construcción del significado de la experiencia de este tipo de maternidad, pero sin especificar de quién participa en la red de apoyo de la adolescente (por ejemplo, Chacón, *et al.*, 2015).

En una cantidad importante de trabajos revisados (por ejemplo, Ibarra, 2003; Cantú, 2011; Guridi, *et al.*, 2011; Chacón, *et al.*, 2015) se habla del apoyo y acompañamiento y del papel determinante de la madre para la adolescente embarazada, sin embargo, no se profundiza en sus implicaciones ni se estudia la perspectiva de estas abuelas.

Estos trabajos abordan la forma en que se conjugan los procesos vinculados al desempeño del nuevo rol de madre y la situación de crisis del desarrollo caracterizado por la necesidad de autonomía y libertad propio de la adolescencia, emplean conceptos teóricos como la percepción social para estudiar la forma en que son vistas las situaciones sociales en función del papel que se ocupa en contexto en el que se desarrollan las jóvenes, mostrando el entorno cultural, económico y emocional en que viven y se desarrollan estas madres.

Se apoyan de encuestas para complementar sus observaciones y entrevistas cuyos resultados alcanzan para describir la repercusión que tiene el embarazo adolescente sobre las participantes, sus familias y la sociedad.

1.2.2. Trabajos que se centran en la abuelidad temprana

El estudio de la abuelidad temprana constituye un campo de investigación poco explorado que se ha enfocado principalmente en el papel y la participación de mujeres en su adultez media en la crianza de las y los nietos, así como los cambios detectados a nivel personal, familiar y laboral (Carrillo, *et al.*, 2004; Zapata, *et al.*, 2016).

En menor medida, se ha abordado la resignificación de parte de las abuelas de su propia maternidad, que, vivida en ocasiones con frustración ya que las/los hijos mayores no tienen tanta convivencia con sus madres, estas vuelven a reencontrar sentido y significado de la vida cotidiana por medio de sus nietos para sopesar la ausencia, vacío y soledad en el que en muchos casos se encuentran (Marín y Palacio, 2015).

De las investigaciones hasta el momento revisadas, la mayoría han partido de un enfoque cualitativo y una aproximación sociológica y se trata de estudios exploratorios y descriptivos que abordan el trabajo de campo empleando técnicas como las historias de vida, relatos biográficos, observación participante y, principalmente, entrevistas semiestructuradas con el objetivo de indagar y comprender las experiencias vividas de las participantes.

Se han empleado instrumentos tales como guías de entrevista y cuestionarios demográficos para obtener información general acerca de las abuelas y sus familias, viviendas e ingresos, conformado muestras intencionales y buscando criterios de heterogeneidad de los que destacan, la edad de las participantes, de sus hijas y nietos/as, la cohabitación de los mismos y, en ocasiones, la afiliación a alguna institución de salud para poder dar seguimiento oportuno al trabajo de campo.

En cuanto al manejo y análisis de los datos obtenidos en estas investigaciones, se ha empleado, principalmente, el análisis de contenido por medio de la codificación, triangulación de categorías y verificación de resultados con interjueces.

Sin embargo, es necesario profundizar con mayor detalle los enfoques teóricos, metodológicos y las peculiaridades desde las que se ha abordado el estudio de este problema de investigación.

A continuación, se recuperan las principales líneas de investigación y enfoques desde los que se ha abordado la abuelidad temprana, con una sistematización se desarrolla con base en los hallazgos y resultados de trabajos desarrollados en Colombia, Venezuela, Argentina, Chile y España:

Una de las primeras líneas de investigación se ha desarrollado en función de las y los nietos. En este sentido, la relación con los nietos/as se expresa por parte de algunas abuelas en términos del elevado vínculo afectivo, alto grado de satisfacción con su interacción, existiendo una tendencia de mayor frecuencia de contacto con nietos más pequeños, así como mayor número de actividades realizadas de manera conjunta (Osuna, 2006).

La experiencia emocional con la llegada de los nietos/as se llega a asociar con la aceptación del evento inesperado, alegría y nuevas ganas de vivir que traen consigo los recién nacidos para sus abuelas (Zapata, *et al.*, 2016), por lo que se ha entendido, en algunos sentidos, como una experiencia de profunda connotación de emociones y afectos positivos (Marín y Palacio, 2015).

Incluso, la abuelidad se ha llegado a identificar como un evento esperado y muchas veces deseado tanto por las adolescentes como por sus madres, debido a que tienen expectativas por ser abuelas temprano e incluso, encuentran cuestionamientos de referentes como vecinas que les cuestionan por el hecho de aún no ser abuelas (Mosquera, 2007).

Sin embargo, otras investigaciones apuntan a la presencia de ambivalencia en las emociones a pesar de la llegada de los nietos, pues los estados de felicidad continúan debido al amor que se tienen, así como la satisfacción de verlos crecer, pero aunados a un estado de cansancio y estrés ocasionado por las actividades diarias de cuidado y las dobles y triples jornadas que aumentan con la llegada de los nietos para las abuelas jóvenes (Pérez, 2007).

En cuanto a las motivaciones para involucrarse en la crianza de los nietos/as y el tipo de apoyo brindado a ellos y sus hijas en el proceso de maternidad y crianza, se destaca la

intención de algunas abuelas por compensar cuidados cuando las hijas atienden otras actividades (como estudiar o trabajar) con el objetivo de evitar que los nietos/as se sientan solos o estén descuidados, en especial en la primera infancia (Marín y Palacio, 2016).

Lo anterior, en ocasiones se presenta como resultado de la culpa y la deuda que sienten en comparación con la forma en que criaron a sus hijas, por lo que buscan compensar carencias o errores con los nietos, acarreando nuevas prácticas de crianza que despierten sorpresa y molestia por parte de las madres adolescentes, al interpretarlas como falta de disciplina (Marín y Palacio, 2016).

A partir de la abuelidad temprana, el apoyo de las abuelas estudiadas se ha caracterizado en términos de movilización de recursos afectivos, instrumentales, tiempo de cuidado y se ha descrito su experiencia haciendo alusión a la presencia y compromiso de las abuelas en el cuidado y la crianza de las y los nietos, mismo que posibilita el desarrollo de las madres adolescentes y las orientaciones y transmisión de una generación a otra de saberes, recursos, habilidades y estrategias tanto positivas como negativas (Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Chile, 2006).

El apoyo material y económico que brindan las abuelas se ha encontrado mayormente en la medida en que estas sean más jóvenes pues es más probable que tenga un trabajo remunerado (Sedó & Ureña, 2007). Asimismo, este apoyo se facilitará en la medida en que viva con los nietos o cerca de ellos (Zapata, *et al.*, 2016).

Por otro lado, el apoyo en el cuidado de los nietos/as puede incluir actividades tales como proveer alimento, cuidados de salud, acompañamiento y bienestar (Álvarez, *et al.*, 2014), espacios y tiempos de juego y recreación, conversaciones, paseos, entre otras (Ortúzar, 2018; Ortiz, 2004).

A partir de estos recursos, ciertas investigaciones apuntan que la participación en la crianza de los nietos implica para las abuelas asumir un rol complementario al de la madre, mismo que, cuando se asume en su mayoría las actividades de cuidado de los nietos, lleva a estar mujeres a sentirse madres nuevamente (Álvarez, *et al.*, 2014; Marín y Palacio, 2015), en especial ante la inexperiencia de sus hijas (Zapata, *et al.*, 2016).

En muchas de las abuelas investigadas, se ha encontrado que privilegian el bienestar de sus nietos, independientemente de la relación con las hijas, al tiempo que identifican al nieto como una fuerte razón para que sus hijas continúen con sus proyectos de vida, teniendo la certeza del apoyo de sus madres, en especial cuando se trata de los nietos (Colombo, *et al.*, 2012; García, 2015).

Con esto es posible introducirse en la segunda tendencia del estado actual de la investigación del problema abordado: la referente a las hijas:

Las abuelas estudiadas reportan que, las motivaciones para apoyar a sus hijas apuntan a la solidaridad o la empatía que parte de la identificación de las nuevas madres adolescentes, pues en muchas ocasiones las abuelas también asumieron su maternidad a temprana edad (Micolta & Escobar, 2010).

Asimismo, ellas resignifican el embarazo y maternidad de sus hijas cuando valoran positivamente el cambio experimentado por sus hijas a raíz de su maternidad, en términos de ser más maduras y responsables (Álvarez, *et al.*, 2014) y ser “buenas madres” al describir los cuidados maternales que tienen con sus nietos/as (García, 2015).

En el mismo sentido, se ha reportado una mezcla de diferentes sentimientos encontrados que dejan en evidencia las dificultades de la relación madre-hija, mismas que se ven acentuadas en el embarazo de la adolescente, aunque dejando en evidencia que la representación del nieto recién nacido sirve como un factor protector para brindar su apoyo hacia la madre adolescente y sus hijos/as (García, 2015).

Finalmente, se comparte la línea de producción de conocimiento que se ha concentrado en la experiencia de las abuelas jóvenes en sus propias implicaciones:

En primer lugar, se han explorado los sentimientos experimentados por algunas estas mujeres al recibir la noticia del embarazo de sus hijas, mismo que se asocia de manera inicial con tristeza, desilusión, y preocupación respecto al proyecto de vida esperado para sus hijas, pues se considera interrumpido por el embarazo adolescente (Climent, 2002).

Posterior a la noticia, algunas las madres de las adolescentes suelen tener una preocupación por el bienestar y la salud de sus hijas y nietos, así como una preparación financiera para asumir los cuidados materiales del bebé (Contreras & Hernández, 2019).

En cuanto a los principales cambios detectados a nivel personal, las abuelas estudiadas han hecho referencia en diversos trabajos (por ejemplo, García, 2015; Zapata, *et al.*, 2016) al hecho de sentir no estar preparadas para ser abuelas, pues consideran inacabado su rol de madre y/o pensaban que ser abuela era un asunto de personas mayores, por lo que, en ciertos casos esto ha implicado una sensación de envejecimiento (Sedó & Ureña, 2007).

Por el contrario, las demandas del cuidado de los menores han hecho que otras participantes reporten sentirse muy útiles, llenas de energía y con paciencia y tolerancia renovadas, así como un impulso por no repetir los mismos errores que cometieron en crianza de sus propias hijas (Zapata, *et al.*, 2016).

Asimismo, se detecta que la abuelidad temprana llega para algunas, en un momento de la vida en que las mujeres ya se sentían liberadas de las tareas de cuidado y crianza de sus hijas, por lo que asumir de nuevo este rol con sus nietos implica, en muchas ocasiones, abandonar o aplazar sus propios proyectos de vida o priorizar las labores de cuidado de sus nietos y atender sus necesidades antes que las propias (Micolta & Escobar, 2010).

En este sentido, la maternidad de sus hijas adolescentes las ha podido llevar a alargar su propia etapa de maternidad e incluso adjudicarse una segunda maternidad, una abuelidad maternizada (Álvarez, *et al.*, 2014) que deviene de los cuidados maternos que la abuela brinda a su nieta/o y, a la vez, está asociada a las emociones que el bebé despierta en su abuela (García, 2015).

El tipo de apoyo que las abuelas estudiadas consideran que brindan ante la llegada de sus nietos se ha estudiado desde el factor emocional, donde las participantes de estas investigaciones reportan que se da por medio de consejo y recomendaciones desde su propia experiencia como madres, así como aportes sobre la crianza (Zapata, *et al.*, 2016).

Además, la preparación emocional que algunas de estas madres brindan a sus hijas inicia incluso antes del nacimiento de los nietos/as, pues mientras la hija se encuentra

embarazada, la abuela comparte, a partir de sus propias vivencias, los saberes que considera necesarios para hacerlas conscientes de todo lo que implica cuidar a un hijo (García, 2015).

Así, algunas de las abuelas estudiadas se esfuerzan por ser un pilar y compensar la posible falta de habilidades y atributos de las adolescentes como madres, y en este ejercicio reportan implicaciones positivas como satisfacción, gratificación y mayor autoestima, pero también supone responsabilidad, disponibilidad, dedicación, sacrificios, impedimentos y una peor percepción de salud pues, por ejemplo, se llegan a sentir más cansadas y adoloridas (Álvarez, *et al.*, 2014).

Además, las abuelas jóvenes estudiadas reportan tener más demandas de otras generaciones de su familia (sus propios padres, pareja, hijos y nietos), así como su vida laboral, por lo que pueden llegar a experimentar mayor ansiedad o estrés, por lo que la abuelidad implica una reorganización y sobrecarga de la vida social, familiar y laborar al desempeñar este nuevo e inesperado rol, mismos que pueden afectar la calidad de vida y descanso suficiente (Ortiz, 2004).

Otra dimensión relevante en el estudio de estas experiencias obedece a la identificación de cambios familiares detectados por las abuelas ante la llegada de sus nietos. Al respecto se ha encontrado que, las relaciones con diversos integrantes de la familia, especialmente las hijas, se modifican debido a desacuerdos sobre estilo de vida, prácticas de cuidado y concepción de desarrollo integral de los nietos, aunque estas no imposibilitan la labor de apoyo de la abuela. Por el contrario, cuando la relación previa al embarazo no era de conflicto, parece que las abuelas no identifican cambios en la relación con sus hijas adolescentes (García, 2015).

En esta línea, las abuelas suelen fungir como conciliadoras entre la adolescente y el resto de la familia, en especial, el padre y la abuela de la adolescente, al convencerles de aceptar la situación y apoyar a la hija (Álvarez, *et al.*, 2014; Marín & Palacio, 2015).

En lo que concierne a las reacciones de la familia del padre adolescente, son pocos los trabajos (por ejemplo, Álvarez, *et al.*, 2014) donde se ha reportado que la participación

de los abuelos paternos, como fuente de apoyo, despliegan apoyo en menor medida y frecuencia si se les compara con la familia materna,

Finalmente, las investigaciones a este respecto se han concentrado en explorar la opinión de algunas abuelas respecto a la forma en que son percibidas por sus nietos, encontrando que ellas consideran que, los nietos con quienes conviven de forma cercana las perciben como madres en los primeros años y, conforme crecen, se diferencia con mayor claridad el vínculo parento-filial, aunque esto no implica la modificación de la representación de la abuela como referente significativo de cuidado y amor (Zapata, *et al.*, 2016). Las abuelas van a caracterizar la relación con sus nietos en términos de cercanía, complicidad, diversión e intercambio de afecto (Sedó & Ureña, 2007).

En conclusión y tal como da cuenta esta sistematización, el número de trabajos desarrollados en torno a esta temática es reducido. Este dato nos habla de la carencia de desarrollo de esta línea de investigación, por lo que aportar con evidencia empírica que perfilen las experiencias de abuelidad de mujeres latinoamericanas que asumen este rol a temprana edad podría significar una aportación importante a este cuerpo de conocimiento.

Además, a diferencia de los hallazgos aquí expuestos, pretendo que mi trabajo no centre su atención en la forma en que las y los demás actores sociales determinan o intervienen en el proceso de abuelidad de las mujeres.

Por el contrario, quisiera contribuir al aparente vacío de saber respecto de las experiencias, sentires e implicaciones en la vida cotidiana de estas mujeres, los significados que le otorgan a su proceso de abuelidad y, sobre todo, la forma en que hacen género al negociar con los ideales femeninos que construyen colectivamente al socializar su experiencia de abuelidad a través de Facebook.

Capítulo 2. Elaborando la tesis a mitad de una pandemia: estrategia metodológica

Cuando pensaba en mi tesis de maestría, tenía la ilusión de ir a campo, interactuar con las participantes, poder entrevistarlas, reír y llorar juntas, e incluso, estrechar sus manos o abrazarlas. Sin embargo, nunca sospeché que mi trabajo de campo sería una experiencia en el espacio más íntimo y cómodo que conozco: mi propia habitación.

Siendo sinceras, ¿quién podría esperar lo?, pero la enfermedad infecciosa producida por el SARS-COV-2 trajo consigo una serie de condiciones que nadie advertía. Afortunadamente, a pesar de que este escenario en principio parecía poco alentador, se convirtió en una oportunidad que trajo consigo aprendizajes y satisfacciones muy importantes para mi desarrollo como investigadora en formación.

Por lo tanto, es preciso aclarar que mi trabajo se enmarca, desde su planteamiento, dentro las condiciones impuestas por la contingencia sanitaria implementada a raíz de la pandemia producida por esta enfermedad, ya que, en México, para marzo de 2020, se suspendieron todas las actividades académicas presenciales.

Ante las limitaciones que estas medidas suponían, opté por definir mi problema de investigación planteando una metodología de investigación en y con internet (Hine, 2004) para el estudio empírico de mi tema.

Esta delimitación me permitió articular metodológicamente diversas técnicas de investigación cualitativa, a partir de las cuales pude contrastar las experiencias de abuelidad construidas colectivamente en mundos sociales digitales de Facebook -que se expresan en términos ideales- en comparación con las experiencias individuales de la vida cotidiana de las participantes y la manera en que ambas las constituyen como sujetas de género partir de su abuelidad temprana.

A partir de este encuadre, a continuación, comparto los motivos que me llevaron a elegir este tema y convertirlo en el objeto de estudio de mi investigación:

2.1. Del embarazo adolescente a las abuelas maternas: elección y justificación del tema

Al iniciar la maestría, mis intereses académicos se centraban en la monomarentalidad (Perondi, *et al.*, 2011) adolescente por abandono de las parejas. Este tema me parecía sumamente relevante a nivel social por las implicaciones de esta maternidad “en solitario” en la vida de las adolescentes, quienes muchas veces veían mermadas sus oportunidades académicas, laborales y personales.

Sin embargo, en la construcción colectiva con profesoras y compañeras, comencé a considerar los procesos relacionales en los que estas adolescentes se veían inmersas y las fuentes de apoyo con las que contaban al momento de asumir su maternidad, deduciendo que, a pesar de que se trataba de adolescentes “solteras”, no estaban solas.

Con los avances a la revisión del estado de la cuestión, noté que una figura era central en los testimonios de las adolescentes: sus propias madres. A pesar de la recurrencia e importancia que se señalaba en las ahora abuelas maternas, ellas no habían sido el centro de interés en prácticamente ningún trabajo desarrollado en México.

Ampliando la búsqueda a otras latitudes, eran pocos los trabajos que habían encaminado sus esfuerzos a estudiar la abuelidad temprana en imbricación a la maternidad adolescente. No obstante, los resultados de estos trabajos eran muy interesantes y daban cuenta de diversos procesos poco explorados.

Sin embargo, me percaté de que algunas explicaciones que se daban al respecto partían de sesgos que no permitían estudiar esta experiencia como un objeto de investigación como tal, sino que se construían desde una visión romantizada de la maternidad o, por el contrario, presentaban a las abuelas como “las malas del cuento”. Además, escasas investigaciones habían trabajado con las abuelas como sus sujetas de estudio y con la experiencia de abuelidad temprana como su objeto de interés investigativo.

A partir de estos argumentos, me percaté de la relevancia social de este tema de investigación debido a la relación del posible apoyo, calidad de vida y bienestar que estas abuelas podían llegar a proporcionar tanto a sus hijas adolescentes -independientemente de la presencia o ausencia de sus parejas- así como como a sus nietos y nietas.

Asimismo, me interesaba problematizar las implicaciones que su participación como abuelas jóvenes tenía en sus propias vidas, con respecto a sus proyectos individuales y laborales, al resto de su descendencia y sus demás relaciones interpersonales (como parejas, amistades, etcétera).

Es aquí que, avancé en la justificación académica de este tema; cabe mencionar que, de acuerdo con la Encuesta Nacional de los Factores Determinantes del Embarazo Adolescente (ENFaDEA, 2017), del total de mujeres con embarazo en la adolescencia, la mitad contó con una madre que también inició su vida reproductiva siendo adolescente (54.2%) (Pérez Baleón, 2022).

Finalmente, en este punto quiero reconocer lo que dejé fuera al elegir este tema, puesto que de todas las posibilidades en las que se puede vivir la abuelidad, me concentré únicamente en aquella que sucede cuando ambas generaciones de madres se dieron en la adolescencia o al término de esta etapa de la vida.

Por otra parte, de la multiplicidad de actores sociales que intervienen en la situación mencionada, entre ellos las abuelas paternas o los abuelos varones, en esta investigación únicamente me concentré en las mujeres ya mencionadas.

Lo anterior con la intención de poder profundizar en sus experiencias y dar cuenta de la perspectiva que surge cuando se imbrican dos maternidades: la de la abuela y la nueva madre adolescente, que permiten a estas mujeres asumir su abuelidad y redefinir su maternidad al tiempo que se compara con la misma experiencia, pero ahora de sus hijas.

Por último, también reconozco que este trabajo se puede desarrollar desde otros enfoques igualmente valiosos desde las ciencias sociales, sin embargo, mi orientación como psicóloga y trabajadora social, mi formación aún en construcción desde los estudios de género, la manera en que me relaciono con el tema y mi acercamiento metodológico, proporcionan un panorama particular de la investigación empírica de la abuelidad temprana.

2.2. El enfoque metodológico para estudiar la experiencia de abuelidad temprana

Atendiendo a los planteamientos de Taylor y Bodgan (1987), este proyecto de investigación trabajó con una metodología cualitativa y se caracterizó por ser inductivo, seguir un diseño de investigación y estrategias flexibles y con perspectiva holística.

Asimismo, como investigadora, procuré ser sensible a los efectos que causaba sobre las personas estudiadas, tratando de tener una intervención mínima y comprendiendo a mis participantes en su propio marco de referencia.

En todo momento, intenté acercarme al objeto de estudio dejándome sorprender y viendo las cosas como si lo hiciera por primera vez, considerando todas las experiencias como valiosas, aprendiendo sobre la “vida interior” de las informantes y enfatizando en la validez interna de la investigación (Taylor & Bodgan, 1987).

2.3. Delimitación y descripción del campo de investigación

La identificación y elección del campo de estudio siguió los planteamientos metodológicos propuestos por Hine (2015), quien menciona que, al tratarse de internet, los límites del campo son flexibles y situados y se crean con propósitos específicos construidos simbólicamente y basándose en el interés investigativo que los motiva.

En este sentido, opté por un campo determinado por mundos sociales, que son definidos como ámbitos relativamente cerrados, pero nunca herméticos de la vida social, masivamente conectados con el resto del mundo, pues no tienen límites internos o externos fijos o muy claros (Pink, *et al.*, 2019).

Dichos mundos sociales se desarrollan en Facebook, un espacio digital definido como una red de vínculos virtuales en el que las y los usuarios participan en las diversas interfaces que dan soporte a esta herramienta y que facilitan la comunicación de las más de 2,700 millones de personas activas en esta red social alrededor del mundo.

Lo anterior gracias a que Facebook permite producir y compartir contenidos como imágenes, texto y video, hacer contactos, enviar y recibir mensajes, realizar búsquedas y participar en “grupos”, que son espacios digitales que se desarrollan con diversos propósitos y reúnen a personas con características, intereses y/o propósitos en común.

Estos grupos, como mundos sociales, se delimitan por la propia estructura de la aplicación tecnológica y producen relaciones sociales múltiples, cambiantes y fluidas entre las personas que las integran (Pink, *et al.*, 2019).

Específicamente, trabajé con los grupos “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” y “Abuelas jóvenes y bellas”², donde las relaciones sociales, mediante y con Internet, delimitan el proyecto en un contexto digital particular, con una población selectiva y una serie de características que configuran una forma específica de recurso cultural (Pink, *et al.*, 2019) en donde se expresan las experiencias de la abuelidad temprana en la época actual.

El primer grupo, “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” es un grupo público y visible de Facebook creado el 8 de octubre del 2011 en cuya descripción se señala que tiene el propósito de compartir las experiencias de sus miembros como abuelas/os.

Se integraba hasta ese momento por 2,412 participantes. No explicitaba reglas de participación y su imagen de portada, como presentación al grupo, hacía referencia a sentires relacionados con el proceso de abuelidad, pues la imagen animada de una mujer se acompañaba de las frases “Soy una abuela feliz y enamorada de mis nietos”, “Soy abuela, pero me siento joven, segura, bella y feliz” y “si estás orgullosa de ser abuela, compártelo”.

Por su parte, “Abuelas jóvenes y bellas” es un grupo privado y visible, creado el 6 de septiembre del 2019, catalogado como de “aprendizaje social”, creado según su descripción para las abuelas que son “tan jóvenes y bellas”. Se señalaba una serie de reglas de participación: 1) Ser amable y cordial, 2) No hacer bullying ni usar lenguaje ofensivo y 3) Respetar la privacidad de los demás. Se integraba por 968 miembros. Su imagen de portada, como presentación al grupo, era una fotografía de la administradora³ del grupo acompañada de su nieto, un menor de aproximadamente 3 años.

² Estos nombres son seudónimos de los grupos pues atendí las recomendaciones éticas de Ardévol (2017) priorizando el anonimato, la protección de datos, la privacidad y la intimidad de las integrantes de los grupos.

³ Las administradoras son usuarias que fundan los grupos y fungen como porteras de los mismos: pueden modificar su privacidad, describir al grupo, prescribir reglas de participación, agregar o eliminar participantes y publicaciones.

Algunos de los puntos en común entre las participantes de estos grupos eran, su autoidentificación como abuelas jóvenes, el interés de participar en los grupos y la concepción compartida de valores tradicionales respecto a la maternidad y la abuelidad reflejada por medio de sus publicaciones⁴.

En términos generales, la mayoría de las participantes cuyo perfil pude revisar son mujeres en el extremo superior de la adultez temprana (según Levinson, 1986, de la mayoría de edad hasta los 45 años) con hijas e hijos en edad reproductiva y con nietas y nietos en la primera infancia.

Derivado de la información que dejan ver, las nacionalidades de las participantes se distribuyen en diversos países latinoamericanos como Colombia, México, Argentina, Venezuela, entre otras.

Asimismo, por las referencias que hacen en sus publicaciones, podría asumir que la mayoría pertenece a una religión o tiene creencias de alguna derivación cristiana. Pues además de hacer referencias explícitas a Dios, Jesús y advocaciones Marianas, publican imágenes de santos católicos.

Ciertos indicadores y observables de las fotografías que comparten -tales como el acabado de sus casas en obra negra, ropa de baja calidad, condiciones descuidadas de los elementos que hay en el fondo de sus fotografías, etcétera-, me permiten identificar a la gran mayoría de participantes y sus familias como de clase socioeconómica de baja o media.

En cuanto a sus ocupaciones, es posible identificar ciertas participantes que se dedican a oficios como maquilladoras, peluqueras, manicuristas, vendedoras por catálogo, mientras que otras hacen referencia explícita a dedicarse al trabajo doméstico. A partir de estos hallazgos y de los datos visibles en la información de sus perfiles, es posible deducir que la mayoría cuenta con niveles de instrucción escolar básica y media.

⁴Los elementos del análisis que me permiten llegar a esta afirmación son descritos en los capítulos analíticos de la tesis.

Respecto a las administradoras⁵, en el caso de Abuelas jóvenes y bellas⁶, se trata de una mujer de 36 años quien se dedica a ser costurera, tiene dos hijos, uno de 15 y otro de 17 años (el padre del nieto, un niño de 4 años). Esta mujer tiene una relación de pareja con un hombre 20 años mayor, con el que cohabita.

Por su parte, la administradora de Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os) es una mujer de aproximadamente 50 años, tiene una hija de 22 años, quien acaba de terminar sus estudios de preparatoria y desea estudiar enfermería y tuvo un hijo hace dos años.

Al hablar de las propiedades de las publicaciones de los grupos estudiados, los contenidos que se comparten son presentaciones de sus recién nacidos nietos y nietas, con mensajes que evocan connotaciones positivas expresadas en forma de bendición, alegría, meta en la vida, entre otros. Otras publicaciones también emplean fotografías por medio de las cuales comparten con el grupo sus experiencias y vivencias como abuelas, tales como fiestas, vacaciones, reuniones familiares, etcétera.

Los temas centrales de las publicaciones refieren a testimonios, sentires y experiencias de las participantes como abuelas, describiendo la experiencia de abuelidad como una extensión de la maternidad, significando su experiencia “antes de lo esperado” de manera positiva.

Finalmente, se presenta una serie de imágenes y pensamientos que hacen referencia a nociones tradicionales de la maternidad y la abuelidad, en donde todos los comentarios observados apoyan, celebran y concuerdan con esas concepciones.

2.4. Las participantes de la investigación

Las participantes para mi tesis se conformarán por dos muestras: la primera es el total de integrantes activas de los grupos de Facebook estudiados y la segunda, se trata de una

⁵ Ambas me dieron autorización para que identificara en los grupos e invitara a las abuelas a mis entrevistas.

⁶ Tuve la oportunidad de desarrollar una entrevista piloto con esta administradora, misma que me sirvió para practicar y probar mi guía de entrevista. A pesar de que no incluí su participación como parte de mis resultados (ya que se trataba de la abuela paterna), esta entrevista me permitió adecuar mi guía con base en los objetivos de la investigación y reducirla para hacerla adecuada con el enfoque cualitativo que estaba buscando.

submuestra significativa ⁷extraída de los mismos grupos, conformada por las abuelas que cumplieron con los criterios de inclusión que detallo más adelante y que participaron en las entrevistas semiestructuradas.

A través de la primera muestra, que ya tuve oportunidad de caracterizar de manera general en la descripción del campo, construí la imagen y sentidos colectivos de la abuelidad temprana a partir de la observación, sistematización y análisis de sus publicaciones e interacciones en los grupos de Facebook estudiados.

En cuanto a la conformación de la muestra para las entrevistas, distinguí e identifiqué⁸ los perfiles de posibles participantes por medio de sus publicaciones y perfiles⁹ personales, estableciendo comunicación con 54 de ellas, en quienes identificaba, en principio, que cumplían con los criterios que había establecido.

Sin embargo, muchas de ellas no vieron mi mensaje inicial, otras, a pesar de haberlo visto, habían optado por no responderme y solo una de ellas me indicó que no le interesaba participar. Establecí una relación de comunicación por mensajes en el chat de Messenger¹⁰, con dieciocho participantes, sin embargo, solo con diez de ellas pude concretar¹¹ las entrevistas formales.

Si bien, no se perseguí objetivos tales la representatividad o establecer conclusiones generalizables/ aplicables a otras personas, si se busqué reducir la complejidad de experiencias observadas hasta este momento en el campo, por lo que, guiada por las decisiones metodológicas de otros trabajos empíricos previamente revisados y por mi propio

⁷ En la medida en que su conformación obedece al objeto de estudio y las participantes responden a un perfil analítico diseñado a propósito del problema de investigación.

⁸ A partir de la información y de las fotografías visibles de los perfiles de las usuarias, desarrollé una tabla en Excel donde reunía toda la información disponible y datos de identificación de las integrantes y con base en esta, pude seleccionar e invitar a las abuelas que reunieran los criterios de inclusión para mis entrevistas.

⁹ Los perfiles de Facebook son espacios personales de cada una de las usuarias que otorga la posibilidad de colocar información, fotografías y contenido de su elección.

¹⁰ Messenger es un servicio de mensajería instantánea, telefonía y videollamada vinculada a Facebook.

¹¹ Las participantes mostraban disposición, sin embargo, al concretar la fecha u hora de la entrevista, cancelaban o me pedían aplazarla debido a falta de tiempo por el trabajo o por las tareas de cuidado de su familia.

problema de investigación opté por definir las siguientes variables para construir mi investigación:

La nacionalidad de las participantes debía corresponder a una ciudad latinoamericana¹² y su edad debía rondar entre los 30 y los 45 años¹³, justificando este grupo de edad para definir la abuelidad temprana en la configuración de dos maternidades adolescentes o jóvenes¹⁴ y basándome en las sugerencias metodológicas de Zapata y colaboradoras (2016), autoras del trabajo más similar a la presente propuesta.

Otro criterio de inclusión fue referente al nieto o nieta, pues debía tratarse del primer nieto de la abuela -para poder estudiar precisamente el cambio de esta mujer a partir de su experiencia de convertirse en abuela- y rondar el primer año de vida -para delimitar la distancia temporal de las participantes a partir del punto de inflexión de convertirse en abuelas, procurando que fuera reciente, pero que cuya experiencia de abuelidad ya estuviera instaurada como parte de la vida cotidiana de las entrevistadas-.

Finalmente, las tres figuras (abuela joven, madre adolescente y nieta/o) debían cohabitar en la misma residencia para poder explorar con profundidad las rutinas, cuidados, asignación de responsabilidades y las relaciones abuela-hija y abuela-nietas/os que se posibilitan gracias a esta interacción tan cercana.

Por el contrario, se buscó la diversidad interna para descubrir toda la gama de perspectivas de las personas de interés sociológico (Taylor & Bogdan, 1987) al permitir variabilidad en cuanto al nivel educativo, la condición laboral, la presencia/ausencia de las figuras paternas en la familia, entre otros.

¹² Aunque de manera inicial consideraba solo incluir en las entrevistas a participantes mexicanas, el propio campo me llevó a la delimitación latinoamericana por dos razones: 1) las observaciones a los espacios digitales correspondía a esta heterogeneidad de nacionalidades (por lo que reducir las entrevistas al caso mexicano no daría cuenta de la conformación del grupo) y 2) si bien, 4 de las participantes con las que concreté las entrevistas, el resto fueron abuelas procedentes de diversas latitudes latinoamericanas y que mostraron mucho interés y toda la disposición por participar de la investigación.

¹³ Sin embargo, todas mis participantes estuvieron por debajo de los 40 años.

¹⁴ Por tal razón, otro criterio implícito era que la hija de la participante fuera adolescente al convertirse en madre (es decir, su edad debía estar entre los 11 y los 19 años según la OMS, 2017).

A partir de estos criterios la muestra para desarrollar las entrevistas se conformó por 10 participantes cuyas características generales se concentran en la siguiente tabla:¹⁵

Tabla 1. *Caracterización general de las participantes entrevistadas.*

Edad	Nombre (pseudónimo)	Nacionalidad	Edad de primer embarazo	Ocupación	Pareja cohabita con abuela	Edad de la hija	Padre adolescente cohabita con la hija	Nieta o nieto
35	Julia	Mexicana	17	Costurera	Si	17	Si	Niña de 11 meses
35	Raquel	Argentina	17	Ama de casa	Si	17	No	Niño de 1 año 4
35	Elisa	Colombiana	17	Cajera de tienda de abarrotes	Si	17	Si	Niño de 11 meses
36	María	Ecuatoriana	18	Ama de casa	Si	17	No	Niña de 1 año 4
36	Luisa	Mexicana	20	Administrativa	No	15	No	Niño de 1 año 3
36	Isabel	Cubana	17	Profesora y pedagoga	No	18	No	Niño de 1 año 6
38	Sara	Colombiana	18	Auxiliar de enfermera	No	19	Si	Niña de 1 año 3 meses
39	Laura	Costarricense	21	Empleada doméstica	No	17	Si	Niña de 10
40	Dulce	Mexicana	20	Administrativa	No	19	Si	Niño de 11 meses
40	Beatriz	Chilena	16	Guardia de seguridad	No	18	Si	Niña de 1 año 2 meses

Fuente: elaboración propia de la autora.

¹⁵ Se organiza a las participantes de forma ascendente por su edad y a partir de la variable edad que las entrevistas y participantes se ordenan en lo sucesivo.

A continuación, presento brevemente a las abuelas jóvenes que pude entrevistar:

Julia es una abuela mexicana de 35 años. Vive en Chihuahua con su esposo (militar), su hija madre adolescente y dos hijos menores (una niña de 10 años y un adolescente de 14 años), todos estudiantes, así como su yerno y su nieta. Julia estudió la carrera técnica de corte y confección y trabaja de tiempo completo en una empresa textil como costurera.

Raquel es una abuela argentina de 35 años que vive en Rosario. Vive con su esposo, sus dos hijos (la madre adolescente de 17 años y un hijo menor de 11 años), ambos estudiantes y su nieto. A pesar de que su esposo solo es padre biológico de su hijo menor, es descrito como un padre apoyador y cariñoso para los dos hijos y el nieto de Raquel. Ella solo estudió la primaria y se autodefine como ama de casa, aunque también se dedica a vender a sus conocidas productos de belleza por medio de un catálogo.

Elisa es una abuela colombiana de 35 años que reside en Medellín. Vive con su esposo, su hija madre adolescente, una hija pequeña (de 4 años, la única hija biológica de su actual esposo), su yerno y su nieto. Elisa estudio hasta el segundo año de secundaria y actualmente trabaja como empleada y cajera en la tienda de abarrotes de su hermano, por lo que tiene la flexibilidad de cuidar a su nieto en el espacio y tiempo de trabajo.

María es una abuela ecuatoriana que vive en San Francisco de Quito junto con su esposo, sus cuatro hijos (la madre adolescente, dos hijos de 15 y 16 años y una hija menor de 8 años) y su nieta. María estudió hasta la secundaria y trabajaba atendiendo una zapatería, pero raíz de la pandemia perdió su empleo y actualmente se dedica a las labores del hogar.

Luisa es una abuela mexicana de 36 años, reside de Tepic. Está separada y vive solo con su hija adolescente y su nieto, aunque tiene otro hijo varón de 13 años que vive con su papá. Posterior al nacimiento de sus hijos estudió su licenciatura en derecho y una especialidad en criminología y actualmente trabaja como administrativa en el ayuntamiento de su ciudad. Luisa estaba enferma de COVID 19 al momento de participar de mi trabajo, sin embargo, esto no fue un impedimento, pues ella insistió en participar en dicho momento porque se sentía bien.

Isabel es una abuela cubana de 36 años. Vive en la ciudad de Santa Clara con su hija madre adolescente, un hijo menor de 11 años y su nieto. Estudió una licenciatura en pedagogía y trabaja como profesora en una escuela. Isabel está separada desde hace muchos años, pero me compartió que se encuentra en búsqueda de una nueva pareja.

Sara es una abuela colombiana de 38 años. Su hogar está en la ciudad de Córdoba, Colombia donde reside con su hija madre adolescente, dos hijos menores (de 16 y 14 años), todos ellos estudiantes, así como su nieta. Sara estudio una carrera técnica en enfermería y trabaja como auxiliar de enfermería en una institución de salud con instalaciones en varias ubicaciones, por lo que trabaja en el hospital de su ciudad, pero en ocasiones debe viajar a Medellín para cubrir sus guardias.

Laura es una abuela costarricense de 39 años. Reside en la ciudad de Cartago junto con su hija madre adolescente, un hijo menor de 12 años y su nieta. Laura solo inició sus estudios de secundaria y trabaja como empleada doméstica. Debido a la dinámica en el trabajo de su yerno, este solo regresa a casa una vez al mes, sin embargo, la mayor parte del tiempo está fuera de casa.

Dulce es una abuela mexicana de 40 años. Vive en Ciudad Victoria junto con su hija madre adolescente (que trabaja como empleada en un salón de eventos), sus dos hijos menores (de 16 y 14 años, ambos estudiantes), su yerno y su nieto. Dulce es divorciada, estudió el bachillerato y trabaja como administrativa en una universidad pública de su estado.

Beatriz es una abuela chilena de 40 años. Vive en Valparaíso con su hija madre adolescente y 2 hijos más (un hijo de 24 años y una hija de 13 años), los dos mayores trabajan y la menor estudia. Además, vive con su yerno y su nieta. Beatriz es divorciada y estudió hasta la secundaria. Trabaja como guardia de seguridad asignada a diferentes empresas en jornadas de hasta 12 horas en horarios que se rotan en el día y la noche.

2.5. Descripción del trabajo de campo

Inicié mi trabajo de campo en enero del 2021, cuando encontré los grupos de Facebook abordados e ingresé enviando una solicitud que fue rápidamente aceptada. Comencé a

observarlos acompañada por la profesora y compañeras de mi asignatura optativa de Investigación Social e Internet.

En el primer acercamiento al campo, opté por emplear mi perfil personal de Facebook sin ninguna modificación¹⁶ pues en ese momento no tenía contacto con las participantes y mi participación en los grupos se limitaba a la observación.

Estas observaciones a los espacios digitales conformaron una inmersión prolongada al campo, pues mi presencia era diaria y continua: destinaba tiempos específicos a las observaciones, pero también al usar Facebook como recurso de esparcimiento y diversión personal, terminaba en los grupos de abuelas jóvenes y cuando caía en cuenta me encontraba registrando nuevamente observaciones de interés para mi investigación.

En la siguiente sección de esta estrategia metodológica detallo cómo realicé esta inmersión prolongada al campo por medio de las observaciones de los grupos con orientación etnográfica. En este punto comparto que el 27 de marzo del 2021, llevé a cabo mi entrevista piloto con una de las administradoras de los grupos de Facebook, misma que sirvió para probar la dinámica de las entrevistas y realizar adecuaciones a mi guía de entrevista¹⁷.

Para el mes de mayo del 2021, comencé con la identificación de participantes y la tabla donde registraba sus datos visibles para poder considerarlas para mis entrevistas. Este mes y a principios de junio del mismo año, me puse en contacto con las participantes de mi tabla, y de cara a esta nueva etapa del trabajo de campo, hice una revisión a mi perfil de Facebook, misma que detallo en la sección de mi presencia en el campo.

El contacto se estableció por medio de mensajes en el chat de Messenger donde me presentaba como una estudiante de El Colegio de México y les explicaba en términos generales en qué consistía mi proyecto de investigación y el propósito de contactarlas.

¹⁶ En ese momento, la información de mi perfil que era visible para cualquier usuario o usuaria de Facebook era: mi foto de perfil (una selfie o autorretrato enfocando mi rostro), mi foto de portada (donde salía de cuerpo entero junto con mis papás y mis hermanos celebrando el aniversario de bodas de mis papás), así como la Ciudad de México como mi lugar de residencia y el Colegio de México como la escuela donde estudio.

¹⁷ La primera versión de la guía era sumamente extensa y producía respuestas muy concretas, por lo que fui reduciéndola y eligiendo aquellas preguntas catalizadoras y centrales que me permitían abordar mi objeto de investigación de forma más adecuada en función del enfoque cualitativo que quería desarrollar.

Con las abuelas con las que establecí contacto por este medio y que me respondieron (18), pude establecer relaciones de confianza y comunicación y conocerlas de mejor manera. Por medio de charlas informales pude obtener más datos respecto a su vida, su familia y su experiencia de abuelidad y ganar su confianza para poder desarrollar las entrevistas.

Sin embargo, tal como lo compartí antes, solo con 10 de ellas pude concretar las entrevistas, mismas que se llevaron a cabo, en su mayoría¹⁸, en los meses de junio y julio del 2021. La duración de las entrevistas fue de los 47 minutos a 1 hora y 20 minutos y la modalidad fue videollamada por Messenger o WhatsApp.¹⁹

Únicamente la entrevista de Isabel se hizo por medio de notas de voz de WhatsApp dado que los servicios de internet en Cuba son inestables y muy costosos, por lo que la participante me solicitó la entrevista en esta modalidad.

A pesar de la ansiedad que esto me generó, fue posible desarrollar una entrevista que evaluó de muy buena forma, pues la conversación fluyó de forma muy natural, fue continua y clara, aunque se perdió la información no verbal al no poder vernos en video y la conversación presentaba un retraso en el tiempo que se requería para escuchar las respuestas de la entrevistada y responderle en una nueva nota de voz.

Sin embargo, la familiaridad que ambas tenemos²⁰ para usar esta herramienta de las notas de voz, me hizo considerar que se cumplieron los objetivos de la entrevista e Isabel agradeció el hecho de haber podido ser considerada para participar del trabajo a pesar de esta dificultad.

Algunas otras consideraciones generales de mi trabajo de campo son: las aclaraciones que tuve que hacer con mis participantes cuando, a pesar de hablar español, pues empleaban

¹⁸ Solo una de las entrevistas se llevó a cabo en octubre del 2021.

¹⁹ Aunque la comunicación había sido por medio de Messenger, Elisa, Luisa y Laura me dijeron que preferían hacer la videollamada por WhatsApp, por lo que intercambiamos números y realizamos la llamada por ese medio. Representó una dificultad el saber cómo registrar sus números dado que son de otros países y no estaba segura de cómo agregarlas a mis contactos para que me aparecieran en WhatsApp, sin embargo, después de un par de intentos lo logré.

²⁰ Ella me comentó que platica frecuentemente con amigas y familiares de esta manera, ya que todas tienen la misma dificultad de costo y calidad de internet para llamarse de forma convencional o por video, por lo que charlar por notas de voz es una práctica muy común de su vida cotidiana.

ciertas palabras que no comprendía completamente, tales como modismos propios de sus comunidades.

Lo anterior forma parte del análisis de las diferencias culturales de mi investigación y fue desarrollado en algunas ocasiones en el curso mismo de las entrevistas -cuando el momento se prestaba sin interrumpir a la participante- o, en otros casos, posterior a la entrevista, una vez que escuchaba la grabación del audio, si algo no quedaba claro.

Algunas de mis consideraciones al trabajar con internet para desarrollar un trabajo de campo de una investigación empírica y cualitativa son: el espacio físico en el que se encuentran las personas al momento de la entrevista. En mi caso, como entrevistadora, me encontraba en el escritorio de mi habitación pues era el espacio más privado ya que es posible cerrar la puerta y pedirle a mi familia ²¹que no entre ni haga mucho ruido durante la videollamada.

Otra ventaja era estar junto al modem del internet, por lo que de mi parte pude evitar contratiempos y errores técnicos por el hecho de que la señal fuera débil. Las desventajas fueron no poder controlar los ruidos externos de la unidad habitacional donde vivo²², pero afortunadamente, estos no fueron excesivos en los momentos de las entrevistas ni impidieron que mi audio se escuchara bien.

Sin embargo, del lado de mis interlocutoras, fueron varias las dificultades técnicas, pues en muchas ocasiones el video -principalmente- y el audio -en menor medida- se cortaban, la llamada se reconectaba y en ocasiones teníamos que colgar y volver a llamar.

Otra circunstancia para considerar es que no todas las participantes tenían completa privacidad para hablar, ya que en algunos casos como el de Estela, al momento de la

²¹ Esto a cualquier horario en que las participantes me pidieran la entrevista, sin importar las ocupaciones de mi familia.

²² Una gran cantidad de vendedores y prestadores de servicios se anuncian por medio de gritos, campanas, cornetas y bocinas (tales como el camión de la basura, vendedores de tortillas, tamales, pan dulce, elotes, helados, dulces, garrafones de agua, compradores de cosas usadas, entre otros), así como músicos que tocan afuera de las casas para pedir cooperación económica (concretamente una marimba, una banda y un músico de jazz con saxofón).

entrevista su nieta y su hija menor se encontraban en casa, por lo que gran parte de la entrevista la bebé estuvo en cámara y balbuceaba e interactuaba²³ con su abuela.

Finalmente, la mayor ventaja derivada de este tipo de trabajo de campo ante las condiciones que en un principio parecían limitar mi investigación, fue la posibilidad de desarrollar una investigación que se amplió a abuelas de ciudades muy distantes a la mía, por lo que de otra manera esta tesis no habría sido posible tal y como es.

2.6. Mi presencia en el campo y mi relación con la investigación

Me situé en esta investigación reconociendo que la delimitación de mi trabajo no partió únicamente de la relevancia social y académica de la temática y la revisión al estado de la cuestión, sino que también se relacionó con la forma en que el tema me atraviesa.

En este caso, la relación con mi propia abuela materna, misma que ha sido muy cercana, cálida e influyente. Con esto en mente, consideré que, en mi aproximación al tema, podía correr el riesgo de exaltar las virtudes o prestar mayor atención a las palabras de las participantes que confirmaran la manera en que yo me he relacionado con mi abuela.

Con esa claridad pude tener presente, a la hora de abordar mi trabajo, que debía problematizar y cuestionar a mi objeto de estudio, explorando las experiencias de abuelidad desde la mirada de mis participantes, tratando de complejizar sus propias narraciones y adentrándome en los claroscuros de su vivencias y significaciones.

Lo que respecta a mi presencia en la primera parte del trabajo de campo, mi participación se limitó a la observación exhaustiva de las publicaciones e interacciones que se hacían en los grupos, así como al registro y sistematización de los hallazgos de internet.

Con base en las sugerencias de Langer y Beckman (2005, como se citó en Sugiura, *et al.*, 2017), en las observaciones de los espacios digitales mantuve una posición pragmática en la que no revelé en los muros de los grupos mi perfil de investigadora.

²³ Esto más que una dificultad o impedimento para mí fue una oportunidad de ver de primera fuente cómo se daba la relación entre abuela y nieta y cómo se da la experiencia de abuelidad de forma directa y en el interior de la casa de las participantes.

Tomé esta decisión siguiendo a los mismos autores, pues resultó la forma más adecuada de satisfacer los estándares éticos y cumplir con el análisis de contenido de sus publicaciones, ya que no modificar el curso del grupo con mi presencia pudo reducir los daños a las participantes, quienes se sentían en plena confianza al interactuar en esos espacios.

Por tal razón, hipoteticé que, leer una presentación explícita de mi persona como investigadora, podría haberlas hecho sentir menos confianza e incluso, algunas de las participantes podrían haber optado por abandonar los grupos o dejar de ser activas ante la posible amenaza de ser observadas en un espacio que consideraban seguro.

Considerando que procuré que mi investigación implicara riesgo nulo y no afectara negativamente el bienestar de las participantes, renuncié al consentimiento informado en esta parte de mi trabajo de campo (Sugiura, et al., 2017), pues además me resultaba imposible obtener un consentimiento de cada una de las participantes.

Lo anterior no aplicó para mi segunda técnica de investigación, pues las participantes de estos grupos de Facebook con quienes establecí una comunicación directa y privada y con quienes realicé las entrevistas, me expresaron su participación voluntaria, el consentimiento informado y la solicitud de grabar el audio antes de iniciar con las entrevistas, permiso que cada una de ellas me otorgó de manera oral al iniciar la entrevista.

Antes de iniciar formalmente las entrevistas adecué mi perfil de Facebook, pues era la carta de presentación que las participantes tendrían de mi: opté conservar mi foto de perfil, una imagen clara y despejada de mi rostro, modifiqué mi foto de portada por un paisaje de montañas y conservé visible mi lugar de residencia e institución educativa.

Al analizar mi presencia en la investigación en esta etapa del trabajo de campo, considero que las participantes me leían con base en mi imagen en la videollamada, pues al ser joven, pero no tanto como sus hijas, y no tan alejada en edad de ellas, sentían confianza, en especial por el tono de voz y la empatía con la que trataba de manejarlas.

Trataba de mostrarme comprensiva al escucharlas, asintiendo con la cabeza y haciendo pequeños sonidos que indicaban acuerdo (ajá, okay, etcétera), aunque noté que ellas

decían ciertas cosas para agradarme, también se mantenían firmes en sus opiniones si yo trataba de indagar un poco más respecto a determinados temas.

Si bien, al iniciar las entrevistas me sentía ansiosa, conforme avanzaban los minutos y me concentraba en escucharlas, la ansiedad desaparecía y comenzaba a disfrutar por completo de la experiencia.

Al escuchar con atención, entendía el por qué la guía solo es un auxiliar en la entrevista, ya que es la propia narración de las abuelas la que me iba haciendo entender lo que era importante para ellas de su experiencia, por lo que, centrando mi atención en lo que ellas me estaban diciendo, lograba terminar las entrevistas con un sentimiento de satisfacción.

2.7. Técnicas e instrumentos de investigación

En esta sección de la estrategia metodológica comparto las técnicas de investigación cualitativa en términos de la forma en que decidí usarlas y sus propósitos, el contenido de dichas técnicas y las consideraciones éticas que tuve al emplearlas:

2.7.1. Observación de espacios digitales para construir la imagen colectiva de la abuelidad.

La primera técnica consistió en llevar a cabo observaciones de los espacios digitales elegidos con el enfoque orientador del método etnográfico para explorar estos mundos sociales digitales. Estas observaciones consistieron en el análisis de la construcción de sentido alrededor de la tecnología, tomando en cuenta las relaciones, actividades y significaciones que se forjan entre quienes participan en los procesos sociales observados (Hine, 2004).

Por medio de estas observaciones, procuré hacer explícitas las formas de construir sentido de forma colectiva y explorar las maneras en que se contrastan las propias interpretaciones con las de las demás, construyendo formas comunes y determinantes de actuar y usar el internet (Hine, 2004).

Esta técnica se llevó a cabo por medio de la inmersión prolongada a los grupos, con el propósito es comprender los significados y formaciones sociales que surgen dentro de estas plataformas en línea para lograr documentar su cultura distintiva (Hine, 2017).

El trabajo requirió de mi presencia continua para lograr poco a poco el conocimiento y la comprensión de estos mundos sociales, identificando las pautas de participación que las integrantes establecían en los grupos, los contenidos que compartían y las interacciones por medio de las cuales socializaban su experiencia de abuelidad.

Desarrollé esta técnica en torno a dos fases: una observación abierta con el objetivo de describir el campo y una observación focalizada que apuntara a responder las preguntas específicas de la investigación.

Ambas se desarrollaron por medio de guías de observación²⁴ que se emplearon como instrumentos primordiales para el desarrollo de esta primera etapa del trabajo de campo. La observación abierta fue desarrollada por medio de la siguiente guía:

Tabla 2. *Guía de observación abierta de los espacios digitales.*

Eje de observación	Observables
Constitución de los grupos estudiados.	*Número de participantes. *Reglas establecidas. *Filtros para dar acceso a las participantes a los grupos.
Caracterización general de las integrantes de los grupos estudiados.	*Textos e imágenes con los que se presentan las nuevas participantes. *Información visible en los perfiles personales de Facebook de las participantes.
Propiedades de las publicaciones de los grupos estudiados.	*Tipos de publicaciones que se comparten. *Contenido del que se conforman dichas publicaciones *Frecuencia con que se comparten publicaciones. *Concepciones, emociones, juicios y actividades que se enuncian en las publicaciones.
Reacciones que tienen las publicaciones compartidas en los grupos estudiados.	*Reacciones más comunes a las publicaciones de los grupos. *Tipos de publicaciones recibe reacciones de parte de las participantes.
Elementos que componen las interacciones de las participantes de los grupos estudiados.	*Tipos de interacciones que se desarrollan en las publicaciones de los grupos. *Desarrollo de dichas interacciones.

²⁴ Tanto las guías (como instrumentos) como las propias observaciones no fueron desarrolladas por medio de un proceso lineal en el que los objetivos fueron previamente establecidos y los indicadores observables fueron predeterminados, sino que se trató de un proceso continuo de acercamiento al campo que me permitió poco a poco fijar los criterios de observación, establecer y rediseñar los objetivos que debía cumplir con dichos ejercicios y evaluar mis observaciones reiteradamente.

Por su parte, la observación focalizada tuvo por objetivo desarrollar una descripción detallada y analítica de las preguntas específicas de investigación con el objetivo de construir la imagen colectiva de la abuelidad de las participantes de los grupos. Esta se orientó por medio del siguiente instrumento:

Tabla 3. *Guía de observación focalizada de los espacios digitales.*

Categorías centrales de los ejes de observación	Observables
Reproducciones y/o transgresiones de las concepciones tradicionales de género.	<ul style="list-style-type: none"> *Contenido que reproduce las elaboraciones culturales del modelo tradicional de feminidad, maternidad y familia. *Contenido que transgrede las elaboraciones culturales del modelo tradicional de feminidad, maternidad y familia.
Construcciones colectivas de la imagen ideal de la abuelidad temprana.	<ul style="list-style-type: none"> *Contenido que expresa las pautas ideales del ser mujer ante la abuelidad temprana. *Indicadores de género que influyen esta imagen ideal colectiva.
Implicaciones de la experiencia de abuelidad	<ul style="list-style-type: none"> *Sentires/emociones que las abuelas expresan en las publicaciones a partir de su experiencia de abuelidad. *Funciones y responsabilidades autoadjudicadas que comparten en sus publicaciones como producto de su abuelidad. *Vivencias y prácticas cotidianas (nuevas actividades, planes y rutinas) en las que las abuelas reportan modificaciones como consecuencia de su abuelidad. *Niveles y áreas de apoyo hacia sus hijas reportados por las participantes en sus publicaciones.
Significados y connotaciones que las abuelas otorgan al embarazo y maternidad adolescente.	<ul style="list-style-type: none"> *Contenido que expresa los significados atribuidos y juicios de valor que las participantes desarrollan en torno al embarazo y maternidad de sus hijas adolescentes.
Cambios y/o permanencias percibidas por las participantes en la organización y relaciones familiares a partir de la llegada de los nietos/as.	<ul style="list-style-type: none"> *Reporte de cambios en dinámicas, relaciones, en la esfera económica, laboral o escolar de los integrantes de la familia a causa de la llegada de nietos y nietas. *Elementos de la vida familiar que se han conservado sin modificaciones a pesar del embarazo/maternidad de la hija adolescente, según los contenidos publicados en Facebook.

2.7.2. Entrevistas semiestructuradas

La segunda técnica de investigación fueron las entrevistas cualitativas, descritas en términos de Taylor y Bogdan (1987) como flexibles, abiertas y dinámicas, caracterizándose por no ser directivas, estructuradas o estandarizadas. Se trata de encuentros cara a cara entre la investigadora y las informantes, dirigidos a la comprensión de las perspectivas que estas últimas tienen respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus palabras, llevadas a cabo para construir la experiencia individual de abuelidad de cada una de las participantes.

Las entrevistas siguieron el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas, por lo que, como investigadora, también fui un instrumento de la indagación, pues mi rol implicó no solo obtener respuestas, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas (Taylor & Bogdan, 1987).

En este sentido, desde que inició la conversación, yo le compartí a las participantes que nuestro encuentro era como una “charla con un cafecito, solo que por la distancia les quedaba a deber el café” por lo que, más que hacer una serie de preguntas, yo quería conocer lo que para ellas era importante de su experiencia como abuelas.

Regularmente iniciaba la conversación por medio de la pregunta general de “¿Qué significa para ti ser abuela?” o “¿Cómo te sientes desde que eres abuela?”. A partir de esta respuesta, mi escucha totalmente activa, receptiva, respetuosa y curiosa me permitía seguir la experiencia de estas abuelas por medio de sus testimonios.

Tenía presentes los puntos sobre los que me interesaba profundizar, retomando las propias palabras de las entrevistadas para poder ahondar en ciertas ideas, empleando ciertas preguntas de mi guía en los momentos más pertinentes.

La elección de este método se basó en el hecho de que los intereses de la investigación eran relativamente claros y estaban relativamente bien definidos, además de contar con un tiempo acotado para el trabajo de campo que se reducía al verano del 2021.

Partí de una serie de preguntas catalizadoras que se fueron ajustando a la conversación con las entrevistadas para motivar la narración, aclarar términos y mantener suficiente

uniformidad para alcanzar las interpretaciones acordes a los propósitos de la investigación (Díaz, *et al.*, 2013).

Sin embargo, lo que pretendía era abrir un espacio para que estas mujeres pudieran construir y reconstruir su experiencia de abuelidad temprana por medio de sus narraciones. Esta técnica también posibilitó un juego analítico que permitió explorar más allá de lo socialmente aceptado o conveniente (Callejo, 2007), es decir, encontrar las distancias entre la norma discursiva dominante -la que construyen de manera colectiva e idealizada en los grupos de Facebook- y la norma particular de cada entrevistada.

Tal como ya lo he mencionado, pude grabar el audio de estos encuentros con previa autorización oral de las participantes con el objetivo de captar mucho más de lo que se puede si el trabajo únicamente se recarga en mi memoria (Taylor & Bogdan, 1987).

Antes de iniciar cada entrevista les recordaba que con su participación ellas me estaban ayudando a desarrollar un trabajo como parte de mi maestría en El Colegio de México, les pedía permiso para grabar el audio de la videollamada, recordándoles el anonimato de sus narraciones y la protección para que no pudieran ser identificadas.

Asimismo, les aclaraba que podíamos omitir cualquier tema del que no quisieran hablar, terminar la entrevista en cualquier momento que ellas así lo dispusieran -con posibilidad de continuar en otro momento- y que, para mí, lo valioso era su punto de vista y su experiencia, por lo que no había respuestas esperadas, correctas o incorrectas.

Al cerrar la entrevista, les preguntaba si consideraban que habíamos dejado fuera algún tema, agradecía su participación y les pedía mantener la comunicación abierta en caso de que ellas o yo pensáramos que nos había hecho falta tocar algún tema.

Inmediatamente después de colgar y guardar la grabación, escribía mis primeras impresiones de la entrevista, tratando de responder a mis preguntas de investigación.

Finalmente, en lo que respecta a esta sección, comparto la guía de entrevista, conformada por preguntas catalizadoras ²⁵y aterrizadas en situaciones concretas de la vida cotidiana de las participantes y que únicamente fue una herramienta para conducirme asegurándome de no dejar fuera los temas claves que debía explorar:

- En general, ¿Qué significa para ti o cómo te sientes desde que eres abuela?
- Cuando tu hija se embarazó, ¿Qué pensaste y sentiste tú, como su madre?
- ¿Alguna vez, antes del embarazo, tocaste con tu hija los temas de noviazgo, sexualidad, métodos anticonceptivos o embarazo?
- ¿Cómo era un día de tu vida antes y después de ser abuela?
- ¿Qué significó ser abuela a tu edad? ¿Consideras que, por ser abuela joven, existen diferencias comparada con abuelas mayores?
- ¿Crees que fue más fácil entender a tu hija porque tu fuiste mamá joven?
- ¿Qué diferencias identificas de tu experiencia como abuela en comparación con generaciones anteriores?
- ¿Cómo describes tu papel/posición como abuela dentro de la familia?
- ¿Por qué y cómo llegaste al grupo de Facebook? ¿Qué es lo que te gusta de participar ahí?

Procuré recabar la información sociodemográfica y características contextuales relevantes durante las entrevistas, pero si algún no fueron abordada, lo solicité a las participantes por medio del chat de Messenger al terminar la entrevista.

²⁵ Estas eran las preguntas disponibles, sin embargo, esto no quiere decir que en todas las entrevistas haya sido necesario recurrir a este listado completo o en este orden específico.

Capítulo 3. “Ser abuela antes de los 40: particularidades de esta experiencia”

Este capítulo tiene por objetivo comprender y analizar la forma en que algunas mujeres menores de 40 años que participan en grupos de Facebook construyen su experiencia de abuelidad cuando esta ocurre derivada de la maternidad de sus hijas adolescentes. Lo anterior centrándose especialmente en aquellos aspectos que las diferencian de abuelas adultas mayores, sobre quienes se han elaborado la mayoría de trabajos empíricos hasta el momento.

El capítulo también atiende la necesidad de desarrollar investigaciones que se centren en las abuelas para conocer sus testimonios, sentires y experiencias en primera persona. Ello debido a que, tras la revisión al estado de la cuestión, fue posible identificar que, hasta el momento, la labor académica ha dejado de lado a las abuelas para concentrarse en su relación con hijas e hijos, nietas y nietos, abordando directamente a la familia como unidad de análisis.

Por lo tanto, tomar como objeto de estudio a la abuelidad en sí misma reclama una atención especial y central en los cambios, permanencias, significados y trayectorias de las abuelas. Bajo esta introducción, resalto que, el propio ejercicio de nombrar a esta abuelidad como “temprana”, da cuenta del imaginario colectivo que comúnmente refiere a la abuelidad como asunto de la vejez, por lo que pocas veces cuando alguien dice “abuela”, se imagina a una mujer sin canas, sin lentes o sin arrugas.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando, como en este caso, una mujer se convierte en abuela antes de los 40 como producto de la transmisión intergeneracional del embarazo adolescente o joven? Lo que comúnmente ha sido descrito como una serie de eventos disruptivos de la trayectoria de vida de las mujeres que provoca diversas problemáticas sociales -tales como la reproducción de la pobreza o la deserción escolar- es una experiencia mucho más rica y compleja que demanda un estudio y atención integral.

A partir del material empírico que recopilé para el desarrollo de esta tesis -tanto el análisis de las observaciones a espacios digitales, las entrevistas semiestructuradas y las notas del diario y cuaderno- divido este capítulo en siete apartados: el primero da cuenta de la preponderancia que la abuelidad tiene por sobre la maternidad para estas participantes.

El segundo y tercer apartado exploran los elementos que estas abuelas toman como base para significar su experiencia, esto es: la manera de concebir el papel de mujeres y hombres en torno a la maternidad, la paternidad y la abuelidad (apartado 3.2) y las evaluaciones y comparaciones que ellas hacen de su abuelidad al equipararla con la de otras mujeres (apartado 3.3).

Los dos apartados subsecuentes hablan de características distintivas de la abuelidad para las mujeres entrevistadas: aquellas que dan cuenta de las necesidades y cambios propios de la juventud de estas mujeres (apartado 3.4.) y la forma en que legitiman su experiencia como abuelas maternas en comparación con las abuelas de vía paterna (apartado 3.5.).

Finalmente, en los dos últimos apartados del capítulo abordo directamente la cuestión de Facebook como un espacio imprescindible para la socialización de la abuelidad de estas mujeres (apartado 3.6) y concluyo el capítulo contrastando la imagen ideal que han construido colectivamente en este mundo social digital en comparación con las tensiones y problemáticas vividas en la abuelidad de las entrevistadas en su vida cotidiana (apartado 3.7).

3.1. La supremacía de la abuelidad temprana: una segunda oportunidad para disfrutar y resarcir la maternidad

La razón de priorizar este apartado fue que, para mí, la noción de maternidad era algo insuperable: no hay mandato, responsabilidad o amor más grande que el de una madre. Por lo tanto, llegar a unos grupos de Facebook donde esta noción era superada, dado que la abuelidad parecía más importante y significativa, constituía un hallazgo imperdible.

Por otra parte, acercarme a la abuelidad como objeto de investigación me exigía - tanto por lo que la teoría me sugería, como por lo que mi material empírico me mostraba- concebirla como una extensión de la maternidad.

Es a partir de estas razones que inicié el análisis con los testimonios que me indicaban que la abuelidad joven tenía un lugar privilegiado, por encima de la maternidad, para las mujeres con las que estaba trabajando. Esto se observaba, en primer lugar, en los grupos de

Facebook en donde, por medio de publicaciones e interacciones²⁶, las participantes ponían por encima de todo a la abuelidad. Por poner solo algunos ejemplos:

“Entendí el amor verdadero ahora con la venida de mi nieto, es más fuerte que el amor que siento por mis hijos, pero eso solo lo comento por aquí”

“Se dice que se quiere más a los hijos que a los nietos, pero en mi caso no es así, se disfruta más a los nietos que a los hijos, fui mamá muy joven y abuela a los 32 años, soy una abuela plenamente feliz y afortunada”.

(Publicaciones del grupo “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” recopiladas en febrero del 2021).

Estos testimonios ponían en juego y cuestionaban el amor y el “instinto maternal”, que ya desde 1976 había sido analizado por Adrienne Rich como las formas ocultas de socialización y las presiones que abiertamente empujan a las mujeres a tomar la maternidad como el centro de su vida, algo que debe darles plenitud, incluso en medio de sus tristezas, una llave para descubrir el sentido de su existencia.

También eran una forma de poner en duda la maternidad, que se ha pensado históricamente como el centro del destino femenino y el principio de sentido y fin de vida de las mujeres que apela al instinto y el deseo universal para ser madres (Badinter, 1980).

Sin embargo, esta puesta en duda era relativa, pues lo que me permitían ver hasta ese momento las publicaciones en los grupos de Facebook, era una nueva forma de maternidad, una maternidad prolongada en las y los nietos que podía ofrecer otras formas de entender la relación entre la maternidad y la abuelidad.

A partir de estas concepciones, por medio de las entrevistas, pude profundizar en esta preponderancia de la abuelidad como la nueva forma del mismo mandato rígido de la maternidad.

Un primer punto que pude analizar corresponde al vivir y ser para los otros, en donde el patrón cultural femenino dominante descansa en el compromiso moral, el sentido de responsabilidad, de dedicación y la preocupación por los deseos de la descendencia y la

²⁶ En la transcripción de las publicaciones o interacciones de los grupos de Facebook fueron corregidas las faltas de ortografía que originalmente presentaban para facilitar la lectura, pero sin modificar la redacción o contenido.

atención y disposición para estar a su servicio (Harman, *et al.*, 2011), esta vez prolongadas hacia las y los nietos.

Por ejemplo, para Raquel²⁷ la llegada de su nieto significó volver a sentirse útil y valiosa, dado que su hija adolescente y su hijo menor de 11 años, ya no la necesitaban como antes, por lo que la llegada de un bebé a su vida implicó volver a ser feliz, en sus palabras:

“te cambia todo, todo, todo, yo me siento muy afortunada de tenerlo a mi nieto y todos los días yo me levanto, pienso en él y si comió y si las preocupaciones que no tengo con mi hijo de 11 [años] las tengo con mi nieto, no sé, me siento más útil, me siento importante porque en el futuro ahí va a ver alguien que va a correr a mí y me va a decir “abuela me ayudas con esto, abuela mira mi mamá me hizo tal cosa”.

(Raquel, argentina de 35 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de un niño de 1 año 4 meses).

Este testimonio al tiempo demuestra que las y los nietos les otorgan nuevamente un espacio de poder dentro de la familia, cierto control sobre las y los hijos, la pareja y demás integrantes, por lo que pueden obtener reconocimiento social por medio de sus roles maternos que se renuevan al emplear su experiencia previa como madres, en la crianza de las nuevas personas que se integran a la familia.

El poder se juega nuevamente con las y los menores, puesto que este se ha perdido en distintas medidas con las hijas e hijos ahora que son más grandes y que ya no las necesitan tanto, por lo que la importancia de las y los nietos también se relaciona con la autoridad y control en las decisiones que se suele ejercer hacia las infancias. María lo ejemplifica por medio de su experiencia:

“Yo pienso que tal vez es el mismo amor [por su nieta] que por mis hijos, pero, como ya los hijos están grandes ya no es esa misma, sí es el mismo amor, pero se hace fuertecito porque una bebé necesita más atención y cuando los hijos son grandes ya no se siente eso mismo”.

(María, ecuatoriana de 36 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 4 meses).

²⁷ Todos los nombres aquí presentados son seudónimos con el objetivo de proteger el anonimato de las participantes y sus familiares.

Con el testimonio de María, argumento en la idea de que estas mujeres disfrutan más de la abuelidad, no porque en sí misma esta experiencia sea mejor, sino porque las y los nietos son dependientes y requieren de mayores cuidados en el momento actual y ellas, al vivirse con base en la maternidad, tienen una nueva oportunidad de experimentarla ahora por medio de ser abuelas.

En términos de Arciniega y colaboradores (2020) se explica en aquellas mujeres que han construido su identidad con base en la maternidad, pues para ellas puede resultar especialmente difícil reconstruirse cuando las tareas de crianza terminan debido a la edad de su descendencia, por lo que convertirse en abuelas puede ser una nueva forma de reconocerse.

Por el contrario, mi interpretación del testimonio de Luisa permite ver que esto no es común para todas las abuelas jóvenes, pues para Luisa son las propias características de la abuelidad, como la menor carga de responsabilidad sobre nietas y nietos, le permiten disfrutar más este rol:

“A mi nieto sí lo quiero mucho más y abiertamente, mis hijos lo ven y lo sienten, no hace falta ni decirlo pues, porque con los hijos es una responsabilidad fuerte o sea desde que yo estaba embarazada yo tenía miedo de caerme porque, eh ya estaba dentro de mí algo que de mí dependía de que siguiera con vida entonces para mí eso fue la maternidad, el “no se mueran cabrones” (reímos)”.

Entonces sí, el amor [con su nieto] es mucho más disfrutable, mucho más este o más consciente y a mis hijos pues no, que tu digas los amaba así, disfrute eso, no, más bien tenía miedo de que no se murieran, nada más.

(Luisa, mexicana de 36 años, madre de una adolescente de 15 años, abuela de un niño de 1 año 3 meses).

Por otra parte, uno de los rasgos más distintivos para estas mujeres es la forma en que se comportaron en el pasado como madres, ya que dista mucho de su manera de conducirse ahora como abuelas. Desde mi interpretación, muchas de ellas se descubren a sí mismas como más cariñosas, atentas y entregadas con sus nietas y nietos. Ahora tienen el tiempo y energía que no tuvieron con sus hijas e hijos y las preocupaciones ahora son menores, pues tienen mayor estabilidad y experiencia que les permite disfrutar de su abuelidad y esto hace que esté por encima de su maternidad. Para Beatriz, esta experiencia se describe:

“Mi otra hija también me dice lo mismo “¿por qué a la nieta le cantas y a nosotras cuando niñas nunca nos cantaste?” y siempre le digo el refrán “Papá el que cría y abuela lo malcría” siempre les digo eso y se enojan, me alegan...”.

(Beatriz, chilena de 40 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 2 meses).

Beatriz lo dice explícitamente, con su nieta está pudiendo descubrir y experimentar facetas de sí misma que no conoció con sus hijas e hijo y, en la misma línea, Julia tiene claro que, ahora que es abuela, está pudiendo reparar errores que considera que cometió como madre. Ella lo describe en estos términos:

“Como mamá fui muy estricta, como que digo yo, no a lo mejor estuve mal, fui demasiado regañona, enojona con ella. Pero con ella [su nieta], no, soy más tierna, más cariñosa, como si quisiera remediar algo que hubiese hecho atrás, así. Porque no me gusta que la regañen, que le digan cosas, entonces soy muy consentidora”.

(Julia, mexicana de 35 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 11 meses).

El rasgo de poder malcriar fue común a la mayoría de las entrevistadas y también fue muy recurrente en las publicaciones de Facebook, por lo que pude corroborar que se trata de una noción que construyen en lo particular y en lo colectivo.

Sin embargo, se debe señalar que este rasgo no es exclusivo de las abuelas jóvenes, asimismo, se ha identificado en diferentes contextos sociales, ya que mientras que en México se le puede llegar a conocer como “abuelas alcahuetas²⁸”, en otras culturas se han denominado a las abuelas desde el papel de “confidentes”.

Finalmente, el caso de Isabel, la abuela cubana de 36 años, permite dar cuenta de otro aspecto muy relevante: lo que marca la diferencia para la supremacía de la abuelidad es la experiencia, pues el conocimiento previo que tuvo con su descendencia le permite ser más consciente y estar mejor preparada para afrontar los retos de criar nuevamente a un bebé.

²⁸ La alcahuetería es una referencia del lenguaje cotidiano en México, que posee un amplio contenido emocional en el ejercicio de la abuelidad. Refiere a la permisividad y ausencia de normas bajo el argumento del amor hacia las infancias y el otorgamiento de la libertad para hacer lo que gusten, siempre y cuando las y los abuelos no tengan la responsabilidad total sobre la crianza de nietas y nietos (Marín & Palacio, 2015).

3.2. La maternidad y abuelidad son incondicionales, la paternidad es opcional

Pensar en maternidad y paternidad no es un ejercicio que comúnmente se de en los mismos términos. Lo que se considera que a una mujer le corresponde respecto a su descendencia suele tener implicaciones muy distintas en comparación con lo que se espera de los varones.

Partiendo de esta lógica, resultaba especialmente importante explorar las creencias de las abuelas entrevistadas respecto a lo que es esperado y deseado de la maternidad y la paternidad para comprender la base de la que parten para vivir y significar su experiencia de abuelidad pues se trata de un fenómeno sociológico, pero también individual, que suele estructurarse en una serie de sobreentendidos de género (Palomar, 2004).

Mi acercamiento a esta información partió del supuesto de que, en la medida en que los varones estuvieran presentes y tuvieran participación, o no, las creencias de estas abuelas variarían por lo que me dispuse a hacer un análisis teniendo esto en consideración, pero, para mi sorpresa, tal como expongo a continuación, a pesar de encontrar dos grandes grupos en los que se podía dividir a la mayoría de las participantes, este supuesto resultó incorrecto:

En primer lugar, encontramos un grupo de abuelas que no tienen pareja, pero sus hijas, sí. Estas son Sara, Laura, Dulce y Beatriz. Por otra parte, están las abuelas que sí tienen pareja, pero sus hijas no, ellas son Raquel, María y Luisa. Como casos distintos se encuentran Julia y Elisa, quienes tienen pareja y sus hijas también. Finalmente, Isabel, quien no tiene pareja y su hija tampoco.

Para el primer grupo analizado, las abuelas que tenían en común no tener pareja, también compartían que la descendencia era prácticamente su responsabilidad. Es decir, los padres de sus hijas e hijos no estaban muy involucrados en las tareas de crianza ni en sus responsabilidades paternas.

Tal es el caso de Beatriz, la abuela chilena quien, desde hace seis años que se divorció, ha tenido que asumir lo que considera el papel maternal y paternal ante la ausencia total de su exmarido, abarcando la total cobertura de las necesidades económicas hasta los cuidados.

Lo anterior se ha facilitado debido a las exigencias sociales que suelen producir que las mujeres sientan mayor compromiso de cooperación, apoyo solidario y cuidado de las y

los integrantes de la familia, de forma particular cuando las funciones de maternidad se hacen extensivas a los nietos y nietas (Villareal, 1999).

A pesar de que intenté profundizar en lo Beatriz opinaba respecto a la ausencia paterna, ella asumía este abandono con resignación y explicaba que no exigía el apoyo económico del padre de descendencia dado que los procesos legales de su país eran tardados, desgastantes y poco efectivos, por lo que prefería asumir todas las responsabilidades sola.

En un caso en el que el divorcio no implicó la ausencia total del padre, tenemos a Dulce, quien cuenta con normalidad que su expareja ha tenido complicaciones para involucrarse en la vida familiar debido a que, desde el divorcio, él cambió su residencia a otra ciudad y limita sus funciones a lo económico y a llamadas o visitas eventuales, cuestión con la que Dulce está conforme al punto de mostrar comprensión ante el hecho de que este hombre volvió a formar una familia en la que centra su atención en la actualidad:

“Pues el papá de ellos sí tiene comunicación, de hecho, conmigo también tiene comunicación a veces, pero como él también es papá ahorita reciente, él es abuelo y papá reciente, tiene poco su bebé también, pues está más ocupado con la familia de allá, por lo mismo no ha podido estar muy al tanto de la nieta, me imagino que sí le pregunta, cuándo nació y todo eso, y estuvo ahí al pendiente con mi hija”.

(Dulce, mexicana de 40 años, divorciada, madre de una adolescente de 19 años, abuela de un niño de 11 meses, trabaja como personal administrativo).

A partir de sus palabras infiero que, para ella, al igual que para Beatriz, la paternidad es un asunto en el que los varones pueden decidir hasta qué punto involucrarse, ellos tienen alternativas incluso cuando se trata de la abuelidad, pues los abuelos maternos también pueden elegir participar con lo mínimo, como una llamada telefónica o con lo nulo, tal como el exmarido de Beatriz, que probablemente ni siquiera sabe que ya es abuelo.

Esta permisibilidad que reflejan las participantes para los varones juega de forma interesante en la intersección de ser padre y ser abuelo. Por ejemplo, para Laura, resulta muy curiosa la explicación del por qué nota a su exesposo muy ilusionado con su nieta:

“Como papá se fue y ni se preocupó, pero como abuelo se muere por la nieta, siempre que la ve, la quiere cargar y jugar con ella... porque nada más es un ratito, así es él, mientras sea

como un gusto, todo está bien, ante la gente parece que es buen padre, pero en el día a día, no podía con eso, por eso se fue”.

(Laura, costarricense de 39 años, divorciada, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 10 meses, trabaja como empleada doméstica).

Desde la perspectiva de Laura, la paternidad y la abuelidad de los varones son asuntos de un rato, de apariencia, de interacción momentánea, de lo que resulta cómodo o divertido, pero en el punto donde para ellos es demasiado trabajo, responsabilidad, cansancio o tedio, ahí pueden terminar sus funciones como padres o abuelos.

Si bien, los comentarios de Laura reflejan desacuerdo, encuentro un proceso de aceptación en el que ella ha asimilado que los hombres tienen la posibilidad de tomar estos caminos, pues en su día a día como madre y abuela actúa en correspondencia a la institución de la maternidad, donde ella, a diferencia de él, no puede cansarse o irse y, si todos los demás fallan, ella procura estar ahí para su descendencia y ahora también para su nieta.

Aunque Laura apunta tímidamente a la revisión de los roles de los varones en la distribución inequitativa de responsabilidades con la descendencia, el peso de la institución de la maternidad y las cualidades que supone innatas en las mujeres le impide visualizar que todas las tareas que asumen, en especial las de cuidado, están desligadas del solo hecho de ser mujer (Arciniega, *et al.*, 2020).

Considerando que estas participantes están divorciadas, pero sus hijas si están involucradas en una relación de pareja, era muy relevante incorporar la opinión de estas abuelas respecto de sus yernos, prestando especial atención a las dinámicas de convivencia bajo un mismo techo.²⁹

En este punto cabe mencionar que, dos de las abuelas de este grupo, Laura y Beatriz, comparten en común que sus yernos solo viven en la casa durante ciertos días del mes, debido a la dinámica de sus trabajos remunerados, por lo que el tiempo de convivencia y de tareas de crianza se limita a esos días. En el caso de Laura, su yerno trabaja 22 días del mes y está

²⁹ Aunque el tema de las dinámicas de convivencia se trata con mayor énfasis en el siguiente capítulo, al analizar el papel de los varones en la familia.

en la casa de la familia el tiempo restante. Al cuestionar a Laura para saber si estaba conforme con esta dinámica ella me contestó:

“Mi nieta si lo tiene muy presente porque le llama todos los días por videollamada, pienso que es mejor así porque es un buen trabajo, además la presencia cuando están todos juntos pues súper bien, además cuando todo esto de la pandemia pase, pues quizá esté más fácil, por ahora hay que seguir así, jugándosela, porque los tiempos en que el papá viene la cuida mucho”.

(Laura, costarricense de 39 años, divorciada, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 10 meses, trabaja como empleada doméstica).

A pesar de que refleja que el yerno tiene un buen trato para con su nieta, una vez más son los varones quienes tienen permiso de ausentarse temporalmente, de priorizar sus proyectos laborales, sea o no por necesidad económica, otorgando más tiempo a su jornada laboral en comparación con los cuidados familiares.

Continuando con el segundo grupo, aquel en que las abuelas participantes tienen pareja, pero sus hijas no, Luisa es muy clara al referir que para ella la maternidad es un asunto de mujeres en el que la participación de los varones no está garantizada de ninguna manera.

Estas creencias la llevaron desde el primer momento en que se enteró del embarazo de su hija adolescente a sugerirle que no continuara con este proceso, argumentando que no iba a tener el apoyo que en ese momento el novio le prometía, por lo que le frustró que la decisión de tener a su hijo fuera un asunto en que él estuviera involucrado:

“Yo trataba de convencerla de que no lo tuviera... “este mira que los niños son, los hijos nada más son de la mamá, por más que te diga este chavo que te va a apoyar no va a ser cierto, si acaso un año, pero no, no, no, por favor, tu futuro, tus estudios, tú quieres ser doctora”, bla, bla, bla. Y ella si de, “pues déjame hablarlo”, ¿con quién?, no, no tienes con quien hablarlo, piénsalo tu solita”.

(Luisa, mexicana de 36 años, soltera con novio, madre de una adolescente de 15, abuela de un niño de 1 año 3 meses, trabaja como personal administrativo).

Luisa refleja, por un lado, un espacio de agencia de las mujeres respecto a la maternidad al considerar la posibilidad de la interrupción del embarazo ya que así su hija podría de lo consideraba “problema” pues, para Luisa, una vez aceptada la maternidad, sería una responsabilidad llevada solo por mujeres.

Dado que finalmente su hija continuó con su embarazo hasta término, para Luisa sigue siendo entendible que el papá de su nieto no tenga el mismo involucramiento, disculpándolo remitiendo a su edad y a las creencias que ha asimilado a partir de las cuales, dada la relación de la realidad biológica con la reproducción, ha incorporado muchas características que establecen la definición de la feminidad y, por extensión, muchos de los atributos que definen a la maternidad normativa (Pérez, 2016) y la abuelidad.

Por otra parte, María, integrante del grupo de abuelas que sí tienen pareja, permite ver el impacto que los maridos pueden llegar a tener en el curso de la maternidad y paternidad adolescente, pues tal como describió en la entrevista, a su hija de tan solo 16 años al momento del embarazo, le fue impedido formar su propia familia ya que el esposo de María logró que se separan imponiendo su autoridad e impidiendo que continuara su noviazgo.

María considera que, en las circunstancias en las que se dio la maternidad de su hija, lo mejor para ella y su nieta era prescindir de otras funciones paternas de parte del adolescente, llegando incluso a querer quitarle el derecho que la bebé llevara su apellido, pero, al mismo tiempo, ha tomado acción legal para que este responda en la parte económica, pues ella considera que esta función sí le corresponde como varón.

A pesar de que estas acciones fueron encabezadas por su esposo, María demuestra de forma implícita que, para ella, la paternidad es algo que puede desaparecer quitando un apellido del acta de nacimiento y que el involucramiento de los hombres es prescindible más allá de lo económico.

Finalmente, a manera de ejemplo retomo el testimonio de una de las participantes que no pertenece a estos dos grandes grupos: Elisa, un caso en el que tanto la abuela joven como la madre adolescente tienen pareja.

Esta abuela también refiere nociones que permiten entender que las y los hijos son una cuestión de mujeres. Lo anterior le ha llevado a considerar que, si su hija no contara con su pareja, ella la apoyaría con mayor razón, debido a que cuando ella se enfrentó sola a su primera maternidad, sufrió mucho por vivir la maternidad en solitario y no quisiera que su hija pase por lo mismo.

En correspondencia con el modelo de maternidad convencional socialmente construido, el papel de Elisa como madre y abuela, al igual que todas las participantes, independientemente de sus parejas, es vivido más intensamente por ellas que por sus pares varones dado que la sociedad ha tendido a conferirles a las mujeres los roles de cuidado de las y los otros y la misión de integración familiar (Sedó & Ureña, 2007).

3.3. Comparación de la propia experiencia con la abuelidad de otras generaciones

Otro elemento que resultaba imprescindible para entender la forma en que las abuelas jóvenes significan y viven su experiencia era considerar lo que ellas han observado, evaluado y valorado de sus propias ancestras y en otras abuelas a su alrededor.

Esta información que surgió invariablemente en el trabajo de campo también resultó muy útil para conocer la influencia que ha moldeado la forma de conducirse como abuelas en los diferentes espacios sociales en los que se mueven en su día a día.

Las opiniones al respecto surgieron a partir del cuestionamiento de si consideraban que había o no diferencias en su forma de ser de abuelas en contraste con aquellas de mayor edad y las respuestas se concentraron en dos posturas, una que negaba que la edad tuviera algo que ver con la forma en que se es abuela, y otra que afirmaba que ser más joven sí marca la diferencia en la experiencia de abuelidad.

En primer lugar, aquellas que señalaban diferencias con generaciones de abuelas anteriores, Raquel, Beatriz, Elisa, María, Sara y Dulce decían que, con el tiempo, el papel de las abuelas se ha ablandado, mostrándose más comprensivas y menos autoritarias en la medida en que las generaciones avanzan.

Elisa comparó su forma de ser como abuela con su madre y su propia abuela, aprendiendo que ella no quería entrometerse tanto en la maternidad de su hija, mostrándose mucho más permisiva con relación a los noviazgos y la sexualidad en comparación con sus predecesoras.

Sin embargo, hago notar que esta apertura no vino acompañada de disposición para hablar o incentivar una planificación familiar exitosa, ya que tanto Elisa como su hija fueron madres en la adolescencia de manera no planeada.

María por su parte, enfatizó en algunas cualidades que ella considera que se pierden con la edad, por lo que ser abuela de forma temprana posibilita un involucramiento más provechoso:

“Con la edad se pierde esa paciencia ¿no?, porque el cuerpo empieza a cambiar yo pienso, por ejemplo, mi mamá ha sido una persona que no ha tenido paciencia... ella dice que ella ama a sus nietos porque ya los ve grandes, pero, cuando mis hijos eran pequeños con trabajos los cuidaba, entonces, en eso yo soy distinta, si la niña llora yo cojo le doy biberón, yo me desvivo por ella”.

(María, ecuatoriana de 36 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 4 meses).

María me deja ver que, para ella, la abuelidad debe consistir en un rol muy semejante a la maternidad, dado que critica que su madre tuviera poca disposición de cuidar a sus nietas y nietos, tomando esta valoración negativa como referente y motivación para ser más partícipe de su rol como abuela, asumiendo mayores compromisos y tareas para con su nieta.

Lo anterior implica que la maternidad y la abuelidad son definidas de acuerdo con los modelos y antimodelos que identifican en las generaciones precedentes, reconociendo como ideales algunos aspectos de la maternidad y, por consiguiente, de la abuelidad, y que procuran retomar cuando ellas asumen este rol (Arciniega, *et al.*, 2020).

Raquel, la abuela argentina de 35 años, destacó las ventajas de su juventud al asumirse como abuela, pues ser capaz de sentarse en el piso a jugar con su nieto y tener más energía que personas de edades más avanzadas, lo que permite disfrutar más la relación con su nieto.

Lo anterior, cuando se trata de bebés recién nacidos y hasta la primera infancia, pues niñas y niños más grandes, como su hijo de 11 años, ya pueden disfrutar de la relación con abuelas mayores con quienes pueden ir a comer juntos, al supermercado, mirar televisión y actividades que requieren menor esfuerzo físico.

En estos casos, el papel de la abuela se ve influenciado por los demás roles sociales que simultáneamente desempeña en la familia y en la sociedad, por lo que su estatus de abuela cobra mayor sentido en la dinámica familiar en la medida en que su edad es valorizada, ya

que se espera que, entre más joven sea, ofrezca a la siguiente generación más funciones de cuidado y apoyo económico e instrumental (Carter, 1991).

Para concluir esta postura, Dulce introdujo la idea de que la forma estricta de las abuelas de generaciones anteriores impedía establecer un vínculo más afectuoso o cercano:

“Muchas veces las abuelitas tenían, o yo tenía más bien con mi abuelita de que pues el respeto, si no le gusta algo, con los ojos, te miraban y ya te daba miedo y ya no te podías ni mover, no podías ni jugar con las abuelitas, no podías hacer nada, era como falta de respeto; pero ahora yo creo que ahora es muy diferente, entonces me gusta más este tiempo, de que pues estar con ellos y convivir y jugar, y todo ese rollo”.

(Dulce, mexicana de 40 años, madre de una adolescente de 19 años, abuela de un niño de 11 meses).

A partir de la experiencia con su propia abuela, Dulce ha procurado ser más tolerante, abierta y respetuosa a temas que, en generaciones anteriores, eran inconcebibles al interior de las familias latinoamericanas, tal como el caso de la homosexualidad.

Por su parte, la postura Isabel, Julia, Luisa y Laura enfatizaba en que la edad no es un factor que marque diferencia en la experiencia de abuelidad, pues estas participantes tomaban en consideración características de personalidad para explicar las diferencias que identificaban entre ellas y las abuelas que tomaban como referente.

A partir de esta postura, las contradicciones respecto al rol esperado y las realidades asociadas a la abuelidad se explican sobre la visión del patrón de crianza, los límites de participación y las condiciones de personalidad de cada abuela (Sedó & Ureña, 2007). Por ejemplo, para Julia, la forma de ser de su mamá como abuela dependía de “su genio y de cómo se comportaban los nietos, pero no tenía nada que ver con la edad”.

Desde la perspectiva de Luisa, las abuelas y los abuelos siempre tienen energía para atender a sus nietos, no importa la edad, siempre estarán dispuestas para preparar cosas ricas de comer y llevar a las y los nietos al parque porque “es el amor lo que los mueve”. Finalmente, para Isabel no tiene importancia el momento de la vida en que te conviertes en abuela porque “el amor de las abuelas siempre es el mismo”.

Los dos últimos testimonios dejan ver una visión romántica e idealista detrás del papel de las abuelas, en el cual no importa el cansancio físico o las limitaciones por la edad, pues, para ellas, el amor debería ser más fuerte y debería llevar a una abuela mayor a relacionarse de la misma forma en que lo hacen ellas como mujeres más jóvenes.

Estos últimos resultados se explican a partir del patrón cultural femenino dominante que descansa en la idea del “instinto materno” y la transmisión de este tipo de sentimientos de compromiso moral, de sentido de responsabilidad y dedicación abnegada que son propios en las mujeres en tanto madres -y ahora abuelas- y manifiestan la preocupación por estar conscientes de los deseos de la descendencia, siempre atentas y a su servicio, en un acto que las lleva a “borrar” sus propias necesidades (Prieto, 2015).

3.4. La abuela que antes salía de fiesta: necesidades y cambios a partir de la llegada de las y los nietos

Uno de los aspectos distintivos de estas abuelas recae en los cambios que ha tenido su estilo de vida y comportamiento a partir de la llegada de sus nietas y nietos y las necesidades que se desprenden de esta experiencia. Estas modificaciones han sido asumidas y asimiladas de formas particulares al interior de las participantes.

En primer lugar, tenemos aquellas que refieren al estilo de vida, mismo que se caracterizaba, para la mitad de ellas -Laura, Elisa, Luisa, Sara y Beatriz- por ciertos hábitos tales como consumir alcohol y tabaco y asistir frecuentemente a fiestas con sus amistades, actividades que dejaron de hacer casi por completo al asumir su rol como abuelas y sentir mayor madurez y responsabilidad para con sus nietos y nietas. Lo anterior, en palabras de Luisa, se describe:

“Ay no pues yo era pura fiesta y este todavía tomaba y me iba con mis amigos como si tuviera, pues tenía 34, pero me sentía como si tuviera 27 este, el cotorreo en el antro en irme ahí de madrugada manejando hasta bien lejos y exponiéndome y no, mal plan, mal plan este, nada que ver pues un, una vida muy pues de, (silencio) no en balde también mi hija pues salió embarazada... pero ahorita no, ya no tomo, no fumo, este, mi alimentación es más consciente... yo quiero mostrarle otra forma pues de vivir la vida a como yo ahorita pues lo descubrí, pero gracias a su nacimiento”.

(Luisa, mexicana de 36 años, madre una adolescente de 15 años y abuela de un niño de 1 año 3 meses. También es madre de un varón de 13 años que no vive con ella)

Al escuchar este tipo de testimonios, me era inevitable preguntarme ¿por qué estos cambios fueron motivados por las y los nietos y no así por su propia descendencia que en muchos casos también son infantes? Encontré que, para las participantes era muy difícil tocar este tema y únicamente de forma somera hacían alusión al hecho de que cuando sus hijas e hijos eran pequeños, ellas eran muy jóvenes como para haber podido hacer esos cambios a su estilo de vida, pero en el momento actual ya tenían “la madurez” para hacerlo.

Tal como en el primer apartado de este capítulo, para mí, era una forma de resarcir la falta de responsabilidad que ellas detectaban en su propia maternidad, pues en sus nietas y nietos encontraban una segunda oportunidad que les motivaba a dejar ciertos hábitos que juzgaban como dañinos para su propia vida y su ejercicio como madres, abuelas y mujeres.

Ahondando en las motivaciones que llevaron a estos cambios en el estilo de vida de las participantes en el momento actual, se destacaban algunos sentimientos tales como la vergüenza o la culpa por llegar a casa a altas horas de la madrugada y/o en estado de ebriedad si en casa estaba el o la bebé.

En correspondencia, Troll (1983) menciona que, criar y educar al nuevo integrante del grupo ante la maternidad adolescente, impulsa mejoras individuales que contribuyen al bienestar común, por lo que la intervención de las abuelas debe ser clara y decidida, asumiendo en muchos sentidos el rol materno.

Es decir, por medio de la maternidad adolescente, la abuelidad es aprovechada para legitimarse en la sociedad, pues les ha permitido a las participantes acercarse al ideal de madres, pues en su propia maternidad no pudieron hacerlo. Por tal razón, la abuelidad llega a constituir un eje organizador de la vida de estas mujeres. En el caso de Sara se expresa:

“...ingeríamos cerveza, yo fumaba, fumé toda mi vida, entonces ya a raíz de eso [nacimiento de su nieta] no lo hago, me da pena, no quiero que la niña me vea en esas actitudes, mi alimentación, o sea todo ha cambiado en torno a durarle más a esa personita. Y sí, me ha hecho cambiar mucho por eso”.

(Sara, colombiana de 38 años, madre de una adolescente de 19 años, abuela de una niña de 1 año 3 meses).

Este conocido mito de la “buena madre” supone que todas las mujeres cuentan con una fuerza instintiva que las empuja al sacrificio y la abnegación completa en aras de su descendencia, por lo que, cuando una mujer no logra cumplir las normativas que se esperan de ella como madre, sentirá una gran presión que puede llevarla a dar cumplimiento por cualquier medio posible (Paricio & Polo, 2020) en este caso, a través de las nietas y nietos.

Es importante considerar que estos cambios se asumen diferenciadamente entre las participantes, ya que mientras para algunas, estas modificaciones a su estilo de vida se viven como una entrega y disposición que en apariencia es absoluta, otras van marcando los límites que son necesarios para poder sentirse conformes y felices con su experiencia de abuelidad.

En el primer caso, abuelas como Laura, quien describe que el nacimiento de su nieta fue tan trascendental que llegó al punto de perder el interés por realizar otras actividades, pues su felicidad se encuentra en pasar el mayor tiempo posible con su nieta, esta razón la ha llevado a ocupar tiempo únicamente para su trabajo remunerado y, el resto, dedicado exclusivamente a cuidar a su nieta, pues al construir su identidad como cuidadora, ha encontrado una nueva oportunidad para cumplir con la función de criar (Fernández, 2014).

En este punto, cabe una vez más cabe la interrogante de por qué esta disposición que, al menos en su discurso, parece absoluta, es motivada por la nieta, a pesar de que Laura tiene un hijo de 12 años quien también depende de su madre en todo sentido.

En segundo lugar, se encuentran los casos de abuelas que sí van marcando los límites que requieren a la hora de asumir su abuelidad, tenemos el caso de Elisa, quien es consciente de que a pesar de que sus hijas necesitan de ella, ella también tiene sus propias necesidades, razón por la cual ella se da tiempo para salir a comer con sus amigas mientras su esposo cuida de su hija pequeña de 4 años.

En la misma línea, Dulce busca espacios y tiempos para lograr adecuarse a los cambios que ha traído consigo la llegada de su nieto:

“Cuando menos una vez a la semana, sí o sí, me salgo un ratito al café, a despejarme, a olvidarme de todo, es un tiempo que necesito para poder desahogar, no es como que me ponga a llorar o algo así, sino que es un respiro de todo lo de la casa, quieras o no un bebé vuelve a ser muy pesado, entonces, en esos ratitos me voy liberando”.

(Dulce, mexicana de 40 años, madre de una adolescente de 19 años, abuela de un niño de 11 meses).

En correspondencia, el trabajo de Zapata y colaboradoras (2016) indica que la dimensión social de estas mujeres es una de las más comprometidas al asumir el nuevo rol, pues es común que las abuelas jóvenes reconozcan que su vida cotidiana y social se ha modificado por la pérdida de libertad de la que antes gozaban, puesto que muchas deben abandonar algunas de sus actividades preferidas en función de cumplir con las nuevas demandas que implica la abuelidad.

Además de estas posibilidades, hay abuelas que reconocen los cambios que han tenido al respecto. Por ejemplo, Raquel, la abuela argentina que me compartió que antes de que llegara su nieto tenía planes y metas por cumplir, pues ya que su descendencia había crecido no quería cambiar más pañales, quería viajar y hacer actividades con su esposo pues ahora tenía tiempo, situación que cambió con la llegada de su nieto:

“... en cambio ahora, yo prefiero no viajar y comprarle lo que le hace falta a mi nieto, es como que cambie de decisión, es como que salimos, por ejemplo, vamos a San Nicolás y no, pero y “el nieto, ¿estará bien”, le mandamos mensaje a mi hija [madre adolescente], les mandamos WhatsApp a ver si está bien, si necesitan algo” y te cambia, quería ser más libre antes, no quería responsabilidades, y ahora las tomo y me encanta, porque me encanta malcriarlo, jugar, ser importante para él”.

(Raquel, argentina de 35 años, madre de una adolescente de 17 años y un varón de 11 años, abuela de un niño de 1 año 4 meses).

Contrario a propuestas clásicas sobre abuelidad, como la de Bengtson (1985) quien definió a la abuelidad como un rol carente de un papel específico y concreto por tratarse de una relación desprovista de autoritarismo y dependencia, Raquel demuestra la abuelidad temprana puede estar muy bien definida, ya que sus prioridades han cambiado, pues su nieto ahora encabeza la lista de intereses y preocupaciones e incluso ya no disfruta de la misma manera de actividades como salir de paseo, pues su atención se concentra en el bebé que se queda en casa con su joven madre.

Al tiempo que Raquel experimenta esto en su día a día, también puede reconocer que, cuando su hija rebasa ciertos límites, ella pone un alto para que sus propios tiempos y

actividades sean respetados, ya que si, por ejemplo, ella tenía planes previos, no acepta que su hija la deje al cuidado del menor, pues tiene sus momentos para “estar sola, cuidarse, arreglarse y sus momentos” aunque siempre está pendiente de lo que su nieto necesita.

Finalmente, estas mujeres también enfatizan en la preocupación por seguir luciendo jóvenes a pesar de ser abuelas, lo que se refleja en sus rutinas de ejercicio, maquillaje y dietas. Por ejemplo, es Elisa quien menciona:

“yo soy de las que dicen que no voy a dejar de ser yo, porque, por ejemplo, mi mamá nunca más se consiguió a una pareja, pero los hijos crecemos y hacemos la vida y para ella ya fue su tiempo, y ahora se siente sola, y yo no quiero llegar a eso, por eso cuando no funcionó con mi primera pareja, busqué otra, busqué estar bonita, seguirme viendo joven y en ese sentido, sí no he cambiado y no pienso cambiar”.

(Elisa, colombiana de 35 años, casada, madre de una adolescente de 17 años y una menor de 4 años, abuela de un niño de 11 meses).

Lo anterior se comparte también de forma colectiva en los grupos, donde ciertas publicaciones hacen referencia al ideal y la preocupación de las participantes por lucir jóvenes. Estas publicaciones se acompañan de fotografías, usualmente de cuerpo completo, que señalan los esfuerzos de las participantes por resaltar su belleza y, desde mi interpretación, parten del hecho de que asumir el rol de abuelidad es un impedimento para lograr ese ideal de feminidad, por lo que ellas se esfuerzan por contrarrestarlo, ya que estas fotografías se acompañan de mensajes como:

“Hola, soy abuela, pero tengo 33 años, aún muy joven, eh”, “Así luce una abuelita joven, tengo 45 pero míreme” o “Ya seré abuela, pero me sigo ejercitando, hay que hacer algo para no dar el viejazo si aún estamos muy bellas todas. Bonito día”.

(Publicaciones del grupo “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” de abril del 2021).

Estos ideales y estándares de belleza deben comprenderse tomando en cuenta las relaciones de poder producidas por el género, pues las imágenes que son alcanzadas a través de prácticas tales como dietas, maquillajes, ejercicios y cirugías cosméticas son socializadas a las mujeres por medio de revistas, cine, televisión y publicidad, donde se establece la corporalidad femenina con relación al poder (Bordo, 2001).

Así, el cuerpo femenino expresa los efectos de las prácticas y los discursos sobre la feminidad que se establecen en un círculo pernicioso que surge de la sensación de nunca ser tan buenas como se requiere o lo suficientemente bellas (Muñiz, 2014). Con esto en mente no es de extrañarse que, para estas participantes, la belleza y la juventud sea un eje tan importante que se pone en duda al asumir un rol que usualmente se asocia con la vejez.

3.5. El matrilineaje como legitimador de la experiencia de la abuela materna

A pesar de la sólida argumentación que ha complejizado las explicaciones que remiten a los procesos fisiológicos de la reproducción, en el imaginario colectivo de distintas sociedades es común encontrarse con afirmaciones que relacionan a la maternidad con mayores obligaciones y responsabilidades respecto a la descendencia con base en la gestación, el parto o la lactancia y, a partir de estas, también se suele legitimar y preponderar, en muchos sentidos, el papel de las madres en comparación con los padres.

A partir del trabajo de campo desarrollado en esta investigación, pude identificar la forma en que estas creencias se extienden cuando se trata de las abuelas, configurando una disputa entre mujeres, todas madres, que se enfrentan a un dilema cuando se les cuestiona respecto a su papel y relación con nietas y nietos en función de si se han convertido en abuelas por medio de sus hijas o de sus hijos.

Esta contienda entre las experiencias de abuelas maternas y paternas pone en evidencia los significados que cada grupo otorga a su abuelidad y cómo se sirven de diversas explicaciones para argumentar en favor de sus respectivos grupos.

La evidencia empírica que me llevó a hipotetizar sobre este tema se compuso por dos publicaciones que pude obtener con la técnica de observación de los espacios digitales:

La primera de ellas fue una imagen compartida en el grupo “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” por una de las abuelas que también entrevisté, Sara, la abuela colombiana de 38 años quien el 18 de marzo del 2021 subió la imagen de una mujer sentada en una cama doblando una gran cantidad de ropa de bebé en diferentes tonos de rosa y morado. La imagen se acompañaba del siguiente texto: “La abuela materna es la figura del amor más puro que pueda existir”.

La publicación de Sara contaba con 496 reacciones³⁰, de las cuáles, la gran mayoría eran positivas, pues correspondían a sentimientos que denotan acuerdo, apoyo e identificación, éstas eran: 398 “me gusta”, 83 “me encanta” y 9 “me importa”. Por el contrario, aquellas reacciones que pueden considerarse negativas, pues evocan desacuerdo, inconformidad o burla se distribuían de la siguiente manera: 2 “me entristece”, 2 “me enoja” y 2 “me divierte”.

Basándome en las reacciones, un gran número de los integrantes del grupo parecían indicar afinidad con la publicación de Sara, sin embargo, los 87 comentarios que acompañaban a la fotografía contradecían superioridad del amor de las abuelas maternas:

“¿Y la abuela paterna qué? Yo solo tuve dos hijos varones y nunca seré abuela materna y no por eso amo menos a mis nietos... bien mal esa publicación... las abuelas amamos igual sea materna o paterna, he dicho...”.

(Integrante del grupo “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” en respuesta a la publicación de Sara, 18 de marzo del 2021)

En la postura que defendía la concepción compartida por Sara, la gran mayoría de los comentarios remitían a la superioridad del vínculo o el amor de las abuelas maternas, basándose en experiencias propias o de conocidas en las que observaban un vínculo más fuerte con las hijas y, por ende, con su descendencia, lo anterior incluso para abuelas que fungían a la vez como abuelas maternas y paternas.

Esta postura también se apoya por cierta evidencia empírica a partir de la cual se tiene por un lado que, cuando las abuelas no forman parte del sistema familiar en el cual nacieron nietas y nietos -como es el caso de las abuelas paternas en términos de esta investigación- las relaciones de cooperación y aceptación de las tareas esperadas resultan diferentes, es decir, el desempeño del rol puede darse diferenciadamente dependiendo de si las y los nietos son de sus hijos o de sus hijas (Sedó & Ureña, 2007).

³⁰ Reaccionar en Facebook hace alusión a un tipo de interacción en el que la persona indica que una publicación le gusta, le encanta, le importa, le divierte, le sorprende, le entristece o le enoja.

En menor proporción, algunas abuelas matizaban el debate al incorporar puntos muy interesantes. Por ejemplo, una abuela materna consideraba que, aunque su nieta era adoptada no veía diferencia por el hecho de no compartir los mismos genes con la niña y el amor que le tenía eran tan grande que sería capaz de dar todo por ella.

Otra de las abuelas de este grupo afirmaba que, cualquier diferencia entre abuelas maternas y paternas era producida por las madres quienes, en su mayoría, no querían a las suegras por lo que le enseñaban a su descendencia a no tener tanto agrado por ellas.

Estos comentarios permiten ver que, incluso para las abuelas maternas, existen posibilidades de comprender su abuelidad como una experiencia social que se determina en mayor medida por procesos de interacción y aprendizaje y no así por explicaciones esencialistas donde la biología tiene un papel determinista.

En correspondencia con estas explicaciones, Troll (1983) estipula que es común entre las generaciones alternas de abuelas y nietos y nietas, que el grado de implicación de las abuelas está mediado por las actitudes y decisiones de las y los progenitores que, en el caso de las hijas, suelen facilitar el rol de la abuela materna, al acercarse más a su propia madre para ayudarse con la crianza de sus bebés, tal como Elisa me compartió:

“Yo amo mucho a mi nieto, es mi motor y lo siento más cerquita por ser de mi hija, tengo más confianza con ella de poder consentirlo y que haga lo que a mí me parece, que, si fuera de mi hijo, con la nuera no podría meterme porque podría correr el riesgo de que se enoje y aleje a mi nieto”.

(Elisa, 35 años, abuela colombiana de un niño de 11 meses).

La cercanía del vínculo de nietas y nietos con la abuela materna tiene que ver con la forma de relacionarse de las mujeres al interior de la familia, pues desde la percepción de Elisa, la relación suegra-nuera no posibilita que las abuelas paternas puedan estrechar un vínculo de la misma forma. En términos de Sedó y Ureña (2007) son las funciones atribuidas a los cuidados, la protección, educación, dedicación y manifestaciones de afecto y amor que se despliegan con mayor facilidad en las hijas, en comparación con los hijos y se extienden hacia la descendencia por vía materna.

Sin embargo, para el resto de las abuelas entrevistadas de esta tesis, el matrilineaje es la vía por la cual significan y preponderan su experiencia de abuelidad, partiendo de la fisiología de la reproducción humana, tal como Dulce comparte:

“la relación con mi nieto es algo que no puedo explicar... al final mi hija estuvo en mi vientre y mi nieto también en el de ella, entonces, como dicen, solo ellos dos han escuchado como late el corazón de mamá desde dentro, desde el vientre”.

(Dulce, mexicana de 40 años, madre de una adolescente de 19 años, abuela de un niño de 11 meses).

En la misma línea, la segunda publicación que observé, esta vez en el grupo “Abuelas jóvenes y bellas”, apostaba por los procesos de parto y gestación para legitimar la experiencia de las abuelas maternas. Esta publicación contenía el siguiente texto: “Tu abuela materna siempre estará contigo: ella es el vientre en donde tu madre y tú se gestaron. Ella siempre cuidará de ti porque vive en ti”.

Publicado el 19 de junio del 2021, el texto contaba con 217 reacciones con la siguiente distribución: 169 “me gusta”, 38 “me encanta”, 5 “me importa”, 3 “me entristece”, 1 “me divierte” y 1 “me enoja”. Esta publicación seguía el mismo patrón de reacciones mayoritariamente favorables, sin embargo, los comentarios se recargaban en la postura de las abuelas paternas en contra de esta creencia, ejemplo de esto:

“Qué publicación más errada, ¿acaso las que somos mamás de varones jamás podremos amar a nuestros nietos y estar para ellos? No tuve hijas, solo varones y eso no me hace menos abuela. ¿Por qué el amor de las abuelas tendría que ser diferente? ¿Por qué los hijos no tienen a los nietos en su vientre? Por favor...”.

(Integrante del grupo “Abuelas jóvenes y bellas” en respuesta a la publicación del 19 de junio del 2021).

Al revisar esta contrargumentación con algunas de las entrevistadas, ellas sostenían su postura recurriendo a experiencias de otras mujeres que les ha tocado ser abuelas paternas, hipotetizando qué ocurriría si ellas estuvieran en ese caso y justificando su opinión con base en la fisiología los cuerpos femeninos en los procesos de reproducción, tal como lo demuestra Luisa:

“si yo tuviera una nieta de mi hijo hombre, pues no sentiría un vínculo tan fuerte, no estaría tan a su pendiente ni me importaría de la misma forma... No sé si tú has escuchado que todos los óvulos que tiene mi hija, que tiene pues para tener hijos, los tuvo desde que estaba ella en mi vientre, por lo tanto, pues todos los nietos que yo tenga por ella, alguna vez estuvieron dentro de mí también o ligados a mí, entonces yo creo que esa teoría como que sí, porque esa mirada me puede”.

(Luisa, 36 años, abuela mexicana de un niño de 1 año 3 meses).

En concordancia, en investigaciones previas, por ejemplo, la de Troll (1983) las abuelas maternas han reportado mayor satisfacción con la relación con sus nietas y nietos, acentuando el renuevo biológico. Asimismo, desde el punto de vista de la mayoría de nietos y nietas que se estudiaron empíricamente en el trabajo antes citado, de los cuatro abuelos y abuelas maternas y paternas, la preferida suele ser la abuela materna, sin embargo, no tiene que ver con la relación biológica entre las diferentes partes, sino con la mayor participación en tiempos de crisis familiar de parte de las abuelas maternas.

Sin embargo, lo interesante de estos hallazgos es resaltar cómo la gran mayoría de las entrevistadas, así como aquellas que reaccionaron positivamente a las publicaciones descritas, emplean argumentos que aluden a la fisiología de la reproducción al participar de esta disputa y así lograr preponderar su experiencia por sobre la de las abuelas paternas.

Lo anterior se traduce en que, aquellas mujeres que viven la abuelidad en la imbricación de dos maternidades, la propia y la de su hija adolescente, han encontrado en el matrilineaje una de las principales vías para legitimar su experiencia.

3.6. El acompañamiento e identificación de Facebook que no se encuentra en otros espacios: la construcción colectiva de la experiencia de abuelidad

Desde el planteamiento de esta investigación, parto del entendimiento de los grupos de Facebook como mundos sociales en los que se comparte la experiencia de abuelidad. Estos mundos sociales representan entornos socio-virtuales que permiten a las personas relacionarse y generar nuevas formas de ser, de hacer y de sentir (Gil, *et al.*, 2010).

Lo anterior significa que, estos espacios son más que el punto de común encuentro de las participantes, ya que a pesar de que cada una de ellas cuenta con características sociales

y demográficas distintas, este espacio tan particular las congrega ya que les permite construir colectivamente su experiencia. Sin embargo, ¿qué significa esta construcción colectiva?

Para dar respuesta a esta interrogante, comparto que, durante mis primeras aproximaciones al campo, me sorprendió encontrarme con unos grupos de Facebook plagados de información y fotografías muy personales que no sólo mostraban el rostro de las abuelas, sino de los demás integrantes de sus familias, en especial de las nietas y nietos que hacían sentir tan orgullosas y felices a estas mujeres.

Consideraba muy riesgoso que los rostros y, en ocasiones cuerpos³¹ de estas infancias fueran del dominio del grupo, sin embargo, para estas abuelas, incluyendo a todas las que pude entrevistar, no parecía un problema, pues la única que llegó a mencionar algo al respecto fue Luisa, la abuela mexicana de 36 años, quien me compartió que en algún momento llegó a considerar los peligros de este tipo de publicaciones, sin embargo, no le dio mayor importancia y procedió tal como sus compañeras.

A partir de esta marcada diferencia entre mi forma de percibir ciertos peligros en las redes sociales y la percepción de estas participantes, tuve especialmente presente que debía acercarme a los grupos comprendiendo sus procesos de producción, socialización de experiencias, conocimiento y asociación en estas redes sociales (Castells, 1999).

Con este en mente detecté que, uno de los principales motivos que inspiraban confianza en estas abuelas, era saberse en un espacio de pares, gracias a la identificación que tenían al acercarse a los grupos, pues todas las entrevistadas tenían en común el haber encontrado coincidencias en la forma de experimentar la abuelidad y, ante tal identificación, este mundo social había resultado especialmente atractivo para socializar con otras mujeres que compartían las emociones y experiencias que ellas estaban viviendo.

Un ejemplo de esto es Isabel, quien me compartió que, a pesar de que el internet es un lujo en Cuba, dados los altos costos, ella ha hecho esfuerzos por conservar este servicio para, entre otras cosas, poder seguir comunicada con las abuelas del grupo de Facebook,

³¹ Llegué a ver publicaciones donde las abuelas compartían fotos del primer baño que le daban a sus nietos.

encontrando que para ellas es muy importante saber que hay otras mujeres con características similares, tal como la edad, que, aunque no comparten espacio geográfico, están experimentando las mismas emociones al ser abuelas, tal como Raquel lo expresa:

“A mí me encantó ver que sí hay a otras que se sienten como yo, desde que estoy en el grupo me siento acompañada, porque casi ninguna de mis amigas es abuela, entonces ahí en el grupo todas sabemos por lo que estamos pasando”.

(Raquel, 35 años, abuela argentina de un niño de 1 año 4 meses).

Es a partir del testimonio de Raquel que se refleja el menester, no solo de identificarse con otras abuelas, sino de poderse acompañar, apuntando a las necesidades sociales de aceptación y de pertenencia al grupo que, cuando se trata de internet se facilitan al forjar lazos emocionales con personas que no se conocen presencialmente pero con quienes se comparten ideales, por lo que al interactuar en espacios digitales comunes se obtienen un sentido de pertenencia similar al que ocurre en otras modalidades (Balardini, 2000).

El tipo de acompañamiento de estas abuelas comienza a ser específico en la medida en que no es viable en otros espacios disponibles para ellas, ya sea en internet o fuera de él. Participantes como Luisa o Beatriz expresaron que llegar a esos grupos significó encontrar la comprensión de su abuelidad en los mismos términos que los propios y que este era el único espacio en el que podían validar la importancia que ellas daban a sus nietos y nietas:

“Y me dicen mis amigas [del trabajo], algunas si se me quedan viendo como “no seas mamona” (reímos) y yo “neta güey, es súper divertido [tener un nieto], es un pedacito hermoso, pues” ... entonces, como mis amigas no me entendían, pues llegar a ese grupo donde todas se sentían, así como te lo cuento, pues me encantó”.

(Luisa, 36 años, abuela mexicana de un niño de 1 año 3 meses).

Los grupos de Facebook representan espacios en los que ser abuela es algo muy importante para todas, sus experiencias no son ridiculizadas sino, por el contrario, apoyadas y validadas. Por su parte, Beatriz logró compartir sus sentires y halló en las narraciones de las experiencias de sus compañeras, el espacio perfecto para sentirse acompañada:

Tal como Luisa y Beatriz, todas las entrevistadas demostraron que, a partir de su participación en los grupos de Facebook, obtuvieron el soporte social propio de las redes sociales, mismo que en términos de Weiss (1974) incluye apoyo emocional, recursos de

valoración y recursos de tipo informativo, pues se conforman comunidades de aprendizaje al ofrecer y recibir retroalimentación,

Otro punto importante respecto a este acompañamiento tiene que ver con las demás mujeres con las que pueden convivir estas abuelas, por ejemplo, para Laura, la abuela costarricense de 39 años, la pandemia ha representado la pérdida o alejamiento de ciertas amistades con las que pensaba que podía compartir su día a día como abuela. Por tal razón, contar con el grupo de Facebook ha sido un recurso que se ha vuelto más importante en la medida en que la contingencia sanitaria le ha privado de otras interacciones sociales.

En el caso de otras abuelas entrevistadas, se tiene a aquellas que comparten los grupos de Facebook con mujeres que también forman parte de su vida *offline*, como es el caso de Elisa, que llegó al grupo porque una amiga suya la invitó y utilizan este mundo social como un espacio más de los que comparten.

Otro ejemplo es el caso de Dulce quien, según su testimonio, llegó al grupo “por un error de dedo”, pero al entrar se dio cuenta de que muchas de sus amigas estaban en él, así como “su comadre”, la abuela paterna de su nieta, y que, a partir de entonces, entra al grupo todos los días para “ganarle a la comadre en compartirle las imágenes bonitas”.

Estos mundos sociales también tienen como uno de sus principales atractivos el reconocimiento social que de ellos se desprende, por lo que no es de sorprenderse que todas las entrevistadas fueran muy reiterativas en el hecho de que les alegra mucho y les hace sentir muy orgullosas la cantidad de felicitaciones y reacciones que obtienen cuando publican contenido en los grupos. Esta percepción de reconocimiento social puede llegar a representar, según Moral (2009), identificación, empatía, apoyo y aceptación social.

Además de la identificación y el acompañamiento, la construcción colectiva de la experiencia de abuelidad se da gracias al desarrollo de nuevas formas de relación en espacios digitales donde las integrantes pueden proponer, opinar, obtener un sentido de valor, pertenencia, coherencia y consistencia de la propia identidad, ratificando el aprendizaje desprendido de estos grupos con nuevas formas de involucrarse y actuar en las dimensiones prácticas de la vida (Larramendy, 2011).

Esta construcción colectiva de la abuelidad se desarrolla, desde mi perspectiva, por medio de dos procesos: los aprendizajes colectivos y los sentidos compartidos:

Respecto al primer proceso, los aprendizajes colectivos se observaban desde las publicaciones que compartían sentires o saberes que supuestamente debían tener las abuelas, mismos que eran confirmados una y otra vez por medio de comentarios que los reafirmaban y me mostraban que en esta interacción digital iban tejiendo aprendizajes comunes.

Pensamientos tales como: “Ser madre es un orgullo, ser abuela es un privilegio, pero ser ambas es una bendición” o “Las abuelas saben de todo, las abuelas aman, las abuelas cuidan, las abuelas consienten, las abuelas bromean, las abuelas dan besitos, las abuelas abrazan. Amo ser abuela” eran respondidos por las integrantes del grupo con comentarios que reforzaban las creencias enmarcadas por dichas imágenes, tales como “Qué bueno que todas nos sentimos así” o “Así es como las abuelas no tenemos que sentir”.

Desde mi interpretación, estos comentarios no solo expresan aprobación y confirmación, sino que configuran un deber ser que facilita que el contenido exprese solo lo positivo de esta experiencia, pues el mensaje llega a tener una coherencia tal que no permite que alguna quiera opinar de forma distinta u ofrecer resistencia a este ideal de abuelidad.

Esto es apoyado por los planteamientos de Steinkuehler y Williams (2006), quienes explican que los espacios digitales se caracterizan por tener maneras informales de socializar, ser de fácil acceso, producir sentimientos de acogida, calidez y alegría, por lo que tenderán a prevalecer los comportamientos y experiencias valorados positivamente.

Para profundizar en estos aprendizajes colectivos, por medio de las entrevistas comprendí que no son procesos unidireccionales, pues, por un lado, el grupo proporciona a las participantes estos saberes y, también, las abuelas de forma activa buscan respuesta a sus inquietudes y seleccionan la información que hace sentido con sus experiencias.

Como muestra de lo anterior, abuelas como María y Beatriz permiten ver el énfasis de las abuelas cuyos nietos y nietas rondan el primer año de vida, al ser “abuelas primerizas” que se sirven de los saberes de “abuelas con más experiencia” para aprender colectivamente cómo enfrentar los retos de la abuelidad en los años por venir.

Finalmente, en lo que respecta a este apartado, destaco los sentidos compartidos y la forma en que se procesan a nivel individual y pasan a ser parte del repertorio de estas mujeres, por lo que los grupos de Facebook funcionan como un lugar para apropiarse de estos sentidos y transformarlos en referentes de nociones y creencias que las entrevistadas han hecho suyos. Por ejemplo, Sara:

“Te voy a responder con algo que leí: las abuelas no es que seamos alcahuetas, sino que queremos compartir más tiempo con ellos, porque nosotras vamos a envejecer y un día no vamos a estar, entonces queremos compartir más tiempo con ellos.

Eso lo leí en una, casualmente en la página de las Abuelas Jóvenes que ingresé, lo leí ahí, en donde dice que no es que seamos alcahuetas sino es que queremos compartir nuestro tiempo con ellos porque el tiempo de nosotros se va a acortando y el de ellos está empezando, entonces queremos tener más tiempo con ellos”.

(Sara, 38 años, abuela colombiana de una niña de 1 año 3 meses).

Esta apropiación de los aprendizajes colectivos y los sentires compartidos también extiende sus fronteras en línea cuando participantes, como Dulce, comparten fuera de los grupos de Facebook estos contenidos, sirviendo como fuente de interacción con vecinas y amigas, ampliando la socialización que deviene de estos mundos sociales específicos.

Para Weiss (1974), lo anterior es denominado influencia social, pues permite a los miembros de una red social aprender de los comportamientos de los otros miembros, seguir recomendaciones, comparar las propias actitudes con las del grupo y mejorar las percepciones y opiniones frente a temas que se comparten, en este caso, la abuelidad.

A partir de estos procesos de identificación, acompañamiento, aprendizajes colectivos y sentires compartidos, las abuelas entrevistadas emplean Facebook para socializar sus pensamientos, emociones, actividades e interacciones al tiempo que internalizan los elementos que dan sentido a sus experiencias, puesto que estas interacciones se basan en un complejo de técnica, cultura y sociedad que llevan al consumo y la apropiación de todo lo que se genera en estos entornos virtuales (Levy, 2007).

3.7. La abuelidad joven no solo es color de rosa: tensiones y dificultades derivadas de la llegada de las y los nietos

En el apartado anterior, me propuse evidenciar la forma en que, para las abuelas que entrevisté, Facebook es un espacio de identificación, acompañamiento y socialización de la experiencia de abuelidad. Para concluir con este capítulo, en este apartado mi intención es problematizar las construcciones colectivas que han desarrollado en estos espacios digitales

Dado que se trataba de un campo digital, debía partir de los propósitos para los cuales había sido creado, la naturaleza de la plataforma y las motivaciones de sus integrantes llegar y mantenerse participando de ese mundo social, ya que marcarían el curso de todo aquello que observé al emprender mi investigación.

Los grupos de abuelas jóvenes en Facebook eran un espacio que, de entrada, arrojaba la idea que ser abuela es una experiencia casi perfecta, por lo que desde el primer momento sentí mucha curiosidad para comprender qué había debajo de cada una de esas publicaciones.

La inmersión prolongada en el campo y la sistematización de mis observaciones hacía posible la construcción de la imagen y sentidos colectivos de la abuelidad temprana, misma que se componía, principalmente, por dos grandes ejes: la imagen femenina ideal del ser madre y la imagen femenina ideal del ser abuela.

En cuanto a la imagen ideal de maternidad, las participantes referían a sentimientos que se “deben experimentar” al ser madre tales como el orgullo, el amor incondicional y la supremacía de la familia y la descendencia por encima de todo. Lo anterior era expresado por medio de comentarios como: “la familia es el lugar donde la vida comienza y el amor nunca termina” o “el amor de una madre es la fuerza más poderosa del mundo”.

Por otro lado, la imagen ideal de abuelidad se encontraba profundamente evidenciada en las publicaciones, comentarios e interacciones de las participantes que dejaban claro que, para estas mujeres, el ser abuelas era parte fundamental y trascendente de su vida y que se esforzaban por asemejarse en la mayor medida de sus posibilidades a los modelos ideales desde los que entendían la abuelidad.

Ejemplo de estos pensamientos que hacen referencia a los deberes de las abuelas: “Una abuela entiende, perdona, olvida, sufre, llora, te defiende, pero sobre todo... te ama más que a ella misma”. Este tipo de publicaciones se ve reforzado por las reacciones y comentarios que las acompañan, generando un consenso respecto al acuerdo y la evaluación positiva y esperada de estos componentes de la imagen de las abuelas.

Además, diversos contenidos iban delineando la forma característica en la que se espera que una abuela actúe con relación hacia sus nietos y nietas, por ejemplo, en términos de la demostración de afecto y la extrema procuración de cuidados.

Asimismo, las expectativas del deber de las abuelas implicaban la preponderancia del bienestar de las y los nietos por encima del propio, por ejemplo: “cuando los nietos están bien, lo que a una le pase sale sobrando porque ellos son lo único y más importante”.

Finalmente, en estos grupos se observaba una serie de contenidos que denotaban las emociones y sentires de las participantes como producto de la abuelidad. A través de publicaciones de texto, imágenes y comentarios, se expresaban emociones sumamente idealizadas y todas las veces positivas. Algunos de los ejemplos más representativos: “Ser madre es un orgullo, pero ser abuela es un privilegio” o “Ser abuela es en definitiva lo mejor que me ha pasado”.

Todas estas ideas, aludían a la representación ideal, abstracta y generalizadora que encarna la esencia atribuida a la maternidad, el instinto materno, el amor incondicional de las madres y la larga serie de virtudes derivadas de estos elementos, tales como la paciencia, la tolerancia, la capacidad de consuelo, de sanar, de cuidar, atender, escuchar proteger y sacrificarse (Palomar, 2004), esta vez extendidas y aplicadas hacia la abuelidad.

Con esta técnica de investigación únicamente podía alcanzar el objetivo de comprender el ideal colectivo de este grupo de mujeres, mismo que se puede interpretar según los postulados de Goffman (1959) ya que buscan presentar una versión de sí mismas que pretende ser auténtica y verosímil, pero, simultáneamente y sin entrar en contradicción.

Esta puesta en escena recurre a fuertes procesos de idealización que cuentan con la complacencia del auditorio, en este caso, el grupo de Facebook en sí mismo, que no solo

celebra esa idealización, sino que, en muchas ocasiones, la exige. En términos de Laura, era natural, ella lo explica:

“Pues la vida nunca es fácil pero ahí [en el grupo de Facebook] pues compartimos la parte bonita, porque ser abuelas nos hace muy felices a pesar de las dificultades y es lo que nos gusta compartir, los mensajes bonitos en el grupo”.

(Laura, 39 años, abuela costarricense de una niña de 10 meses).

Por lo tanto, para profundizar en la complejidad de esta experiencia, opté por las entrevistas semiestructuradas para acceder a la experiencia individual, hipotetizando que había una serie de tensiones o dificultades derivadas de convertirse en abuela de forma temprana que podrían salir a la luz si estas mujeres tenían un espacio para compartirlas.

Este supuesto resultó acertado, me fue posible identificar una larga lista de vivencias que referían a distintas problemáticas comunes a las que se enfrentan las mujeres menores de 40 años cuando se convierten en abuelas por motivo la maternidad no planificada de sus hijas adolescentes. A continuación, comparto las más interesantes y recurrentes:

La primera es producto de un juego de poder³² que se expone en términos del malestar y descontento que se genera en las abuelas cuando hay discrepancias en las decisiones y forma de educar a las y los nietos. En palabras de Raquel, lo anterior se describía:

“Yo me enoja porque mi hija no lo cuida, porque está haciendo cosas, ella es muy joven y sus momentos como decís “se golpeó y no lo cuidaste, porque estabas en otra cosa”, a veces es como egoísta lo que pienso, pero pienso que, si yo no estoy al lado de él [su nieto], nadie lo va a cuidar como yo”.

(Raquel, 35 años, abuela argentina de un niño de 1 año 4 meses).

En este sentido, las abuelas se autoproclaman como las únicas o las más competentes para el cuidado de la descendencia directa y de las y los nietos y puede entenderse ya que las abuelas intentan compensar la falta de habilidades y atributos de las adolescentes como madres, por lo que suelen adoptar roles maternos sustitutos (Dallas, 2004).

³² Este juego de poder entre madres adultas y madres adolescentes se aborda con mayor profundidad en el siguiente capítulo de la tesis.

Sin embargo, este hallazgo tan recurrente en las entrevistas también se puede interpretar al considerar que la esfera privada puede ser el único espacio de reconocimiento y éxito para estas abuelas, por lo que pueden sentirse incómodas compartiendo ese reconocimiento con otras personas (Arciniega, *et al.* 2020) en este caso con sus hijas.

Esto también ocurre cuando se trata de la disciplina, los regaños y los castigos de madres y padres adolescentes hacia las y los menores, situaciones que llevan a las abuelas a querer amortiguar las reprimendas y, en caso de no poder hacerlo, sentirse muy mal. Tal como me explicó Julia, la abuela mexicana de 35 años, quien mencionaba que le dolía que regañaran a su nieta, pero trataba de entender y aguantar por el bien de la niña.

Esta ambigüedad de sentimientos se explica por la lógica detrás de la crianza de las y los nietos como un asunto que se piensa responsabilidad directa de las y los progenitores, misma que se cruza con la experiencia emocional y afectiva de la doble vinculación que se produce con las hijas, pero especialmente con las y los nietos (Castro, 2007).

En la medida en que se profundiza en la experiencia, la abuelidad también puede ser motivo de cansancio o molestia por diferentes razones. Como muestra de esto, Luisa comparte:

“Cuidar al nieto si es súper cansado, o sea, yo no soy su mamá... me ha estado pesando, pero dije no, pues no porque sea, o sea si lo adoro y todo... pero sí es muy cansado escuchar un bebé todo el tiempo, pues “ay güey” (reímos), si cansa mucho”.

(Luisa, 36 años, abuela mexicana de un niño de 1 año 3 meses).

Cuando la abuelidad es originada por una maternidad adolescente, supone que las abuelas adquieran una serie de responsabilidades y tareas mucho mayor a lo que ocurre si se trata de una maternidad adulta, como ocurre con María, quien ha tenido que aumentar la cantidad de tareas de crianza:

“Ahora tengo que cocinar más rápido, ahora ya hay que hacer todo lo que necesita el niño, la habitación se hizo un poco más pequeña, si se ha cambiado bastante, si le doy la mano a mi hija bastante, la verdad es que ya me canso en la noche cuando ella está estudiando y yo no puedo por la bebé entonces, sí se cambia bastante otra vida que llegue otra persona que llegue a nuestras vidas pues cambia todo.

Creo que me envejecí más porque he pasado malas noches, sobre todo antes cuando era más chica incluso era pelearme con mi marido para ver quién se levantaba a atender a la bebé porque mi hija no se despertaba, hasta que un día le dije “no, lo siento mucho, no me voy a seguir levantando, la bebé no es mía”, ella tenía que coger su responsabilidad, yo ya le dije que es lo que tiene que hacer, yo ya le dije que es lo que debe de hacer, le dije y ya entonces, ya le dije que ella ya tiene que aprender”.

(María, 36 años, abuela ecuatoriana de una niña de 1 año 4 meses).

Correspondiendo a estos resultados, la investigación de Marín y Palacio (2015) también señala una sobrecarga de trabajo o una sensación de volver a empezar con las tareas de crianza e implica un costo afectivo y emocional que es muy complejo, ya que se producen giros y movimientos abruptos en las rutinas y rituales cotidianos al tener que asumir obligaciones no contempladas que demandan más esfuerzo.

De forma un tanto sorprendente, la llegada de nuevos integrantes a las familias no representó un grave problema económico para muchas de las entrevistadas. Por ejemplo, casos como el de Laura, quien tiene un trabajo precarizado como empleada doméstica o María, quien perdió su empleo en una zapatería por los recortes y cierres que se han producido por la pandemia, no reportaron un incremento en las dificultades económicas por la llegada de las y los bebés.

Quizá un factor que explica que la llegada de las y los nietos a la familia no produzca dificultades económicas en estas familias sea un rasgo compartido en algunos países latinoamericanos de los que provienen las entrevistadas y que consiste en que en ciertos contextos marcados por la adversidad o la precariedad favorezcan dinámicas familiares que se constituyen como importantes redes de solidaridad y propician la cooperación, la primacía de los intereses del grupo por encima de los intereses individuales y la reciprocidad entre generaciones como estrategias de sobrevivencia (Rojas, 2006).

A diferencia del resto, en el caso de Isabel, en el que la situación económica no es favorable y la abuela es la única fuente de ingresos, el dinero fue un tema de preocupación y una de las tensiones más frecuentes desde que se enteró de que su hija iba a ser mamá, pues sentía mucho miedo de no ser capaz de sacar adelante a su hija y mantener a la familia cuando llegara el nuevo integrante.

Un año y medio después del nacimiento de su nieto, ella se siente satisfecha y orgullosa de lo que ha logrado hasta ahora y aunque el dinero sigue siendo un tema importante, ella ya se ha demostrado que es capaz de otorgarle a su hija la oportunidad de seguir estudiando sin la necesidad de trabajar remuneradamente para mantener a su hijo.

A pesar de la resignificación de Isabel, no se puede dejar de lado la multiplicación de necesidades económicas que se pueden enfrentar a raíz del nacimiento de las y los nietos, así como la vulnerabilidad que supone la crianza en términos de capacidades, tiempos y energía que conducen a condiciones extenuantes e injustas cuando a las mujeres, quienes cargan con prácticamente todo el peso del ejercicio de la maternidad, se les suma ser las únicas proveedoras económicas, representando dobles o triples jornadas de trabajo (Palomar, 2004).

Por otra parte, la literatura (por ejemplo, Hernández, 2005) sugería que la dimensión laboral que podían verse afectadas por estas infancias, pero en el caso de las abuelas que pude entrevistar, esta área no fue reportada con afectaciones: ninguna de ellas tuvo que renunciar o reducir sus jornadas laborales o percibir menores ingresos derivado convertirse en abuelas.

Una de las tensiones que sí fue muy recurrente fue el temor de las abuelas por una situación potencial: que las madres adolescentes alcancen la independencia económica para poder vivir fuera de la casa de la abuela materna. Esta posibilidad llega a ser tan amenazante que produce que abuelas como Dulce, mexicana de 40 años, realicen esfuerzos constantes por hacerse a la idea de que esto puede suceder, con el objetivo de protegerse del impacto que sería no tener tan cerca a su nieto:

El temor de “perder” a las y los nietos debido a que la madre adolescente en algún momento cambie de residencia tiene estrecha relación con el fenómeno del “nido vacío” que según Sotillo (2000) debe ser entendido como un estilo de afrontamiento desadaptativo caracterizado por sentimientos de tristeza y pérdida que se genera cuando se da la transición de la descendencia hacia la independencia, produciendo en las y los progenitores angustia, depresión y estrés debido a la pérdida de varios componentes en el rol de madres y padres, por lo que dicha transición es vista como un cambio perjudicial en el bienestar físico, social y psicológico de madres y padres, en este caso, aplicable también a las abuelas.

Discrepando de esta postura, la única abuela que mostró interés en que su hija se fuera a vivir con su familia de forma independiente fue Elisa. Como ya se mencionó, esta abuela se encuentra en un segundo matrimonio en donde comparte una hija en común con su actual esposo; sin embargo, su hija adolescente es de su relación anterior, ella me compartió:

“Yo prefiero que se vayan a vivir aparte porque yo también viví con mi suegra y siempre van a haber diferencias, de pronto yo veo que algo no me guste o a él [yerno] algo que no le guste de mí, entonces yo prefiero conservar una bonita relación con él, por mi hija y por mi nieto, y que ellos críen a su hijo como consideren; que resuelvan sus dificultades ellos, que aprendan a tener sus responsabilidades. Por ese lado, mejor que vivan solos con el bebé y yo les ayudo en todo lo que necesiten”.

(Elisa, 35 años, abuela colombiana de un niño de 11 meses).

Al análisis del caso de Elisa se debe sumar que es una de las dos participantes que sí tiene pareja al igual que su hija adolescente. Desde mi interpretación de sus palabras, considero que esta condición de la presencia de ambos varones es el facilitador para que ella considere esta alternativa.

Parece que la presencia masculina de su pareja hace que el yerno resulte especialmente incómodo y, a la vez, su presencia haga que sea más fácil que considerar la independencia de su hija y de su nieto al tener un núcleo familiar biparental.

Continuando con otras dificultades propias de las abuelas jóvenes, se encuentran preocupaciones que se comparten con la experiencia de maternidad, tales como temores respecto a la salud de las y los menores y, por el contrario, dificultades derivadas exclusivamente de la abuelidad y del momento de la vida en que este rol se asume.

Como ejemplo de este último punto se comparten aquellos planes y proyectos que se tenían previstos para esta etapa en la que la propia descendencia ya había crecido, dando a las participantes la oportunidad de retomar estas ambiciones pero que se vuelven a ver interrumpidas por la llegada de las y los nietos. Tal es la situación de María:

“Yo lo que quería, lo que siempre he querido es viajar, viajar con mi esposo, aprovechar que ahorita ellos [la propia descendencia] ya están más grandes, porque no he hecho nada de eso, pero ahora tendré que esperar a que crezca [su nieta] para cumplir ese otro sueño porque no me quiero perder ningún momento de mi chiquita”.

(María, 36 años, abuela ecuatoriana de una niña de 1 año 4 meses).

Esta interrupción, desplazamiento o no realización de los proyectos personales o familiares definidos en torno a obligaciones de crianza y cuidado que se adquieren con la llegada de nietas y nietos pueden llegar a causar hartazgo y nostalgia y llevar a algunas abuelas a cuidar a estas infancias con ambivalencia, pues a la vez que se sienten el deber de criarles y apoyar a su descendencia, experimentan agotamiento y cansancio (Cardona, 2009).

Para finalizar con las tensiones y dificultades propias de estas mujeres y su experiencia de abuelidad, la temática de los posibles sentimientos de envejecimiento tras la llegada de las y los nietos.

Para abuelas como Elisa y María, además de los sentimientos de envejecimiento, esta experiencia implicó una evaluación de su personalidad a raíz de convertirse en abuelas, pues, aunque “conservan su espíritu juvenil, a partir de ser abuelas se sintieron mayores, más responsables y maduras”. Por el contrario, abuelas como Laura y Luisa se definen como “desapegadas de la edad”, “orgullosas de portar el título de abuelas, sin importar la edad”, incluso Laura comparte que no se siente tan joven por ser abuela, ya que conoce mujeres de 30 años que se han convertido en abuelas, mientras que ella ya tiene 39 años, es decir, desde su perspectiva ni siquiera es tan joven para ser abuela y de cualquier manera envejecer no es algo que le preocupe.

A partir de las entrevistas semiestructuradas realizadas para esta investigación fue posible complejizar aquellas construcciones colectivas que observé inicialmente en los grupos de Facebook, entendiendo que la abuelidad temprana es una experiencia matizada por claroscuros que abarcan una serie de tensiones y dificultades que van de lo más personal y cotidiano, como el cansancio que experimentan por los cuidados que requieren las y los nietos, hasta aquellos temores potenciales de lo que puede ocurrir, como que las hijas se independicen y alejen a los y las bebés de sus abuelas.

Capítulo 4 “La abuelidad como experiencia relacional”

El último capítulo de la tesis tiene por objetivo comprender y analizar a la abuelidad temprana a partir de los sentires e implicaciones que las participantes han expresado con relación a las y los actores sociales con quienes comparten dicha experiencia.

Dado que la abuelidad se construye a partir de un evento determinado por las acciones de las hijas adolescentes, quienes se convirtieron en madres al tiempo que convirtieron a las participantes en abuelas, se trata de una experiencia relacional que se analiza partiendo de los significados que estas mujeres otorgan a sus hijas y a las modificaciones que ha presentado su relación con ellas a partir del embarazo adolescente (apartado 4.1).

Posteriormente, se abordan aquellas significaciones que involucran directamente a las y los nietos en el establecimiento de su rol y relación como abuelas (apartado 4.2), pues son estas infancias quienes han revolucionado la vida de las participantes.

Este capítulo también busca comprender la forma en que las abuelas jóvenes interpretan su experiencia en el día a día en función de la participación de los diferentes varones involucrados en la maternidad de sus hijas adolescentes (apartado 4.3), así como los cambios y permanencias percibidas en la organización familiar (apartado 4.4).

4.1. Las hijas adolescentes: las nuevas madres

Desde su planteamiento, he posicionado este trabajo lejos del paradigma que concibe al embarazo adolescente como un problema social homogéneo de implicaciones negativas (Rojas, *et al.*, 2016), para dar paso a su investigación como un objeto de estudio problematizado en todos sus matices.

Lo anterior implica tomar distancia de las atribuciones deterministas de causas y consecuencias del embarazo adolescente, sin negar las regularidades y problemáticas que se pueden suscitar a raíz de este fenómeno (Llanes, 2012), pero buscando una comprensión profunda y problematizada que abordo a partir de los testimonios donde las abuelas jóvenes analizan en retrospectiva la forma en que han vivido esta experiencia desde la noticia del embarazo adolescente y las resignificaciones que ocurrieron en las abuelas cuando sus hijas se convirtieron en madres.

4.1.1. Los métodos anticonceptivos y el aborto. ¿Temas “propios” en la adolescencia?

Se podría suponer que, al hablar de embarazo adolescente, el tema de los anticonceptivos y el control de la natalidad fue obsoleto. Dentro de algunos de los supuestos con los que partí al realizar mi trabajo de campo, se encontraban el pensar que las hijas adolescentes habían iniciado su vida sexual ocultándolo de sus madres y que, probablemente, en estas familias el tema de la sexualidad era tabú, estaba prohibido o no se había tocado previo al embarazo.

Sin embargo, estos supuestos resultaron falsos, pues los datos obtenidos por medio de las entrevistas me permitieron entender que, para estas abuelas, los métodos anticonceptivos no solo fueron un tema “propio” que trataron con sus hijas, sino que ellas estaban enteradas y, en muchos casos, aprobaban que sus hijas hubieran iniciado su vida sexual y emplearan dichos métodos.

Tal como Sara, la abuela colombiana de 38 años, quien me compartió que su hija contaba con un método de planificación sobre el cual no tenía control adecuado, pues se dieron cuenta del embarazo a los cinco meses. Por su parte, Raquel también me comentó:

“Ella [su hija] tenía un aparato en el brazo para no quedar embarazada, pero él [el novio] le pintó una historia, un mundo que nada que ver y se lo hizo sacar, la idea era que terminara la escuela, se pudiera recibir y todo, y se hizo sacar ese chip y nosotros no sabíamos, con el tiempo nos enteramos de que ya se lo había sacado y que por eso había quedado embarazada”.

(Raquel, argentina, 35 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de un niño de 1 año 4 meses).

Raquel era consciente y apoyaba que su hija adolescente contara con el método del implante subdérmico previo a su noviazgo, sin embargo, la violencia sexual ejercida por su exnovio llevó a que la hija se retirara el implante, teniendo como consecuencia el embarazo.

En contraste los hallazgos derivados de mis entrevistas, la evidencia empírica señala que las maternidades en población adolescente -mismas que ocurren con mayor frecuencia en estratos sociales empobrecidos, con escasos niveles de escolaridad y precarias oportunidades de empleo- también ocurren dentro de familias muy tradicionales respecto a la sexualidad, la vida en pareja y la reproducción, por lo que es frecuente que las jóvenes

procreen a sus primeros hijos o hijas de manera muy próxima a su iniciación sexual, durante la adolescencia y sin haber empleado métodos anticonceptivos (Menkes & Suárez, 2003).

Sin embargo, dados los resultados de esta investigación caben las preguntas, ¿qué pasa cuando los métodos anticonceptivos, a pesar de ser una opción, fallan, o son retirados? ¿el aborto es un tema “propio” cuando se trata de adolescentes? Estas respuestas, no fueron tan claras, pues las opiniones fueron heterogéneas.

La primera pauta para entender la relación y el paso entre el uso de métodos anticonceptivos a la interrupción del embarazo es proporcionada por Luisa, quien compartió que ella sabía que su hija ya había iniciado su vida sexual, pues la menor le había pedido ayuda para conseguir anticonceptivos, sin embargo, Luisa, la abuela mexicana de 35 años, quien se limitó a darle dinero a su hija.

Lo anterior llevó a que la adolescente encontrara muy difícil el acceso a estos métodos pues, al lucir tan joven, le fueron negados los servicios y productos de control natal, por lo que, en retrospectiva, Luisa considera que se equivocó y que debió actuar de manera distinta para evitar el embarazo y, una vez que este había ocurrido, la mejor opción para su hija era recurrir a un aborto, pero, a pesar de intentar convencerla, las presiones de los entonces novio y suegra la disuadieron para que continuara con su embarazo.

Tanto el caso de Raquel como el de Luisa, son muestras de que incluso cuando las madres de las adolescentes están enteradas de la vida sexual de sus hijas y apoyan el uso de anticonceptivos o el aborto, la influencia de las parejas y otros actores sociales puede tener mayor influencia en el curso y término de dichos embarazos.

Sin embargo, las opiniones de la interrupción del embarazo como alternativa o prohibición cuando se trata de adolescentes no fueron unánimes, hubo casos en los que las abuelas no estaban seguras de su opinión al respecto y se mostraron ambivalentes ante esta alternativa, como María, la abuela ecuatoriana de 35 años, llegó a considerar junto con su esposo el aborto para su hija, pero al reflexionarlo, descartaron esa opción.

También se encuentran participantes como Isabel, quien no tenía una postura clara, pero le planteó la posibilidad a su hija y permitió que ella decidiera:

“Cuando me lo contó le dije: “¿Qué tú vas a hacer? ¿Vas a interrumpir el embarazo o vas a dejártelo?”. Y me dijo: “Nunca mataría a un hijo mío, mamá, yo lo voy a tener, aunque no lo quiera el papá, ni tú, ni nadie”. “Espera, yo no he dicho que no lo quiera, yo te pregunté tu opinión. ¿Los vas a tener? ¿Es sí? Yo te voy a apoyar”.

(Isabel, cubana de 36 años, madre de una adolescente de 18 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

Por último, hubo casos como el de Raquel, quienes se posicionaron en contra del aborto de manera rotunda, negando cualquier posibilidad a que ellas o sus hijas consideraran esta alternativa, basándose en sus creencias.

Sin embargo, en su testimonio inicial, Raquel no tenía problemas en que su hija hubiera iniciado su vida sexual con múltiples parejas o que empleara anticonceptivos para prevenir el embarazo, por lo que nos da una pauta para comprender cómo las nociones tradicionales han ido evolucionando y modificando la permisibilidad entorno a la sexualidad, aunque para el caso de esta participante no alcanza para apoyar el aborto.

Preciso que, me resulto sorprendente el hecho de que ninguna participante refiriera al estatus legal del aborto en sus países como una dificultad o facilidad para considerar llevarlo a cabo y, dado que ningún caso se concretó algún intento por llevar a cabo este procedimiento, no tuve la oportunidad de profundizar más en este sentido.

4.1.2. La ¿dulce? espera. Sentimientos de las abuelas al recibir la noticia y durante el embarazo adolescente

Contrario a toda la idealización que se observa en los grupos de Facebook, la abuelidad implica una experiencia emocional compleja y matizada cuando se trata de recordarla al momento de enterarse de la noticia del embarazo adolescente.

Los sentimientos que acompañaron a las participantes durante el embarazo de sus hijas fueron difíciles de afrontar, aunque para unas más que para otras. Abuelas como Isabel mencionaron que la preocupación, decepción y tristeza fueron las primeras emociones:

“Cuando me enteré yo estaba muy triste y decepcionada y me sentía asustada porque pensé que, como decimos aquí en Cuba, esa barriga iba a ser mía, yo iba a ser madre y padre por tercera vez, porque me ha tocado con mis dos hijos ser madre y padre”.

(Isabel, cubana de 36 años, madre de una adolescente de 18 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

Por su parte, María da cuenta de otro elemento en común muy importante: el cambio que sufre la experiencia emocional de cuando las hijas se encuentran gestando a cuando el nieto o la nieta ya nacieron, pues la presencia de los recién nacidos resignifica la vivencia:

“Bueno, primero fue difícil porque mi hija pues estaba en el colegio y salió ahí con lo del embarazo y pues para mí fue bastante preocupante... Antes de que la viera afuera [a su nieta] no tenía ese sentimiento que tengo ahora, claro, es que tú lo ves en la barriga y entonces, no es lo mismo, estás con ira te da mucha rabia y te preguntas “pero ¿por qué?”, sí nos dio mucha ira, pero ya cuando llegó la bebé, todo fue diferente, todo cambió por completo”.

(María, ecuatoriana, 36 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 4 meses).

Tal como este hallazgo, el trabajo de Rodríguez (2016) señala que, posterior a las reacciones de sorpresa, enfado, decepción, incertidumbre y culpa, comúnmente se da un proceso de asimilación de la noticia en el que fluctúa la experiencia emocional antes descrita pero que, tras el nacimiento de las y los nietos, suele resignificarse abruptamente y de forma muy positiva, pues la presencia de las y los bebés suele nublar los temores y exaltar la felicidad, la ternura y el entusiasmo inicial de conocer a los nuevos integrantes de la familia.

A diferencia de las participantes antes descritas, para algunas otras fue más llevadera la noticia. Específicamente, Raquel y Sara consideraron desde el primer momento que las y los bebés que venían en camino eran sorpresas agradables, involucrándose desde el primer día en las revisiones médicas de sus hijas y la compra de productos para bebés recién nacidos.

Esta diferencia con respecto a las abuelas que vieron el embarazo adolescente como una dificultad en términos de la edad y las posibilidades de sus hijas puede explicarse para Sara o Raquel en correspondencia al análisis del apartado 3.1, donde mencionaba que, para estas mujeres, la suma de un integrante más a su familia les otorga nuevamente un espacio de poder dentro al renovar sus roles maternos empleando su experiencia previa como madres (Arciniega, *et al.*, 2020), entendiendo por qué recibieron con ilusión esta noticia.

4.1.3. Expectativas rotas y culpa: el embarazo adolescente como una responsabilidad compartida entre abuelas e hijas

Otro aspecto importante para comprender la abuelidad como una experiencia relacional tiene que ver con la responsabilidad compartida del embarazo adolescente, pues la gran mayoría de participantes sintieron culpa por no haber podido prevenir esta situación y, por el contrario, con sus acciones u omisiones haber contribuido a que sus hijas se convirtieran en madres de forma prematura.

En correspondencia con otros estudios previos realizados también en población latinoamericana (por ejemplo, Rodríguez, 2016) se señalan las referencias constantes de las abuelas, que expresan que el embarazo en estos casos es una responsabilidad compartida puesto que sus hijas, al ser menores, se encontraban bajo su cuidado.

Casos como el de Sara o Luisa lo permiten observar claramente: ambas participantes consideran que pudieron haber hecho más para evitar ese embarazo y permitir que sus hijas continuaran con sus planes anteriores, pues, según lo que las dos abuelas me compartieron, se trataba de adolescentes que tenían metas escolares y profesionales muy definidas y se vieron interrumpidas o truncadas por el embarazo y la maternidad, razón por la cual se consideran igualmente responsables y culpables al no haber podido evitar dichos sucesos.

Las expectativas rotas por el embarazo adolescente que más destacaron, al ser recurrentes en los testimonios de las abuelas, fueron relativas a la posibilidad de estudiar en niveles superiores, de disfrutar de manera más plena de la juventud, las posibilidades de salir con amistades, disfrutar del tiempo libre y otras actividades ideales para las adolescentes libres de responsabilidades maternas. Tomo como ejemplo la experiencia de Isabel:

“Mi niña estaba estudiando lo que se llama aquí, en Cuba, preuniversitario, estaba estudiando en una escuela, vamos a llamarlo así, de niños talento, no es común, es un pre donde los niños tienen un coeficiente de inteligencia alto y te preparan con más fuerza porque son niños que tienen más capacidad para la universidad.

¿Qué pasa? Ahí ella se enamora de un compañero y tuvieron una relación escondida y por andar centrando todo en el novio, pues descuidó la escuela, entonces fue cuando vino el bebé y yo me puse triste de pensar que ya no iba a poder ser tan buena estudiante o que se le iba a poner más difícil todo lo que esperaba de mi niña genio ahora que iba a ser mamá”.

(Isabel, cubana de 36 años, madre de una adolescente de 18 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

A pesar de las dificultades que han surgido o las metas que se han aplazado como consecuencia del embarazo adolescente, todas las participantes me compartieron que ellas están haciendo todo lo que está en sus manos para apoyar a sus hijas a continuar con sus estudios o desarrollarse laboralmente en las mejores condiciones.

En esta línea, investigaciones previas han atribuido al embarazo adolescente la reproducción de la pobreza, pues se considera que limita las posibilidades de que las mujeres obtengan mayor escolarización, lo que a su vez dificulta que puedan obtener un empleo calificado y bien remunerado (Welti, 2000), pero en este caso, ninguna de las adolescentes que estuviera estudiando previo a su embarazo ha tenido que abandonar la escuela, ya que han encontrado los mecanismos para poder continuar con sus estudios.

Lo anterior, entre otros factores, al énfasis unánime que demostraron las abuelas por impulsar el desarrollo de sus hijas para que puedan alcanzar su máximo potencial escolar. Asimismo, hicieron hincapié en que esta experiencia no va a determinar el futuro y bienestar de sus familias, sirviéndose de su propia experiencia cuando enfrentaron la maternidad de forma temprana, tal como se explica en el siguiente subapartado.

4.1.4. La empatía como detonante de apoyo y comprensión

Un elemento imprescindible para el análisis de la experiencia de abuelidad de estas mujeres tiene que ver con la identificación que tienen con sus hijas debido a que ellas también se convirtieron en madres en la adolescencia o al término de su adolescencia tardía.

Esta comprensión de la situación de sus hijas funge como móvil de recursos afectivos, económicos, sociales, entre otros, para evitar las dificultades que ellas vivieron en el pasado y procurar el futuro y bienestar de sus hijas. Especialmente, y como se comentó en el subapartado anterior, para que puedan continuar sus estudios y su transición a la adultez no sea tan dura y abrupta.

La evidencia empírica que apoya esta afirmación se encuentra a través de las diversas técnicas de investigación, desde las publicaciones de Facebook que apuntaban a la

comprensión que se da entre las diversas generaciones de madres al compartir esta experiencia, hasta los testimonios de todas las entrevistadas que hacían énfasis en la empatía como el detonante de apoyo y comprensión hacia sus hijas de formas variadas.

Por citar algunos ejemplos, Julia, la abuela mexicana de 35 años, demostró que para ella ha sido especialmente importante poder reafirmar la comprensión que tiene por su hija al compartir en diálogo con ella lo que ambas han sentido como madres jóvenes.

De igual importancia resulta la experiencia de Isabel, quien por medio de sus palabras expresa las dificultades que tuvo como mamá joven al tener que aprender por su cuenta la manera de criar a su descendencia ante condiciones de vida muy precarias por la situación de su país, cuestiones que la han motivado para ayudar a que su hija no tenga que enfrentar las mismas dificultades y tanto ella como su nieto tengan bienestar y calidad de vida:

“Sí, creo que mi experiencia como madre joven la pudo ayudar y pude entenderla mejor. Yo nunca quise que ella pasara por lo mismo que yo, yo nunca quise que ella tuviera que hacer cosas a escondidas, ahorita te contaba que cuando se hizo novia de ese muchacho la primera persona que lo supo fui yo, porque yo quería ser siempre su amiga, que todo me lo confiara, poder ayudarla, poderle dar un consejo, poder transmitirle a mi hija mi experiencia, como persona, como madre, como todo”.

(Isabel, cubana de 36 años, se convirtió en madre a los 17 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

La situación de Raquel, abuela argentina de 35 años y que se convirtió en madre a los 17, fue muy similar a la de Isabel, pero, además, permite comprender que esta abuela significa la violencia física y psicológica y la falta de apoyo de parte de sus progenitores cuando ella se convirtió en madre adolescente como la fuente de inspiración para apoyar a su hija, ahora que ella está pasando por lo mismo.

En correspondencia con estos testimonios, la evidencia empírica previa sugiere que, cuanto mayores son los niveles de apoyo que brindan las abuelas a sus hijas, mejores son sus niveles de autoeficacia y, por consiguiente, se predicen mejores resultados en cuanto a la competencia social de las y los nietos (Zeiders, *et al.*, 2015), por esta razón, conocer que las abuelas que han pasado por este tipo de maternidades tienen la intención de acompañar a sus hijas de manera más constructiva permite vislumbrar posibilidades en las que las

maternidades adolescentes no tenga las mismas consecuencias negativas con las que se le ha asociado en el pasado.

4.1.5. Maternidad adulta vs maternidad adolescente: juegos de poder entre generaciones

A continuación, doy paso al análisis de las negociaciones, confrontaciones, desacuerdos y diferencias que ocurren cuando la autoridad de las dos maternidades, la adolescente y la adulta, son confrontadas a partir de la crianza, educación y cuidado de las y los nietos.

Con base en estas, es posible identificar e ir entendiendo las formas en que se juega el poder cuando las adolescentes no pueden decidir por completo sobre su descendencia debido a las condiciones del momento de la vida en que asumen este rol, pues todas ellas compartían la condición de cohabitar en la misma casa que las abuelas, depender económicamente de ellas y estar bajo la autoridad de la maternidad que las precede.

En palabras de Álvarez y colaboradores (2014), el punto de vista social, cultural y psicológico da cuenta de que el proceso de adquisición del rol de madre se ve afectado por los conflictos particulares de las mujeres, dentro los que más destaca la forma en que las abuelas actúan en casos de maternidad adolescente, pues suelen tratar de compensar la supuesta y posible falta de habilidades de las adolescentes, por lo que terminan haciéndose cargo de muchos aspectos de la crianza y educación de las y los nietos, adoptando roles maternos sustitutos y, muchas veces, pasando por alto la voluntad y opiniones de sus hijas.

A pesar de esto y de las condiciones compartidas, las abuelas entrevistadas reportaron diversos niveles de autoridad y poder de decisión sobre las y los nietos y permitieron, en diferentes medidas, que las hijas puedan desarrollar una maternidad independiente.

Asimismo, emplearon diferentes razonamientos por medio de los cuales justificaron su proceder y/o trataron de mediar la forma de relacionarse y respetar la autoridad de sus hijas a pesar de su dependencia.

Un primer grupo de abuelas se mostró más respetuoso con relación a las decisiones de sus hijas. Abuelas como Julia, la abuela mexicana de 35 años, quien procura evaluar su

desempeño como abuela para identificar si está rebasando los límites que le corresponden o si por medio de sus acciones puede estar faltando a la autoridad de su hija.

En correspondencia, estudios como el de Álvarez y colaboradores (2014) describen que es común que las abuelas sientan desconfianza en la capacidad y habilidades de las adolescentes para ejercer el rol materno responsablemente pero, con el paso de las primeras semanas, suelen mostrarse sorprendidas con la ejecución de sus hijas en tareas tales como cambiar pañales, bañar a estas infancias, preparar biberones, entre otras, aunque conservando los pensamientos que refieren a que la juventud dificulta las obligaciones de la crianza.

Dulce es otra de las abuelas que muestra cautela en la forma de intervenir en la educación de su nieto, sin embargo, en este caso el móvil para no ejercer su autoridad es la presencia del yerno en su familia, pues es a partir de la figura de este varón que para ella queda claro que su autoridad con respecto al nieto está limitada:

“La responsabilidad de criar a mi nieta es de mi hija y de mi yerno, entonces ya no recae así todo en mí, ya no es como que tanto el compromiso mío de educarla... siento que no debo de cruzar esa línea delgadita de hasta dónde poder opinar o hasta dónde poder ayudar o intervenir... pero cuando algo llega a pasar y no está mi yerno siento que, si me puedo meter un poquito más a poderle sugerir a mi hija cómo hacer las cosas, pero si trato de respetar que es su hija y que ellos toman las decisiones”.

(Dulce, mexicana de 40 años, divorciada, madre de una adolescente de 19 años, abuela de un niño de 11 meses, trabaja como personal administrativo).

Para Dulce, la presencia de un hombre genera que ella respete las decisiones de su hija, aunque ambos son adolescentes, pero es el varón quien valida que ellos son los papás. Es decir, parece que la autoridad de las adolescentes que no tienen pareja es más vulnerable.

Luisa, la abuela mexicana de 36 años ha aprendido a respetar las decisiones de su hija en la medida en que ella impone con seguridad las pautas para educar a su hijo, confrontando a su madre cuando las quiere transgredir. El monitoreo que realiza Luisa respecto a estas discrepancias la ha hecho comprender que ofrecer resistencia ante las decisiones de su hija podría ser contraproducente para el menor, pues la ambivalencia de este juego de poder podría llevarlo a la inestabilidad y descontrol frente a ambas figuras maternas.

En este sentido, Mercer (2004) señala que, la adquisición formal del rol de madre que implica ser consciente de la responsabilidad sobre la descendencia podría facilitar en adolescentes como la hija de Luisa que acepten el apoyo de sus madres al criar a su descendencia, pues tienen claro que este apoyo es un pilar para su bienestar, pero, a pesar de eso, su opinión no quede relegada en segundo lugar.

Sin embargo, esta abuela, al igual que la gran mayoría, emplean mecanismos de ocultar o encubrir ciertas acciones a las hijas para romper sus reglas cuando consideran que son muy estrictas y para poder consentir a las y los nietos desde el criterio propio.

Laura, la abuela costarricense de 39 años, justificaba este proceder, pues, aunque en su discurso se hacía pasar como muy respetuosa de las reglas de su hija, al compartirme sus prácticas, dejaba en evidencia que empleaba estos mecanismos como una manera en la que fluctúa la autoridad sin tanta confrontación.

A diferencia de las abuelas que intentan respetar en alguna medida el ejercicio maternal de sus hijas, existe otro grupo de abuelas que no muestran interés en ceder el poder y el control de la crianza de los y las nietas. Participantes como Beatriz o Raquel respaldan en su rol como abuelas el derecho de “malcriar y consentir” a estas infancias a pesar del disgusto y desacuerdo de sus hijas.

Estas abuelas preponderan sus deseos e invalida las opiniones y criterios de sus hijas, justificando este proceder en la edad tan tierna de nietas y nietos o por el hecho de viven en su casa, lo cual les da el derecho a tomar este tipo de decisiones en el día a día, demostrando una forma muy autoritaria de ejercer el poder y la autoridad por encima de sus hijas.

Sin importar si las abuelas emplean o no técnicas de encubrimiento, tarde o temprano los conflictos regresan en tanto las abuelas jóvenes no se alinean a las normas y límites que las madres adolescentes establecen con sus propias hijas e hijos, pues a pesar de la dependencia económica que tienen hacia sus progenitoras, esta no logra borrar por completo el rol de madre de sus hijas ante la familia, el resto de la sociedad y los propios hijos e hijas en la medida en que van creciendo (Reveco, *et al.*, 2019).

Otro de los elementos para analizar este juego de poder tiene que ver con el papel de mediación e intercesión, que desde las publicaciones de ambos grupos de Facebook eran comunes por medio de comentarios como: “Mis nietos solo quieren contestar a los regaños de su mamá en mi presencia, porque su abuela es como su abogada”.

Finalmente, la experiencia previa de las abuelas como madres facilita que ellas quieran imponer sus decisiones ante las de sus hijas, pues consideran que estos saberes las validan y les otorgan una posición superior de autoridad.

Al indagar en las respuestas más comunes de las madres adolescentes ante esta justificación, María me permitió comprender otra manera de fluctuación del poder cuando me dijo que, para su hija, el hecho de que ella se sirva de su experiencia resulta en una situación muy cómoda, pues en la medida en que le concede la autoridad para educar a la nieta, también saca ventaja al recargar la mayoría de los cuidados de la menor a su madre, obteniendo mayor tiempo libre para pasar con sus amistades:

“Cuando ella quiere salir a hacer algo yo me quedo con la niña, ella sabe porque se la cuidamos, pero le digo a ella “tiene que ser una buena madre, tiene que saber guiar a la niña”, tiene que corregirla, que cuando vaya a otra casa no quede mal por culpa de su hija, que si la niña hace su desmadre que ella los arregle, así esté en la casa, ella debe de hacer eso, pues que sea ordenada, que sea rápida, todo eso yo le exijo para que sea una buena madre”.

(María, ecuatoriana, 36 años, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 4 meses).

4.2. Las y los nietos: la nueva razón para vivir y prolongar la maternidad

En este segundo apartado se analizan aquellos significados que las participantes otorgan a sus nietas y nietos, pues estos son un reflejo directo de la forma en que experimentan su abuelidad.

Para comenzar, se presentan algunos ejemplos de las publicaciones de los grupos de Facebook que reflejan la imagen idealizada desde la que conciben a las y los nietos quienes, rondando el primer año de vida, ya se han convertido una de las prioridades de sus abuelas. De manera colectiva, ellas refieren a estas infancias de formas tales como:

“El amor de mi vida no me dice princesa, ni me dice amor, me dice “Abuela”” o “Pedí ser feliz y Dios me permitió ser abuela. Gracias Dios mío por tantas bendiciones, mis nietos son el regalo más lindo que mis hijos me han dado”.

(Publicaciones en el grupo “Abuelas jóvenes y bellas” recopiladas en febrero del 2021).

A partir de su socialización en estos grupos, las participantes permiten observar que estos bebés se convierten en una fuente de energía que las lleva a sentirse renovadas, con mayores ánimos, redescubriendo habilidades que creían perdidas, con motivación de hacer cosas de las que ya no se creían capaces y disminuyendo sus niveles de estrés.

También, por medio de sus comentarios en los grupos, expresan que la relación con sus nietas y nietos es significada en términos de conexión (“El lazo con mis nietos es para siempre”), motivación (“Por mis nietos si quisiera vivir más y pasar más tiempo aquí, son la motivación que me faltaba en la vida”), vida (“Mi nieta es mi vida y ella dice que yo la suya, la amo”), amor (“El amor más grande que he conocido es el que siento por mi nieta”) y felicidad (“Mis nietos son la alegría más grande que he tenido en mi vida”) (Comentarios del grupo “Abuelas (os) jóvenes y hermosas (os)” recopilados en junio del 2021).

Estos resultados se analizan a la luz de la propuesta de Marín (2020), quien explica que la abuelidad temprana entrelaza el sentido y significado de la maternidad bajo la reconfiguración forzada de proyectos de vida, de convivencia y sobrevivencia familiar en un proceso que adelanta la construcción de un relato emocional en torno a la prolongación del linaje, el sentido de la memoria, el depósito de la historia y el anclaje maternal desde los signos de pertenencia familiar que propician que las mujeres que recién asumen su rol como abuelas, pasen de emociones de rabia, frustración o tristeza y se reconfiguren y fluctúen de forma ambivalente hacia la alegría, la protección, la abnegación y el amor incondicional.

En correspondencia con esta construcción colectiva, todas las participantes de las entrevistas refirieron en términos muy idealizados la forma en que significan a estas infancias. Solo por poner un ejemplo, para Beatriz esto se expresa:

“Antes yo era muy enojona, me enojaba por cualquier tontera, la vida para mí como que no tenía el mismo chiste y con la llegada de (nombre de la nieta) no, ahora ando más “light”, como se dice, ando sonriendo, ando alegre, como te dije (nombre de la nieta) fue mi rayito

de sol y me vino a iluminar, cambié mucho, maduré más, ella fue ese empujoncito que necesitaba, lo que tanto me faltaba”.

(Beatriz, chilena de 40 años, madre de una adolescente de 17 años, un varón de 24 años y una menor de 13 años, abuela de una niña de 1 año 2 meses).

Si bien, fue difícil desarticular esta concepción idealizada, las entrevistas me permitieron profundizar en uno de los rasgos característicos comunes que ya se introducía en el capítulo anterior y refiere a las diferencias y similitudes que estas abuelas identifican al comparar el vínculo con nietas y nietos con el vínculo con su propia descendencia.

En este sentido, el total de las entrevistadas caracterizó su experiencia de abuelidad como “alcahueta” ya que, por ejemplo, desde sus publicaciones en Facebook, Dulce, la abuela mexicana de 40 años compartió el 22 de marzo del 2021 en el grupo “Abuelas jóvenes y bellas”: “Cuando las abuelas entran por la puerta, la disciplina vuela por la ventana” (publicación que recibió 144 reacciones positivas (108 “me encanta” y 36 “me divierte”).

El ejercicio de describirse a sí misma como una abuela consentidora, que intercede para evitar castigos o regaños a su nieto y que se siente inconforme con la manera estricta de su hija y su yerno al educar, hacía a esta participante digna representante de los sentimientos de todas sus pares entrevistadas:

“Es muy diferente el cariño de abuela al de mamá. De hecho, por lo regular, bueno, yo fui una mamá muy estricta, tengo cuatro hijos, el bebé es de mi hija que tiene 19 años, y ha significado mucho porque con él desbordo un cariño que no me entiendo por qué, sí siento que el cariño es diferente que con mis hijos, como mamá te enfocas en ser estricta, educar y todo esto, y pues con los nietos, no. Bueno, con mi nieto yo me enfoco en cuidarlo, en atenderlo, estar pendiente de todo lo que hace, pero, sobre todo, consentirlo, y creo que voy a seguir siendo muy consentidora toda su vida.”

(Dulce, mexicana de 40 años, madre de una adolescente de 19 años y dos hijos de 16 y 14 años, abuela de un niño de 11 meses).

En esta figura simbólica de la abuelidad, los mimos e intercesiones de las abuelas contienen un triple juego moral y social, ya que asumen esta compensación vital como una manera de descubrir opciones más democráticas de crianza y cuidado, por un lado, por otra parte, la flexibilidad y el desplazamiento de control son procesos que corresponden

directamente a las madres y, finalmente, la asimilación y resignificación de los cambios en el ejercicio del poder y la autoridad sobre las infancias (Marín, 2020).

Otro de los rasgos distintivos de estas abuelas con respecto a sus nietas y nietos tiene que ver con la forma en que extienden sus funciones maternas en estas infancias, particularmente por el hecho de que sus hijas, al haberse convertido en madres en la adolescencia, suelen requerir más apoyo en las tareas de crianza.

Las responsabilidades que adquieren para con sus nietas y nietos demandan una serie de habilidades y cualidades que responden a supuestas esencias que estas mujeres poseen solo por el hecho de haber sido madres, especialmente en cuanto a la sabiduría que las abuelas deben tener como producto de la experiencia acumulada, aplicable ahora a la participación en la crianza de las y los nietos. Esto se observa desde los grupos de Facebook, por ejemplo:

“Las abuelas sabemos todo! Las abuelas aman, las abuelas cuidan, las abuelas protegen, las abuelas bromean, las abuelas besan, las abuelas abrazan. ¡Amo ser abuela!” o “Las abuelas somos un poquito de madre, un poquito de maestra, un poquito de mejor amiga y un poquito de cómplice”.

(Publicaciones en el grupo “Abuelas jóvenes y bellas” recopiladas en febrero del 2021).

Dando paso a las funciones y responsabilidades que las participantes tocaron en las entrevistas, ellas reportan que estas fueron asumidas tan pronto las nietas y nietos nacieron. Para María, por ejemplo, las complicaciones en el parto de su hija produjeron que ella asumiera el papel de cuidadora principal de su nieta desde su primer día de vida:

“Mi hija se quedó en el hospital y desde ese momento me tocó dormir con ella [con su nieta]. Todavía no estaba la cuna, entonces, me tocó bañarla y cada tres horas levantándome a sacarle los gases, entonces la veía tan chiquitita, tan tiernita, tan bonita la veía y rápido subió de peso, comía mucho... y nos tocó justo en plena pandemia y se complicó porque aquí en Ecuador se hizo el toque de queda”.

(María, ecuatoriana, 36 años, madre de una adolescente de 17 años, dos hijos de 15 y 16 años y una hija menor de 8 años, abuela de una niña de 1 año 4 meses).

La salud mental de las adolescentes también ha sido un motivo por el cual las abuelas jóvenes adquieren rápidamente la responsabilidad de las y los recién nacidos. En el caso de

Raquel, la violencia de parte de la expareja, o Isabel, por depresión, han producido que las adolescentes tengan dificultades adicionales al convertirse en madres. Isabel me compartió:

“Desde muy, muy pequeñito duerme conmigo [su nieto]. Yo te dije que mi hija tuvo una crisis depresiva, estuvo ingresada en un área de salud mental, y el niño se la pasó durmiendo conmigo, muy pequeñito, de meses y desde ahí hemos tenido un vínculo inseparable. Incluso, él es un niño que no come bien con su mamá, conmigo sí come, no deja que la mamá la bañe, solo yo. Compartimos muchas, muchas cosas”.

(Isabel, cubana 36 años, madre de una adolescente de 18 años y un hijo de 11 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

A la par de estos resultados, Vélez y Figueredo (2015) ha hecho hincapié por el apoyo social y familiar que es requerido por las adolescentes quienes, en comparación con mujeres que asumen la maternidad a mayor edad, suelen requerir atención física y psicológica especializada durante el embarazo, el parto y el puerperio, especialmente por la forma drástica en la que pasan de ser hijas a madres.

Por otra parte, en el caso de entrevistadas que además tienen hijas e hijos en la infancia, como Elisa, las funciones de maternidad prolongada se han enfocado en las tareas de cuidado a las que se suman las y los nietos:

“Mi hermano tiene una tienda y yo se la trabajo, eso me da como la facilidad de yo decir “ahí tengo conmigo a mi niña, pero a él [nieto] también me lo puedo llevar”, tengo la oportunidad de traérmelos o llamar y decir “hoy no voy a asistir porque tengo que cuidarlos” si están enfermos o algo así”.

(Elisa, colombiana de 35 años, madre de una adolescente de 17 años y una niña de 4 años, abuela de un niño de 11 meses).

Finalmente, además de los cuidados, otras de las funciones de estas abuelas para sus nietas y nietos recae en los recursos que pueden facilitarles. Laura, la abuela costarricense de 39 años, me compartió que se sentía muy feliz y valiosa porque tenía la oportunidad de pasar tiempo con su nieto viendo televisión y jugando en casa en la pandemia, pero también, su trabajo remunerado le permitía darle todo lo que necesita, ya sea comida, pañales o juguetes.

En estos hallazgos, abuelas como Laura, que también son madres sin pareja, suelen cumplir con los roles de la cultura maternalista que las orilla a ser cuidadoras de estas

infancias y, al mismo tiempo, cumplir con prácticas y tareas supuestamente masculinas, pues la proveeduría económica se ha considerado responsabilidad de los varones en las sociedades occidentales contemporáneas (Miller, 2011).

4.3. El papel de los varones de la familia

Si bien, las opiniones de las abuelas jóvenes respecto a lo que es esperado y deseado en los hombres con relación a su descendencia es un tema que inicié en el capítulo 3, en ese análisis centré la atención en aquellos testimonios que, en un plano más abstracto, me servían para entender la base que tomaban para significarse a ellas, como mujeres, madres y abuelas, en comparación a lo que pensaban de los hombres con relación a la paternidad.

En esta ocasión, el estudio se focaliza a nivel más práctico en la forma en que las participantes viven su abuelidad día con día a partir de lo que hacen o no los varones involucrados, tomando en consideración los hallazgos de investigaciones previas que sugieren que, al igual que ocurre con la maternidad y la paternidad, la abuelidad suele ser una experiencia diferenciada en términos de la repartición de tareas dependiendo de si se es hombre o se es mujer.

Trabajos como los de Horsfall y Dempsey (2013) han encontrado que las abuelas son significativamente más propensas a cuidar de las y los nietos y dedicar tiempo de forma exclusiva para su crianza en comparación con los abuelos. Asimismo, las mujeres suelen reportar mayor satisfacción por pasar tiempo y establecer vínculos más cercanos con estas infancias en comparación con sus pares varones.

Así, se inicia el análisis considerando que el impacto de las acciones u omisiones de los varones desde la percepción de las abuelas depende de qué papel juegan estos en su vida y en la familia, por lo que este análisis parte de aquellas referencias con relación los abuelos maternos, los varones con quienes las participantes procrearon a sus hijas adolescentes, pues estos fueron los primeros actores masculinos involucrados:

La situación de los abuelos maternos también presenta variaciones al interior de su categoría, pues tenemos abuelas que: 1) mantienen una relación de pareja con este varón y su relación con la madre adolescente, la o el nieto y el resto de la familia suele ser más

cercana; 2) abuelas cuya expareja no cohabitan con ellas, con la madre adolescente ni con la o el nieto, pero que en distintos niveles tienen involucramiento con la familia y 3) abuelas que fueron abandonadas por completo en su maternidad, razón por la cual los abuelos maternos no figuran en la familia.

En representación de lo que expresan las abuelas de la primera situación, se tiene a Julia y a María, quienes se encuentran casadas con el papá de sus hijas e hijos y quienes compartieron como parte de sus testimonios las reacciones de sus parejas al recibir la noticia del embarazo adolescente de sus hijas.

Ambos casos presentan ejemplos muy contrastantes, ya que para Julia la reacción de su esposo fue de sorpresa e impresión, pero momentos después implicó apoyo y comprensión hacia su hija. Mientras que, para María, como se introdujo anteriormente, el papel del esposo fue determinante para el término de la relación de noviazgo de su hija y la paternidad del adolescente, e incluso fue muy importante para decidir si terminar o no el embarazo.

María también me compartió que la ira y el resentimiento de su esposo fueron constantes durante todo el embarazo y solo disminuyeron cuando su hija vio deteriorada la salud tras el parto y la bebé llegó a la casa. A partir de entonces, describe un cambio en la actitud de este varón, quien se autodefine como “el papá de la bebé y se muestra cariñoso y atento de sus cuidados” y es por el momento el único proveedor económico de la familia.

Al cuestionar a María para saber cómo se sentía respecto al proceder de su esposo, ella decía que el tiempo le dio la razón porque finalmente el novio de su hija se alejó y, aparentemente, formó una familia con otra adolescente.

Escuchar a María me hacía pensar que para ella era muy natural o adecuada la forma tan autoritaria de ser de su esposo, pues en ningún momento se mostró inconforme o molesta por su intervención en la relación de pareja de su hija, sus opiniones respecto al proceder del embarazo adolescente o las atribuciones que ahora toma sobre su nieta.

El tipo de crianza que María describe en su esposo corresponde a un estilo autoritario configurado por una serie de estrategias, maneras y mecanismos que utilizan los padres para

regular la conducta de sus hijas y, en este caso, son un reflejo del poder y el liderazgo socialmente aceptado para los hombres (Giardi & Velasco, 2006).

Lo anterior implica que este tipo de padres valoran la obediencia ciega, creen en la restricción de la autonomía de la descendencia, recurren a castigos severos como formas de control, expresando sus actitudes por medio de conductas dogmáticas, inflexibles y sustentadoras de valores tradicionales (Baumrind, 1971).

Tal como el testimonio de María describe, las decisiones y proceder de su esposo han resultado en conseguir la obediencia de su hija adolescente a costa de tomar las decisiones sin consultar a los demás actores sociales involucrados, utilizando un poder social coercitivo, empleando una estructura paternalista autocrática que lo justifica para tomar las decisiones más importantes en nombre del supuesto bien de su familia (Giardi & Velasco, 2006).

Por otro lado, en el caso de los abuelos maternos que no cohabitan con familia de la participante, tenemos a Luisa, la abuela mexicana de 36 años, quien menciona que, a pesar de que su expareja reside en otra ciudad, tiene una conexión con su nieto, lo visita o invita a su casa y disfruta de este bebé de una forma que no lo hizo con su propia descendencia.

A partir del testimonio de Luisa, hipotetizo que, así como ocurre con las abuelas jóvenes, la abuelidad podría estar representando en sus pares varones una segunda oportunidad para disfrutar de la paternidad. Sin embargo, perfilo esta conjetura sugiriendo que, para los hombres, esto solo ocurre en el sentido del disfrute, por lo que sería interesante indagar respecto a lo que sucede con los abuelos jóvenes en términos de usar esta segunda oportunidad para resarcir los errores en su paternidad, tal como ocurre con estas mujeres.

De forma similar, el trabajo realizado por Horsfall y Dempsey (2013) se dio a la tarea de hipotetizar, a partir de sus resultados, en la manera en que los hombres han comenzado a participar en la vida de sus nietas y nietos, encontrando que hay un potencial explicativo que relaciona las tareas de cuidados que despliegan con el objetivo de acercarse al ideal de “padre involucrado”, beneficiando a los involucrados para remodelar la paternidad pasada.

En cuanto a lo que ocurre cuando la abuela tiene una nueva pareja que no es el progenitor de su hija adolescente, un hallazgo común a Raquel y Elisa, mismo que tanto a

ellas como a mi nos resultó muy sorprendente, fue el hecho de que sus nuevas parejas han asumido el rol de abuelos de manera muy activa.

Desde la percepción de las participantes, ellos fueron muy comprensivos desde que recibieron la noticia del embarazo, tranquilizando a las abuelas ante la sorpresa, ofreciendo su apoyo y, tras la llegada de las y los nietos, asumiendo con cariño el papel de abuelos por medio de acciones como comprar todo lo que los bebés necesitan o destinar espacios de la casa para que las adolescentes y sus bebés estén cómodos. Por ejemplo, para Raquel:

“Él está muerto por el bebé, porque es todo, él cobra, por ejemplo, lo que trabaja y ya está pensando en (nombre del nieto), en si le hace falta ropa, en si le hace falta algo, en si hay que llevarlo al parque, que si está bien. Él es otro digamos, yo digo que nos cambió a los dos por igual porque, ahora se ocupa de que viene de trabajar y a ver qué pasó con (nombre del nieto) que no le falte nada o te manda a revisar y te dice (nombre del nieto) tiene todo, tiene comida “anda a comprarle””.

(Raquel, argentina de 35 años, casada, madre de una adolescente de 17 años y un varón de 11 años que tiene en común con su actual esposo, abuela de un niño de 1 año 4 meses).

El papel de estos varones a pesar de la carencia de vínculo filiar con las madres adolescentes se convierte en un apoyo imprescindible para estas abuelas, ya que además del acompañamiento, cuentan con mayores recursos tanto económicos como familiares para poder tener una experiencia de abuelidad que evalúan más llevadera.

Este tipo de participación ha sido descrito por otras abuelas al enfatizar en que algunas de sus parejas llegan a realizar trabajos de cuidados selectos junto con las mujeres y que los llevan a tener una especie de puesto de ayudante junto a su esposa (Wall & Arnold, 2007).

Ahora doy paso al análisis del papel de los padres adolescentes, a quienes comúnmente se ha dejado en lado en las investigaciones relativas al embarazo adolescente debido a, entre otras razones, que se trata de un grupo de difícil alcance sistemático pues en altas proporciones niegan su paternidad y los servicios de salud no suelen incorporarlos dentro de las atenciones sistemáticas que dan a las adolescentes (Romero *et al.*, 1984).

Para aquellas participantes cuyas hijas mantienen la relación de pareja con los padres de sus bebés, la presencia de los yernos parece ser un “bálsamo” que facilitó la asimilación

y aceptación del embarazo adolescente y, en el momento actual, sigue favoreciendo la manera en que se experimenta la abuelidad día con día. Lo anterior en palabras de Julia es:

“Ella tenía 17 años, estaba haciendo sus exámenes de la prepa y en eso que se embaraza, y mi esposo y yo en ese momento le dijimos que aplazara todo eso para que llevara el embarazo tranquilo. Y sí, ya después se casaron ellos y mi yerno hasta la fecha sigue estudiando, siguió estudiando, trabajando y ayudando a mi hija con los gastos y fue porque las cosas se dieron así que yo me la llevé tranquila”.

(Julia, 35 años, mexicana, casada, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 11 meses).

Al contrario de lo expresado por Julia, en el trabajo Calderón y Alzamora (2006) se encontró que la mayoría de las y los progenitores de madres adolescentes reaccionaban negativamente frente al pensamiento de las hijas sobre casarse antes de los 20 años, pues la reacción inmediata era de considerar que eran muy inmaduras para cargar con este tipo de responsabilidades de la vida adulta.

En el caso de Sara, su yerno también fue un bálsamo ante todas las intrigas de sus vecinas y amistades, quienes criticaban a su hija por ejercer su sexualidad, pero esto ocurrió en la medida en que Sara legitimó la relación de pareja de su hija ante sus círculos sociales:

“Yo ya había hablado eso con ella [hija adolescente]: “tú ya eres una niña adulta, tienes 18 años, ¿por qué no hablas con (nombre del padre adolescente), y formalicen la relación, dile que se vaya a vivir con nosotras, ya él se hace responsable de ti”.

Entonces cuando se vino a vivir con nosotros ya dejaron [vecinas] como que, de molestar por ese lado, se acabaron como que los malos comentarios, las malas cosas, siempre como que la mala vibra de estar insinuando cosas más allá de lo que posiblemente ellas querían ver para de pronto hacer quedar mal a mi niña”.

(Sara, colombiana de 38 años, soltera, madre de una adolescente de 19 años, abuela de una niña de 1 año 3 meses).

Ambas participantes demuestran la vigencia de la figura masculina facilitar la aceptación social de la sexualidad y el embarazo en las adolescentes. Estos sentires se relacionan con las concepciones que señalan que las y los hijos fuera de la relación de pareja son un problema social en términos de lo que es aceptado o lo que es objeto de vergüenza en algunas culturas latinoamericanas vigentes hasta nuestros días (Calderón & Alzamora, 2006).

Por último, en lo que respecta a este apartado, se analizan las relaciones de poder que se llegan a jugar entre las abuelas jóvenes y los padres adolescentes, encontrando una regularidad matizada en la que predomina la autoridad de las abuelas que en distintas medidas se pronunciaron como las jefas de hogar, tal como Sara, Laura o Beatriz. En palabras de la última participante mencionada:

“Yo me llevo bien con mi yerno, lo conversamos todo antes de que se viniera, como yo soy, se dice “la matriarca”, él sabe las reglas de mi casa, porque nosotras somos puras mujeres, él es único hombre, bueno los dos otros hombres con el hijo que tengo, pero no ha habido problemas, a base de conversación uno puede llegar a muchas cosas, uno tiene que ser madura y dejar bien claras las reglas en su casa”.

(Beatriz, chilena de 40 años, divorciada, madre de una adolescente de 17 años, abuela de una niña de 1 año 2 meses, guardia de seguridad).

A partir del testimonio de Beatriz, damos cuenta de lo señalado por González y colaboradores (2015) quienes explican que, los padres adolescentes también experimentan mayores consecuencias negativas si se les compara con varones que empiezan su paternidad más tarde, pues a las reacciones de desconcierto, preocupación, desagrado, culpa y dudas acerca de su paternidad se le suman presiones externas de las cuales destaca la interferencia de la familia de la adolescente, quien, como en el caso de María, suele poner obstáculos en la relación de pareja o, en el caso de Beatriz, dificulta el cumplimiento del rol paterno y su autoridad al estar bajo la supervisión y el control de la abuela materna de sus hijas e hijos.

4.4. Cambios y permanencias en horarios, actividades y organización familiar

Para dar cierre a este capítulo, en este apartado hago un recuento de aquellas modificaciones y regularidades que las entrevistadas compartieron en los diálogos que pudimos establecer y que resultan relevantes para comprender cabalmente a la abuelidad como una experiencia relacional que se da, principalmente, en las familias.

Un primer cambio al que todas ellas refieren tiene que ver con el efecto que las y los bebés recién llegados han tenido para unir a la familia. Para Raquel, la abuela argentina de 35 años, esto se dio de forma particular ante el contexto de la pandemia, pues llevó a todos los integrantes de su familia a guardar las mayores precauciones, evitando salir de casa y restringiendo la interacción con personas externas para proteger la salud de su nieto:

“La familia para nosotros es lo más importante y, por ejemplo, somos muy unidos entre todos, entonces es como que llegó un angelito porque (nombre del nieto) tenía poquitos meses cuando nos agarró la pandemia y había que cuidarse más, bueno, después nos enfermamos con el virus, gracias a Dios pasó, afortunadamente estamos bien, uno piensa que es el bebé de la casa y tenés que estar bien por ese bebé, ayudarlo que no le falte nada, ayudar a (hija adolescente) que salga adelante, y es que sí, desde que (nombre del nieto) llegó a casa, cambió la vida de todos, del papá de mi hijo, bueno, mi pareja, de los abuelos, de los bisabuelos, bueno cambió la vida de todos, para mejor y ahora toda la vida gira en torno a él”.

(Raquel, argentina de 35 años, madre de una adolescente de 17 años y un varón de 11 años, abuela de un niño de 1 año 4 meses).

Este hallazgo puede explicarse al considerar que la mayoría de estas familias se encuentra atravesando la etapa de extensión del ciclo vital y transitando a la etapa de contracción, lo que implica que, en la medida en que la descendencia va creciendo, algunos de sus integrantes comienzan a independizarse, por lo que cuando este tránsito se ve interrumpido por el nacimiento de una nieta o nieto, deriva generalmente en la coexistencia de crisis que deben ser superadas en la dinámica familiar y que normalmente pasan de la sorpresa, el rechazo o la frustración a la posterior aceptación, apoyo y preocupación por el bienestar de las madres adolescentes y sus bebés (Dujarric & Molina, 2018).

Además del cambio antes descrito, que es común a todas las participantes, algunas de ellas reportaron modificaciones particulares. Por ejemplo, Sara, la abuela colombiana de 38 años, comentó que al gasto familiar general se sumaron aquellos pagos generados por la llegada de la bebé, puesto que la responsabilidad económica por su nieta pasó a ser una cuestión familiar en la que incluso cooperan los abuelos paternos y no cae de forma exclusiva en una persona, razón por la cual toda la familia ha mesurado sus gastos.

De forma común, Sara y María reportan cambios en cuanto a la organización de la casa, pues ambas familias han tenido que destinar espacios para acomodar a las bebés con sus madres adolescentes, en ocasiones reacondicionando la casa o compartiendo habitaciones. Las modificaciones a la casa de Beatriz no han sido en términos de los espacios, pero sí de las condiciones de su residencia:

“Sí, tuvimos que, como antes éramos puros grandes que vivíamos en la casa, tuvimos que adaptarnos a la (nombre de la nieta) ahora, porque como es más pequeña y ella se está criando con puras personas adultas, la más chica de mis hijas va a cumplir ahora 12 años, así que no

tengo más bebés en la casa sino que ella, así que ella se está criando con puros adultos y por eso estamos pendientes de no dejar nada pequeño, tijeras o lápices, cualquier cosa que le pueda producir un daño, somos bien cuidadosos en eso, cuidamos que toda la casa funcione para (nombre de la nieta)”.

(Beatriz, chilena de 40 años, divorciada, madre de una adolescente de 17 años, un varón de 24 años y una menor de 13 años, abuela de una niña de 1 año 2 meses).

Por su parte, Isabel fue la única participante que reportó haber contratado una persona que cuide a la bebé mientras ella trabaja y su hija se encuentra estudiando desde casa, por lo que los resultados de este trabajo distan de algunos otros hallazgos en los cuales la llegada de las y los nietos se distinguió por dificultar o impedir el desempeño laboral de algunas de las personas que integran el hogar (Rodríguez, 2016).

El último cambio en la vida familiar de las entrevistadas fue compartido por todas aquellas con hijas e hijos menores y refiere a los celos que estas infancias han experimentado ante la llegada de las y los nietos. Raquel, Julia, Elisa e Isabel se han enfrentado constantemente a discusiones, reclamos, distanciamientos y altercados en los que se ven señaladas por la forma de tratar a las y los bebés, provocando en su propia descendencia sentimientos de desplazamiento, injusticia e incompreensión. Ejemplo de lo anterior:

“Mi hijo menor tuvo su encuentro por mi nieto, ¿por qué? Porque hasta ese momento era el más pequeño de la casa. Ha sentido celos, sí, se pone a veces celoso del niño, también, los dos, incluso la mamá del niño, te lo puedo decir, porque, por ejemplo, su mamá dice “desde que (nombre del nieto) nació yo ya no tengo mamá, me la quitaron”. A veces de forma jocosa y a veces lo siento de verdad.

Mi hijo pequeño se pone celoso porque, por ejemplo, él todavía juega, tiene ocho años, y a veces mi nieto quiere un juguete y le digo “dáselo, dáselo, es pequeño, dáselo a él”. Yo sé que no está bien, pero bueno, siempre tratando de protegerlo porque es muy chiquito él y yo me veo como la persona que tiene que protegerlo.

Y entonces dice “todo se lo quieres dar a él, todo”. “No, no es que se lo quiera dar, es que tú eres mayor, tienes que cuidarlo”. Y entonces sí, él se pone muy celoso a veces. Yo les digo: “Es mi vida, mi tesoro más pequeño y es lo que más hay que cuidar, sin dejar de cuidarlos a ustedes, pero ustedes se saben defender, él no sabe”.

(Isabel, cubana de 36 años, madre de una adolescente de 18 años y un hijo de 11 años, abuela de un niño de 1 año 6 meses).

Ni Raquel, Julia, Elisa o Isabel parecían muy preocupadas por esta situación, con bastante gracia me compartieron reiteradamente los conflictos relativos a este tema y, aunque expresaban que para su descendencia esto era un verdadero problema, ellas se sentían muy tranquilas y justificaban en la edad de nietas y nietos la razón por la que estaba bien tratarlos de forma privilegiada.

En contraste con esta falta de preocupación de las participantes de mi tesis, las abuelas entrevistadas por Rodríguez (2016) expresaron que la mayor repercusión negativa en su dinámica familiar como producto del embarazo adolescente, fue la que se dio con los hermanos y hermanas de las madres adolescentes, desencadenado incluso la desintegración familiar que vivieron estas familias, posterior al nacimiento de la o el primer nieto.

Conclusiones

En esta tesis, abordé el análisis de la experiencia de abuelidad de diez mujeres que se convirtieron en abuelas antes de sus 40 años, dada la maternidad de sus hijas adolescentes. La responsabilidad de abordar sus trayectorias, testimonios, sentires y significados en estas breves líneas es un reto, no solo porque se trata de un tema poco estudiado hasta el momento, sino también porque representa plasmar una experiencia sumamente compleja que las participantes me transmitieron y a la que aspiro a hacer justicia desde mi interpretación.

Además, implica el cierre de dos años de trabajo comprometido y aprendizajes invaluable que se desarrollaron en circunstancias extraordinarias: en medio de una pandemia y en las restricciones de una cuarentena que, aunque en principio parecían limitar mi trabajo de campo, en retrospectiva, han sido una oportunidad única para desarrollar una investigación que se amplió a participantes de ciudades muy distantes a la mía.

Es así que, este trabajo se desarrolló con un grupo muy particular de abuelas jóvenes; mujeres que provenían de diversas ciudades latinoamericanas y compartían un contexto digital específico: los grupos de Facebook en donde se configuraban como una población selectiva con características propias de este recurso cultural (Pink, *et al.*, 2019) en el que se expresan y socializan las experiencias de la abuelidad temprana en la época actual.

Con base en esta delimitación, desarrollé una investigación cualitativa en la que articulé metodológicamente diversas técnicas de investigación (observación de espacios digitales y entrevistas semiestructuradas), a partir de las cuales pude contrastar las experiencias de abuelidad construidas colectivamente en los mundos sociales digitales -que se expresan en términos ideales- en comparación con las experiencias individuales de la vida cotidiana de las participantes y la manera en que ambas las constituyen como sujetas de género a partir de su abuelidad temprana.

De acuerdo con la evidencia empírica recopilada, encontré que, para estas mujeres, la abuelidad suele tener un lugar privilegiado al ser una experiencia más importante, significativa o valiosa que su propia maternidad, en diversos sentidos.

La abuelidad llegó en un mejor momento de sus vidas, pues se encuentran más establecidas y se sirven de la experiencia previa de ser madres para afrontar los retos de criar bebés nuevamente. También pueden disfrutar más de las y los nietos al tener menos responsabilidad sobre ellas y ellos, por lo que tienden a descubrirse más cariñosas, atentas o entregadas en comparación con la forma en que han sido con su propia descendencia.

La abuelidad también representa una oportunidad para intentar reparar o compensar errores cometidos en la maternidad a través de la extensión de las funciones maternas en sus nietas y nietos. Por esta razón se establece que la abuelidad, al igual que la maternidad, configura en las mujeres un deber implícito y un pensamiento instituido que las concibe como las proveedoras de cuidados, entregadas a la descendencia (Weisbrot & Giraudó, 2012).

Es decir, la abuelidad no pone en duda la institución de la maternidad, sino que toma una nueva forma, pero continúa siendo el mismo mandato rígido que constriñe la vida de las mujeres al convertirlas en un ser para los otros (De Beauvoir, 1949).

De acuerdo con esto, las y los nietos les otorgan nuevamente un espacio de poder dentro de la familia, así como reconocimiento social y un sentido que las hace volver a considerarse útiles y valiosas.

Su propia descendencia, al ir creciendo, las ha dejado de necesitar como antes, por lo que retoman el control y la autoridad con estas nuevas infancias que, por su edad, son más dependientes y requieren de mayores cuidados y ellas, al vivirse con base en la maternidad, tienen una nueva oportunidad de experimentarla, ahora por medio de ser abuelas.

Por otra parte, se abordó la forma en que ellas conciben el papel de mujeres y hombres en esta experiencia, pues han tomado estas ideas como referente para construir, validar, significar y vivenciar su abuelidad.

Se destaca que, independientemente del nivel de participación de los padres y abuelos de su descendencia, ellas tienden a concebir a la maternidad y la abuelidad femenina como tareas incondicionales cuyas funciones no son negociables ni intercambiables, pero a las que sí se les pueden sumar las responsabilidades que convencionalmente se han asumido como masculinas, tales como la proveeduría económica.

En contraparte, desde el criterio de las participantes, el papel de los varones es opcional, pues todas ellas expresaron, de distintas maneras, que ellos pueden decidir hasta qué punto involucrarse en su paternidad y abuelidad, por lo que estas mujeres se muestran comprensivas o excusan a sus pares si estos tienen complicaciones para involucrarse en la vida familiar, ya sea por el divorcio, por formar una nueva familia o residir en otra ciudad.

Asimismo, es esperable en los varones que limiten sus funciones, si implican demasiado trabajo, responsabilidad, cansancio o tedio y es aceptable que tanto abuelos como padres adolescentes prioricen sus proyectos laborales, pues son más valorados en la medida en que dan sustento económico.

Para estas participantes, la abuelidad de sus pares varones es algo opcional, ya que ejercen esta experiencia en la medida en que resulta cómoda, conveniente o satisfactoria para ellos, mientras que, para ellas, es vivida con mayor intensidad y tiene implicaciones más importantes que modifican el curso de sus vidas desde el momento en que se enteran del embarazo adolescente.

En cuanto a las evaluaciones que realizaron de otras abuelas, al igual que en el trabajo de Sedó y Ureña (2007), la mayoría de las participantes respondieron comparando su desempeño con de las abuelas precedentes, al ser una fuente de información, guía, estímulo y parámetro para hacer frente a esta transición de forma prematura o, según ellas, “ser abuelas antes de lo esperado”.

En esta línea, hubo algunas participantes que sí consideran que hay diferencias a partir de la generación y la edad de las abuelas. Estas comparaciones les han permitido aprender de los errores de sus predecesoras, pues evalúan negativamente que ellas fueran poco comprensivas o permisivas, por lo que intentan ser menos autoritarias, cerradas y entrometidas en lo relativo a la libertad y maternidad de sus hijas.

A pesar de su disposición por ser más abiertas en términos de noviazgo y sexualidad, cabe destacar que esta apertura no incentivó una planificación familiar exitosa que evitara los embarazos adolescentes, por lo que considero que se trató de aprendizajes que fueron el resultado de estas maternidades no planificadas.

Estas abuelas también encuentran características propias de su juventud que aprovechan al interactuar con sus nietas y nietos, tales como mayores capacidades físicas, energía y paciencia, lo que les permiten relacionarse con ellas y ellos de manera más enriquecedora, especialmente en la primera infancia.

Sin embargo, también hubo otras participantes que no encontraron relación entre los desempeños de abuelas jóvenes o mayores, tomando en consideración características de personalidad para explicar cualquier diferencia.

A partir del instinto materno, desarrollaron una visión idealista detrás del papel de las abuelas, en el cual no importa el cansancio físico o las limitaciones por la edad. Para ellas, el amor debería ser tan fuerte como para relacionarse con sus nietas y nietos, sin importar la edad y, a partir de este ejercicio, también otorgaron significados de su papel social como abuelas y las expectativas de su participación en la familia.

Un hallazgo común a todas las participantes tiene que ver con los cambios favorables para su salud y estilo de vida, pues ellas consideran que las y los nietos, al ser una de sus mayores prioridades, las han motivado a dejar de consumir alcohol o tabaco en exceso, pues les genera culpa o vergüenza llegar a casa a altas horas de la madrugada y/o en estado de ebriedad si en casa está el o la bebé.

Desde mi concepción, dado que con su propia descendencia no fueron capaces de acercarse al modelo de “buenas madres”, buscan alcanzar ese ideal y legitimarse en la sociedad en esta segunda oportunidad, al anteponer el bienestar de estas infancias a los propios intereses y deseos.

Por tal razón, la abuelidad llega a constituir un eje organizador de la vida de estas mujeres que, para algunas, implica aplazar o cancelar planes y metas debido a que ya no disfrutaban de estas actividades de la misma manera, prefiriendo destinar todo su tiempo fuera del trabajo remunerado para convivir con sus nietas y nietos.

Sin embargo, estos cambios no siempre implican una renuncia total a sus propias necesidades, pues esta experiencia puede llegar a ser tan onerosa que las lleva a marcar los

límites con los que se sienten cómodas con relación a sus necesidades personales de esparcimiento y tiempo, cuando estas se ven confrontadas por las nuevas tareas de crianza.

Otro elemento distintivo en estos hallazgos tuvo que ver con el matrilineaje como la principal vía para legitimar la experiencia de abuelidad de estas mujeres y enfatizar la superioridad del vínculo y amor de las abuelas maternas por medio de dos razonamientos que explico a continuación:

El primero parte de comprender su abuelidad como una experiencia social que se determina, en mayor medida, por procesos de interacción y aprendizaje. Para este razonamiento, la forma de relacionarse de las mujeres al interior de la familia -en especial la relación de suegras con nueras- dificulta que las abuelas paternas puedan estrechar un vínculo de la misma forma que estas participantes.

En segundo lugar, algunas de las entrevistadas apostaron por argumentos relativos a la fisiología de la reproducción humana para preponderar su experiencia por sobre la de las abuelas paternas, aludiendo a los procesos de ovulación, gestación y parto para legitimar su experiencia.

Por otra parte, en este trabajo también se avanzó en la caracterización de los grupos de Facebook como espacios de socialización y construcción colectiva de la experiencia de abuelidad de estas mujeres, específicamente por medio de dos procesos: los aprendizajes colectivos y los sentidos compartidos.

Éstos configuran y reafirman un ideal de abuelidad coherente y positivo en el que las abuelas, de forma activa, buscan respuesta a sus inquietudes y seleccionan la información que tiene sentido según sus experiencias. Los grupos de Facebook funcionan como un lugar para apropiarse de estos repertorios y transformarlos en referentes de nociones y creencias con los que se manejan dentro y fuera de internet.

Lo anterior se puede ilustrar con las palabras de participantes como Elisa, la abuela colombiana de 35 años, quien se define como “muy nueva en eso de ser abuela”, por lo que el grupo de Facebook le permite conocer y aprender de personas, dinámicas y costumbres que amplían su panorama y enriquecen su experiencia como abuela a la luz de otras latitudes.

Además, estos mundos sociales posibilitan un espacio de identificación y acompañamiento insustituible para estas abuelas, ya que, a diferencia de otros entornos disponibles, en estos grupos pueden compartir, apoyar y validar sus sentires y ser reconocidas por sus pares, apuntando a las necesidades aceptación, reconocimiento social y pertenencia al grupo (Balardini, 2000).

Este recurso se ha vuelto más importante en la medida en que la pandemia ha representado la pérdida o alejamiento de ciertas amistades y las ha privado de otras interacciones sociales.

También se logró profundizar en las tensiones y negociaciones de este tipo de abuelidad, problematizando las construcciones colectivas ideales de los grupos de Facebook, en donde se desarrollaba una descripción abstracta y generalizadora de la esencia atribuida a la maternidad, el instinto materno y el amor incondicional de las madres (Palomar, 2004) extendidas y aplicadas hacia las abuelas.

Estas dificultades van de lo más personal a lo más relacional e implican malestar y descontento cuando hay discrepancias en la forma de educar a las y los nietos, pues las abuelas se consideran las únicas o las más competentes para las tareas de crianza.

Cuando se trata de disciplina, regaños y castigos de madres y padres adolescentes, las abuelas experimentan emociones como la tristeza, enojo y frustración y buscan amortiguar las reprimendas. Otra sensación recurrente es el cansancio que deriva del aumento en las tareas de crianza, pues tienen un costo físico, afectivo y emocional muy complejo.

Por otra parte, la literatura (por ejemplo, Hernández, 2005) sugería que la dimensión laboral podía verse seriamente afectada por la llegada de estas infancias, pero en el caso de las abuelas que pude entrevistar, esta área no fue reportada con afectaciones, ya que ninguna de ellas tuvo que renunciar o reducir sus jornadas laborales remuneradas ni percibir menores ingresos derivado de convertirse en abuelas.

Asimismo, la mayoría de las abuelas no reportaron un incremento en las dificultades económicas por la llegada de las y los bebés, quizá por dinámicas familiares propias de

Latinoamérica en donde se dan importantes redes de solidaridad y propician la cooperación, e intereses del grupo como estrategias de sobrevivencia (Rojas, 2006).

Por otro lado, uno de los temores más recurrentes es que las madres adolescentes alcancen la independencia económica para poder vivir fuera de la casa de la abuela materna, posibilidad que asusta y llena de ansiedad a casi todas las participantes. Este hecho se explica por su estrecha relación con el fenómeno del “nido vacío” que según Sotillo (2000), implica pérdida de algunos de los componentes más importantes en los roles que desempeñan las mujeres al interior de sus familias.

También se reportan ciertos planes y proyectos que se tenían previstos para esta etapa de la vida en que la descendencia de las participantes ya había crecido, pero que, con la llegada de las y los bebés, se han visto interrumpidas o pospuestas.

Finalmente, se señala una posible afectación en la autopercepción, ya que la abuelidad trajo consigo sentimientos de envejecimiento en algunas de las participantes, llevándolas a evaluar su personalidad para ser más responsables y maduras.

Estos testimonios permiten ver que, la abuelidad en primera persona, es una experiencia matizada por claros oscuros que abarcan paradojas y dilemas emocionales. A pesar de su disfrute, no es una experiencia sencilla, pues genera diversas problemáticas relacionadas con la crianza y el cuidado de las nietas y nietos (Marín & Palacio, 2015) y tiene implicaciones trascendentales en la vida de estas mujeres, de sus hijas adolescentes y de sus familias.

En este sentido, de todos los aspectos que se dan con relación a las y los demás actores sociales involucrados, inicio con las hijas adolescentes, las nuevas madres. Este análisis remite a testimonios de sucesos que acontecieron incluso antes del embarazo adolescente, pues la manera en que se llevó a cabo la educación y prácticas sexuales de las hijas culminó en maternidades que no eran esperadas y, en ocasiones, tampoco deseadas, tanto por las adolescentes como por sus madres.

En esta línea, destaco que, para estas abuelas, los métodos anticonceptivos no solo fueron un tema “propio” que trataron con sus hijas, sino que todas ellas aprobaban que las

adolescentes hubieran iniciado su vida sexual y emplearan dichos métodos. A pesar de esto, no se consiguió su eficacia por diversos motivos, tales como un mal uso o control, la coerción por parte de sus parejas para no emplearlos, la falta de guía o apoyo de sus madres o cuando estos métodos fueron negados por parte de instituciones como farmacias u hospitales.

Por su parte, las opiniones sobre el aborto como alternativa o prohibición, cuando se trata de adolescentes, no fueron unánimes; hubo casos en los que consideró esta posibilidad, sólo si las hijas estaban de acuerdo, aunque ninguna lo quiso así. Otras abuelas no estaban seguras, pero terminaron por descartar esta alternativa y algunas más se pronunciaron negando rotundamente esta posibilidad, basándose en sus creencias.

Esta alternancia entre valores tradicionales respecto al aborto, que fluctúan y se van modificando entre estas abuelas, ofrece pautas para comprender la evolución de estas nociones en la región latinoamericana, en especial al considerarlas junto a la mayor apertura y flexibilidad para aprobar el inicio y ejercicio de la vida sexual y el uso de métodos anticonceptivos en las hijas adolescentes.

Por otra parte, la abuelidad implica una experiencia emocional compleja al momento de recibir la noticia del embarazo adolescente. Contrario a la idealización que se observa en los grupos de Facebook, los sentimientos iniciales suelen ser de preocupación, decepción y tristeza.

Sin embargo, esta experiencia emocional sufre un cambio profundo cuando las y los bebés llegan a este mundo, pues su presencia resignifica la vivencia de forma positiva, exaltando la felicidad, ternura y entusiasmo que traen consigo las y los recién nacidos (Rodríguez, 2016).

En otro orden de ideas, el embarazo adolescente es considerado por estas mujeres como una responsabilidad compartida debido a la culpa que muchas de ellas experimentaron por no haber podido prevenir esta situación y, por el contrario, con sus acciones u omisiones haber contribuido a que sus hijas se convirtieran en madres de forma prematura.

Esto las lleva a sentir que ciertas expectativas que tenían de sus hijas, en especial las relativas a su escolaridad, enfrentarán mayores complicaciones y dificultades debido a su

maternidad. Ellas también hubieran deseado que sus hijas pudieran disfrutar de manera más plena de su juventud, libres de estas responsabilidades, pero, a pesar de esto, todas las participantes me compartieron que están haciendo todo lo posible para que sus hijas puedan desarrollarse en las mejores condiciones y, hasta el momento, ninguna de las adolescentes que estudiaba, previo a su embarazo, ha tenido que abandonar la escuela.

Este hallazgo subraya la atención en el impacto que tiene el contexto y el papel de las abuelas maternas en el curso de las adolescentes por esta experiencia, así como en el apoyo que tienen de parte de sus madres para seguir explotando sus demás potencialidades.

Una de las variables que más facilita el despliegue de recursos y apoyo de parte de las abuelas jóvenes hacia sus hijas es la empatía que sienten debido a que ellas también se convirtieron en madres en la adolescencia o al término de su adolescencia tardía.

Como producto de esta comprensión e identificación con sus hijas, las participantes han tenido la intención de acompañarlas de manera más constructiva, cercana y comprensiva. Esto contribuye a que las adolescentes tengan a alguien en quien confiar, sentirse seguras, cuidar su salud y ser menos propensas a tolerar violencia de parte de sus parejas (Dallas, 2004).

En este punto, quisiera compartir la petición de Elisa, la abuela de 35 años que se convirtió en madre a los 17. Al concluir su participación, me solicitó comunicar en mi tesis que, para ella, la parte más importante de su testimonio era aconsejar a cualquier madre que está pasando por la situación de tener una hija adolescente embarazada, que la apoye, ya que a ella le tocó estar en ambas situaciones: ser la adolescente que tiene que enfrentar a su madre para darle esta noticia y ser la madre que escucha que su hija adolescente va a tener un bebé.

Elisa considera que esta experiencia es tan retadora que “te enseña a madurar a golpes” y que, como madres, aunque esta situación no es ideal, lo mejor que pueden hacer es apoyarlas para que puedan “salir adelante, que se superen, que no se estanquen y que las mamás no sean otra puerta que se cierra ante las hijas, pues su apoyo marca la diferencia”.

La respuesta de esta participante es de suma importancia al considerar que la mayoría de las adolescentes que han hecho frente a una maternidad no planificada suelen evaluar el

apoyo de su familia de manera muy negativa y con bajos niveles de apoyo, equilibrio y seguridad, en uno de los momentos de su vida que consideran de mayor necesidad de soporte familiar (Esteves & Menandro, 2005).

Pasando a otro punto, se analizaron los juegos de poder que emergen cuando la maternidad adulta y la maternidad adolescente se confrontan, ocasionando una serie de tensiones que gira en torno al poder “real” de las madres adolescentes y el poder y autoridad simbólico de las abuelas (Marín & Palacio, 2015).

Lo anterior implica que las adolescentes no pueden decidir por completo sobre su descendencia debido a sus condiciones, en especial, el estar bajo la autoridad de la maternidad que las precede y que trata de compensar la supuesta y posible falta de habilidades de las adolescentes como madres.

Esto lleva a las abuelas a hacerse cargo de muchos aspectos de la crianza y educación de las y los nietos, adoptando roles maternos sustitutos y, muchas veces, pasando por alto la voluntad y opiniones de sus hijas.

En este sentido, las participantes mostraron diversos niveles de autoridad y poder, pues mientras algunas me compartieron que se esfuerzan por ser respetuosas con las decisiones de sus hijas y no rebasar los límites de su maternidad, otras no tienen intenciones de ceder el poder y emplean frecuentemente estrategias de ocultamiento para poder malcriar o educar a sus nietas y nietos bajo el criterio y la preferencia propia.

Es interesante hacer notar que, en algunas abuelas, una de las razones para respetar el ejercicio materno de sus hijas tiene que ver con la presencia de un varón, a pesar de que ambos son adolescentes. Es decir, parece que la autoridad de las adolescentes que tienen pareja es menos vulnerable.

Otra de las razones para monitorear el desempeño de las abuelas en este sentido tiene que ver con evitar que las y los nietos sientan ambivalencia ante varias figuras de autoridad, previniendo que experimenten inestabilidad o descontrol. Sin embargo, un punto común a todas las participantes de los grupos de Facebook, incluyendo a las entrevistadas, es procurar

tener un papel de mediación e intercesión ante las reprimendas o regaños de las y los progenitores.

En cuanto a las significaciones que involucran directamente a las y los nietos, estas infancias configuran un aspecto central con el que las participantes dan sentido a su vida, reproduciendo nociones de la maternidad que se prolongan y se asemejan mucho a la imagen idealizada de los grupos de Facebook.

Esto significa que, las y los bebés son para sus abuelas una fuente de felicidad, energía y motivación y su relación es descrita en términos de una conexión y un amor que son incomparables, configurando un discurso que resulta muy difícil de desarticular.

A partir de estos significados, las abuelas adquieren funciones y responsabilidades que las convierten en una de las principales cuidadoras de estas infancias, en especial cuando se compromete la salud física o mental de las madres adolescentes.

Dando paso al papel práctico de los varones y la manera en que esto afecta el día a día de las participantes, se rescatan hallazgos como el papel de algunos maridos para definir el futuro de la relación de pareja y la paternidad de los adolescentes, como en el caso de María, la abuela ecuatoriana de 36 años.

De igual forma, se tienen testimonios en donde las abuelas sugieren que los varones también podrían estar aprovechando la abuelidad como una segunda oportunidad para disfrutar de la paternidad. Sin embargo, dado que esto da cuenta de la percepción de las abuelas, sería interesante desarrollar estudios centrados en los hombres, para conocer si este supuesto es cierto y explorar en qué medida estos abuelos también podrían estar ocupando esta segunda oportunidad para resarcir errores que pudieron cometer con sus propias hijas e hijos.

En el caso de las abuelas que habitan en pareja, sea esta el padre biológico de la hija adolescente, o no, la presencia de estos varones es significada por las participantes como un apoyo imprescindible gracias al cariño, la comprensión y el despliegue de apoyos económicos y familiares que hacen de esta, una experiencia más llevadera.

Respecto al papel de los padres adolescentes, su presencia parece ser un “bálsamo” que facilitó la asimilación y aceptación del embarazo adolescente en las abuelas jóvenes y, en el momento actual, sigue favoreciendo la manera en que se experimenta la abuelidad día con día. Esto es: la figura masculina se configura como un facilitador para la aceptación social de la sexualidad, el embarazo y la maternidad en las adolescentes.

Con los padres adolescentes también se juegan relaciones de poder y autoridad, encontrando una regularidad matizada en la que predomina la autoridad de las abuelas quienes, en distintas medidas, se pronunciaron como las jefas de hogar.

En cuanto a los principales cambios y permanencias percibidas en la organización familiar, las abuelas reportan un aumento en el gasto familiar al que se sumaron aquellos pagos relativos al cuidado y atención de las y los recién nacidos, la modificación de diversas dinámicas en pro del bienestar de estas infancias y el reacondicionamiento de algunos espacios al interior del hogar para acomodar a todos los integrantes.

Finalmente, una cuestión recurrente en aquellas participantes con hijas e hijos menores refiere a los celos que estas infancias han experimentado ante la llegada de las y los nietos, llevando a discusiones y reclamos en los que ellas se ven señaladas por el trato privilegiado que se da las y los bebés, provocando en su propia descendencia sentimientos de desplazamiento, injusticia e incompreensión, pero que no generan una gran preocupación en las participantes.

Este hallazgo no es menor, ya que estas hijas e hijos aún requieren de cuidados, atención y guía de parte de sus madres, especialmente porque se encuentran en edades muy próximas a la adolescencia en donde pueden verse involucrados en diversas situaciones, tal como sus hermanas mayores, relativos al inicio de su vida sexual y desarrollo en nuevas actividades y círculos sociales propios de esta etapa de la vida que aún requieren el acompañamiento de parte de sus progenitoras.

Por esta razón, se sugiere que en futuras investigaciones se ahonde en aquellos aspectos relativos a las nociones y formas de percibir las distintas etapas de vida de la propia descendencia en estas abuelas, dado que, por lo que estos datos sugieren, pareciera que ellas

no coinciden con las creencias respecto a cuidados, dependencia y transiciones normadas socialmente en la pubertad y preadolescencia.

En suma, esta serie de cambios en las dinámicas familiares estudiadas sustenta la afirmación de que la abuelidad es una experiencia relacional que no solo involucra a las madres adolescentes, a las y los nietos y a las propias participantes, sino que la suma de estas implicaciones configura un proceso que se retroalimenta en la medida en que cada integrante actúa y se desempeña con relación a la llegada de estas infancias a la vida familiar.

Referencias

- Álvarez, C., G. Pastor, M. Linares, J. Serrano, y L. Rodríguez. (2014), Maternidad temprana: percepciones e implicaciones de las madres de las adolescentes, *Matronas Profesión*, vol. 15, núm. 3, pp. 88-94.
- Arciniega, M., L. Gómez, N. Hansen, P. Medina, A. Páez y A. Santos (2020), *La ideología de la maternidad intensiva como eje de violencia simbólica*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- Ardévol, E. (2017), Big data y descripción densa, *Revista VITUalis*, vol. 7, núm. 14, pp. 14-38.
- Badinter, E. (1980), *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona, Paidós-Pomare.
- Baeza, S. (2005), Familia y género: las transformaciones en la familia y la trama invisible del género, *Praxis educativa*, vol. 9, pp. 34-42.
- Balardini, S. (2000), Jóvenes e identidad en el Ciberespacio, *Nómadas*, vol. 13, pp. 100-110.
- Baumrind, D. (1971), Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monograph*, vol. 4, pp. 1-103.
- Bengtson, V. (1985), "Diversity and symbolism in grandparental roles", en V. Bengtson y J. Robertson (eds.), *Grandparenthood*, Beverly Hills, Sage Publications, pp. 11-25.
- Bordo, S. (2001), El feminismo, la cultura occidental y el cuerpo. *Revista de Estudios de Género La ventana*, vol. 14, pp. 7-81.
- Breheny, M., C. Stephens y L. Spilsbury, (2013), Involvement without interference: how grandparents negotiate intergenerational expectations in relationships with grandchildren, *Journal of Family Studies*, vol. 19, num. 2, pp- 174-192.
- Buchanan, A. y A. Rotkirch, (2016), Twenty-first century grandparents: global perspectives on changing roles and consequences, *Journal of the Academy of Social Sciences*, vol. 13, pp. 131-144.
- Calderón, S. y L. Alzamora, (2006). Influencia de las relaciones familiares sobre el aborto provocado en adolescentes, *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, vol. 23, núm. 4, pp. 247-252.
- Callejo, J. (2007). Observación, entrevista y grupo de discusión: El silencio de tres prácticas de investigación, *Revista Especializada en Salud Pública*, vol. 76, pp. 409-422.
- Cantú, V. (2011). *La realidad de las madres solteras en la Ciudad de México*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cardona, J. (2009), Sobre los abuelos en las familias de hoy, *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, vol. 1, pp. 16-25.

- Carosio, A. (2007), La ética feminista: más allá de la justicia, *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, vol. 12, núm. 8, pp. 159-184.
- Carrillo, S., C. Maldonado, L. Saldarriaga., L. Vega y S. Díaz, (2004). Patrones de apego en familias de tres generaciones: abuela, madre adolescente, hijo, *Revista Latinoamericana de Psicología*, vol. 36, núm. 3, pp. 409-430.
- Carter, L. (1991), *Felicitaciones vas a ser abuela*. Buenos Aires: Editorial Atlántida.
- Castañeda, P., D. Sánchez, A. Sánchez y S. Blanc (2004), Cómo perciben los nietos adultos las relaciones con sus abuelos, *Anuario de Psicología*, vol. 35, núm. 1, pp. 107-123.
- Castells, M. (1999), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid, Alianza editorial.
- Castro, M. (2007), *Relaciones intergeneracionales y bienestar de las personas mayores*, Granada, Universidad de Granada, tesis de doctorado.
- Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Chile (2006), *Gestación adolescente y dinámicas familiares. Estudio de las dinámicas familiares en familias de padres y madres adolescentes*, Santiago, Fondo de Solidaridad e inversión social, Ministerio de Planificación. Gobierno de Chile.
- Chacón, D., A. Cortés, A. Álvarez y Y. Sotona (2015), Embarazo en la adolescencia, su repercusión familiar y en la sociedad. *Revista Cubana de Obstetricia y Ginecología*, vol. 41, núm. 1, pp. 50-58.
- Climent, G. (2002), El derecho a la educación y los proyectos de vida. Perspectiva de las madres de las adolescentes embarazadas de una zona del Gran Buenos Aires, *Revista de Estudios de Género La ventana*, vol. 15, pp. 313-355.
- Colombo, G., G. Pombo y N. Luxardo (2012), Género, embarazo y adolescencia. Modelos familiares, redes de apoyo y construcción de proyectos personales desde la perspectiva de las adolescentes, *Revista Interdisciplinaria de Investigación en Ciencias Sociales*, vol. 8, núm. 2, pp. 161-182.
- Contreras, K. y E. Hernández (2019), Redes de apoyo familiares y feminización del cuidado de jóvenes estudiantes universitarios, *Redes Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, vol. 30, núm. 1, pp. 54-67.
- Craig, L., M. Hamilton y J. Brown (2020), “The composition of grandparent childcare: gendered patterns in cross-national perspective”, en V. Timonen (ed.), *Grandparenting practices around the world*, Bristol, Policy Press, pp. 151-170.
- Dallas, C. (2004), Family matters: how mothers of adolescent parents experience adolescent pregnancy and parenting, *Public Health Nursing*, vol. 21, núm. 4, pp. 347-353.
- De Beauvoir, S. (1949), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

- Díaz, L., U. Torruco, M. Martínez y M. Varela (2013). La entrevista, recurso flexible y dinámico, *Investigación en Educación Médica*, vol. 2, núm. 7, pp. 162-167.
- Donath, O. (2016), *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*, Barcelona, Penguin Random House.
- Dujarric, G. y M. Molina (2018), *Embarazo adolescente y su expresión en el contexto familiar. Estudio de caso en los municipios Campechuela y San Miguel del Padrón*, *Novedades en Población*, vol. 28, pp. 207-213.
- Esteves, J y P. Menandro (2005), Trayectorias de vida: repercusiones de la maternidad adolescente en la vida de las mujeres que viven tal experiencia. *Estudios de Psicología Natal*, vol. 10, núm. 3, pp. 363-370.
- Fenstermaker, S. y W. West (2002). *Doing gender, doing difference. Inequality, Power and Institutional Change*, Nueva York, Routledge.
- Fenstermaker, S., C. West y D. Zimmerman (2002), "Gender inequality: new conceptual terrain", en S. Fenstermaker y C. West (eds.). *Doing gender, doing difference: inequality, power, and institutional change*, Nueva York, Routledge, pp. 60-83.
- Fernández, A. (1993), *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós.
- Fernández, I. (2014), *Feminismo y maternidad, ¿una relación incómoda? Conciencia y estrategias emocionales de mujeres feministas en sus experiencias de maternidad*, País Vasco, Instituto Vasco de la Mujer.
- Friedan, B. (1963), *La mística de la feminidad*. Traducción de C. Dampierre, Barcelona, Sagitario.
- García, I. (2015), *Abuelas cuidadoras*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Giardi, C. y J. Velasco (2006), Padres autoritarios y democráticos y características de personalidad de estudiantes de licenciatura y posgrado, *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, vol. 8, núm. 1, pp. 25-46.
- Gil, A., M., Vall y J. Feliu (2010), Consumo de TIC y subjetividades emergentes: ¿problemas nuevos?, *Psychosocial Intervention*, vol. 1, núm. 19, pp. 19-26.
- Goffman, E. (1959), *The presentation of self in everyday life*, Nueva York, Doubleday Anchor Books.
- González, M., I. Lapuerta, T., Martín. y M. Seiz, (2015), *Padres y madres corresponsales. Una utopía real*, Madrid, La Catarata.
- Guallorenzi, M. (2017), Crítica feminista sobre la noción de la buena madre, *Reflexiones Revista de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Costa Rica*, vol. 96, núm. 1, pp. 87-95.

- Guridi, M., V. Franco, Y. Guridi, D. Cabana y A. Fernández (2011), Funcionamiento y repercusión familiar en adolescentes embarazadas atendidas en el Politécnico de Calabazar, *Revista Psicología Científica*, vol. 6, núm. 9, pp. 112-123.
- Hagestad, G. (1998), Hacia una sociedad para todas las edades: nuevo pensamiento, nuevo lenguaje, nuevas conversaciones, *Boletín sobre el Envejecimiento*, vol. 2, núm. 3, pp. 1-11.
- Harman, V., B. Cappellini y M. Webster (2011). Intensive grandmothering? Exploring the changing nature of grandmothering in the context of changes to parenting culture, *Sociology*, vol. 1, pp. 1-17.
- Hernández, M. (2005), *El significado psicológico de mamá en monjas, madres solteras, madres casadas y madres adolescentes*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hidalgo, R. (2003), La Medea de Eurípides. Hacia un psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía, *Subjetividad y Cultura*, vol. 19, pp. 37-56.
- Hine, C. (2004), *Etnografía virtual*, Barcelona: Universidad Abierta de Cataluña.
- Hine, C. (2015), *Ethnography for the Internet: embedded, embodied, and every day*, Londres, Bloomsbury Publishing.
- Hine, C. (2017), Ethnography and the Internet: taking account of emerging technological landscapes, *Fudan Journal of the Humanities and Social Sciences*, vol. 10, núm. 3, pp. 315-329.
- Horsfall, B. y D. Dempsey (2013), Grandparents doing gender: experiences of grandmothers and grandfathers caring for grandchildren in Australia, *Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 4, pp. 1070-1084.
- Ibarra, L. (2003), Adolescencia y maternidad. Impacto psicológico en la mujer, *Revista Cubana de Psicología*, vol. 20, núm. 1, pp. 16-37.
- Lagarde, M. (1990), *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lagarde, M. (1997), *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid, Editorial Horas y Horas.
- Lamas, M. (2002), *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Larramendy, J. (2011), El aprendizaje como reconfiguración de la agencia, *Revista de Estudios Sociales*, vol. 40, pp. 33-43.
- León, C. (2019), “Presunciones que no han sido examinadas” en A. Rich, *Introducción a Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Madrid, Traficantes de sueños Mapas, pp. 1-28.

- Levinson, D. (1986), A conception of adult development, *American Psychologist*, vol. 41, núm. 1, pp. 3-13.
- Levy, P. (2007), *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*. Ciudad de México, Anthropos.
- Llanes, N. (2012), Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva, *Sociológica*, vol. 27, núm. 77, pp. 235-266.
- Madrigal, C. (2018), *Rasgos de identidad y estrategias de reproducción social de una familia de madres solteras de la Ciudad de México: un enfoque antropomónico*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México
- Marín, A. (2020), Significados emocionales sobre el abuelazgo temprano e inesperado, *Palabra*, vol. 20, núm. 2, pp. 287-301.
- Marín, A. y M. Palacio (2015), La crianza y el cuidado en la primera infancia: un escenario familiar de inclusión de los abuelos y las abuelas, *Trabajo Social*, vol. 18, pp. 159-178.
- May, V., J. Mason y L. Clarke (2012), “Being there yet not interfering: the paradoxes of grandparenting”, en S. Amber y V. Timonen (eds.), *Contemporary grandparenting. Changing family relationships in global contexts*, Londres, The Policy Press, pp. 139-159.
- McNish, H. (2018), *Nadie me dijo: criar y crear*, Madrid. Editorial La señora Dalloway
- McRobbie, A. (2009), *The aftermath of feminism. Gender, culture and social change*, Londres, SAGE.
- McRobbie, A. (2015), Notes on the Perfect, *Australian Feminist Studies*, vol. 30, núm. 87, pp. 2-20.
- Menkes, C. y L. Suárez (2003), Sexualidad y embarazo adolescente en México, *Papeles de Población*, vol. 9, núm. 45, pp. 1-31.
- Mercer, R. (2004), Becoming a mother versus maternal role attainment, *Journal of Nursery Scholars*, vol. 36, núm. 3, pp. 226-232.
- Micolta, A. y M. Escobar (2010) Si las abuelas se disponen a cuidar, madres y padres pueden emigrar, *Revista Venezolana de estudios de la mujer*, vol. 15, núm. 35, pp. 91-115.
- Miller, T. (2011), Falling back into gender? Men’s narratives and practices around first-time fatherhood, *Sociology British Sociological Association*, vol. 45, núm. 6, pp.1094-1109.
- Moral, F. (2009), Internet como marco de comunicación e interacción social, *Comunicar Revista Científica de Educomunicación*, vol. 32, núm. 16, pp. 231.237.

- Moreno, C., L. Hernández y T. Rincón (2017), La realidad de convertirse en madre: vivencias de una adolescente, *Investigación en Enfermería: imagen y desarrollo*, vol. 19, núm. 2, pp. 13-28.
- Mosquera, J. (2007), *Factores asociados al embarazo en adolescentes de 13 a 19 años del municipio de Buenaventura, Colombia*, Cali, Universidad del Valle, tesis de maestría.
- Muñiz, E. (2014), Pensar el cuerpo de las mujeres: cuerpo, belleza y feminidad. Una necesaria mirada feminista, *Revista Sociedad y Estado*, vol. 29, núm. 2, pp. 415-432.
- OMS (Organización Mundial de la Salud) (2017), “Salud y desarrollo del adolescente. Salud de la madre, el recién nacido, el niño y el adolescente”. URL: https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/#:~:text=La%20OMS%20define%20la%20adolescencia,10%20y%20los%2019%20a%C3%Blas.
- Ortiz, M. (2004), *Abuelas cuidadoras de sus nietos: estrés y calidad de vida*, Bogotá, Universidad de los Andes.
- Ortúzar, C. (2018), *Abuelas cuidadoras chilenas: voces de niños, niñas y abuelas que participan activamente en su crianza*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Osuna, M. (2006), Relaciones familiares en la vejez: vínculos de los abuelos y de las abuelas con sus nietos y nietas en la infancia, *Revista Multidisciplinar de Gerontología*, vol. 16, núm. 1, pp. 16-25.
- Palomar, C. (2004), “Malas madres”: la construcción social de la maternidad, *Debate feminista*, vol. 30, pp. 12-34.
- Paricio, R. y C. Polo (2020), Maternidad e identidad materna: deconstrucción terapéutica de narrativas, *Revista de la Asociación Española Neuropsiquiátrica*, vol. 40, núm. 18, pp. 33-54.
- Parra, N. (2012), Cuando el embarazo no planificado se desea. Estudio aproximativo sobre la vivencia de adolescentes embarazadas, *Revista de Trabajo y Acción Social*, vol. 51, pp. 181-203.
- Pérez Baleón, F. (2022), Perfilando el embarazo en la adolescencia en México. Principales resultados de la ENFaDEA, *Revista de la Escuela Nacional de Trabajo Social*, vol. 27 y 28, pp. 115-131.
- Pérez, H. (2016), Comentario a “Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales”, *Feminismos*, vol. 28, pp. 381-386.
- Pérez, L. (2007). *Las abuelas como recurso de conciliación entre la vida familiar y laboral. Presente y futuro*, Madrid, Instituto de la Mujer. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

- Perondi, A., A. Rodríguez, L. Molpeceres y M. Ongil (2011), *Familias formadas por una sola persona adulta con hijo(s) y/o hija(s) a su cargo: diagnósticos y propuestas*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría General de Políticas de Igualdad, Instituto de la Mujer de España.
- Pinazo, S. (1999), Significado social del rol de abuelo, *Revista multidisciplinar de Gerontología*, vol. 9, núm. 3, pp. 169-176.
- Pink, S., H. Horst, J. Postill, L. Hjorth, T. Lewism y J. Tacchi (2019), *Etnografía digital. Principios y prácticas*, Madrid, Editorial Morata.
- Prieto, A. (2015), *Maternidad de una hija o hijo con discapacidad: estrategias y prácticas maternas de cuidado y crianza*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, tesis de doctorado.
- Puyana, Y. (2003), *Padres y madres en cinco ciudades colombianas. Cambios y permanencias*, Bogotá, Almudena.
- Redler, P. (1977), *Abuelidad. Más allá de la paternidad*, Buenos Aires, Legasa.
- Reveco, P., S. Aronsohn y M. Pino (2019), *Tensiones familiares: estudio de la narrativa en madres que delegan la crianza de sus hijos/as en las abuelas maternas*, Escuela de Psicología. Santiago, Universidad Academia de Humanismo.
- Rich, A. (1976), *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Madrid, Traficantes de sueños Mapas.
- Roa, J. y C. Vacas (2001), Perfiles de abuelidad, *Pedagogía Social Revista Interuniversitaria*, vol. 6 y 7, pp. 205-219.
- Rodríguez, L. (2016), El embarazo a temprana edad. Perspectiva de progenitores y madres adolescentes, *Revista Sobre la Infancia y la Adolescencia*, vol. 11, pp. 81-107.
- Rojas, M., R. Méndez y C. Álvarez (2016), El papel de la familia en la normalización del embarazo a temprana edad, *Revista Encuentros*, vol. 14, núm. 1, pp. 139-150.
- Rojas, O. (2006), *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México*, Ciudad de México, El Colegio de México.
- Romero, M., G. Yentzen, R. Molina, G. Alarcón, E. González, E. Arestizábal, E. Bañares, V. Faunes, L. Gamboa, L. González y M. Hernando (1984), Características del primer año de vida de hijos de madres adolescentes: un estudio descriptivo de seguimiento, *Cuadernos Médicos Sociales*, vol. 25, núm. 3, pp. 124-139.
- Roo-Prato, J., A. Hamui-Sutton y M. Fernández-Ortega (2017), Conflictos intergeneracionales en familias con abuelas cuidadoras, *Archivos en Medicina Familiar*, vol. 19, núm. 2, pp. 43-50.

- Rose, J., S. Mackey-Kallis, L. Shyles, K. Barry, D. Biagini, C. Hart y L. Jack (2012), Face it: the impact of gender on Social Media images, *Quarterly Communication*, vol. 60, núm. 5, pp. 588-607.
- Ruíz, M. (2006), *Sexualidad de las madres solteras: experiencias, significados y expectativas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Scott, J. (2008), *Género e historia*, Ciudad de México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Sedó, P. y M. Ureña (2007), *Papel social de las abuelas en el seno familiar: percepciones de un grupo de mujeres mayores residentes en comunidades urbanas de Costa Rica*, Montes de Oca, Universidad de Costa Rica.
- Sotillo, M. (2000), *Cuando los hijos emprenden el vuelo*, Madrid, Paidós.
- Steinkuehler, C. y D. Williams (2006), Where everybody knows your (screen) name: online games as “third places”, *Journal of Computer-Mediated Communication*, vol. 11, núm. 4, pp. 885-909.
- Sugiura, L., R. Wiles y C. Pope (2017), Ethical challenges in online research: public/private perceptions, *Research Ethics*, vol. 13, núm. 2 y 4, pp. 184-199.
- Taylor, S. y R. Bogdan (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Buenos Aires, Paidós.
- Tepichin, A. (2016), *Conocimiento de la pobreza desde un enfoque de género. Propuesta de un marco analítico*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Troll, L. (1983), “Grandparents: the family watchdogs”, en T. Brubaker (ed.), *Family relationships in later life*, Beverly Hills, Sage Publications, pp. 63-74.
- Van Ranst, N., K. Verschueren y A. Marcoen (1995), The meaning of grandparents as viewed by adolescent grandchildren: an empirical study in Belgium, *International Journal of Aging and Human Development*, vol. 41, núm. 4, pp. 311-324.
- Vélez, E. y L. Figueredo (2015), Impacto psicosocial del embarazo en las adolescentes, *Revista de Educación en Valores de la Universidad de Carabobo*, vol. 1, núm. 23, pp. 18-28.
- Villareal, A. (1999), *Relaciones de poder. Mujeres en la encrucijada entre trabajo productivo y reproductivo*, Montes de Oca: Universidad de Costa Rica.
- Vivas, E. (2019), *Mamá desobediente. Una mirada feminista a la maternidad*, Barcelona, Sabadell.
- Wall, G. y S. Arnold (2007), How involved is involved fathering? An exploration of the contemporary culture of fatherhood, *Gender and Society*, vol. 21, núm. 4, pp. 508-527.

- Weisbrot, M. y N. Giraudo (2012), Grandmothers, concepts and perceptions in caring for their grandchildren: qualitative study in a population from the Italian Hospital of Buenos Aires, *Archivos Argentinos de Pediatría*, vol. 110, núm. 2, pp. 126-131.
- Weiss, R. (1974), "The provisions of social relationships" en Z. Rubin, *Doing unto others*, Englewood Cliff, Prentice Hall, pp. 17-26.
- Welti, C. (2000), Análisis demográfico de la fecundidad adolescente en México, *Papeles de Población*, vol. 6, pp. 43-87.
- West, C. y D. Zimmerman (1987), Doing gender, *Gender & Society*, vol. 1, núm. 2, pp. 121-151.
- West, C. y S. Fenstermaker (1995). Doing difference, *Gender and Society*, vol. 9, núm. 1, pp. 8-37.
- Young, I. (1990), *On female body experience. "Throwing like a girl" and other essays*. Oxford, Oxford University Press.
- Zapata, J., Y. Castro y M. Aguledo (2016), Abuelas antes de lo esperado: cambios, participación en la crianza y relaciones intergeneracionales, *Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, vol. 22, pp. 117-140.
- Zeiders, K., A. Umañan., B. Jahromi y K. Updergraff, K. (2015), Acculturative and enculturative stress, depressive symptoms and maternal warmth: examining within-person relations among Mexican-origin adolescents' mothers, *Development and Psychopathology*, vol. 27, núm. 1, pp. 293-308.